mensual / Mayo 1979
nueva serie / número 5
precio 75 ptas.

inprecor

correspondencia de prensa internacional / intercontinental press

La tercera revolución iraní

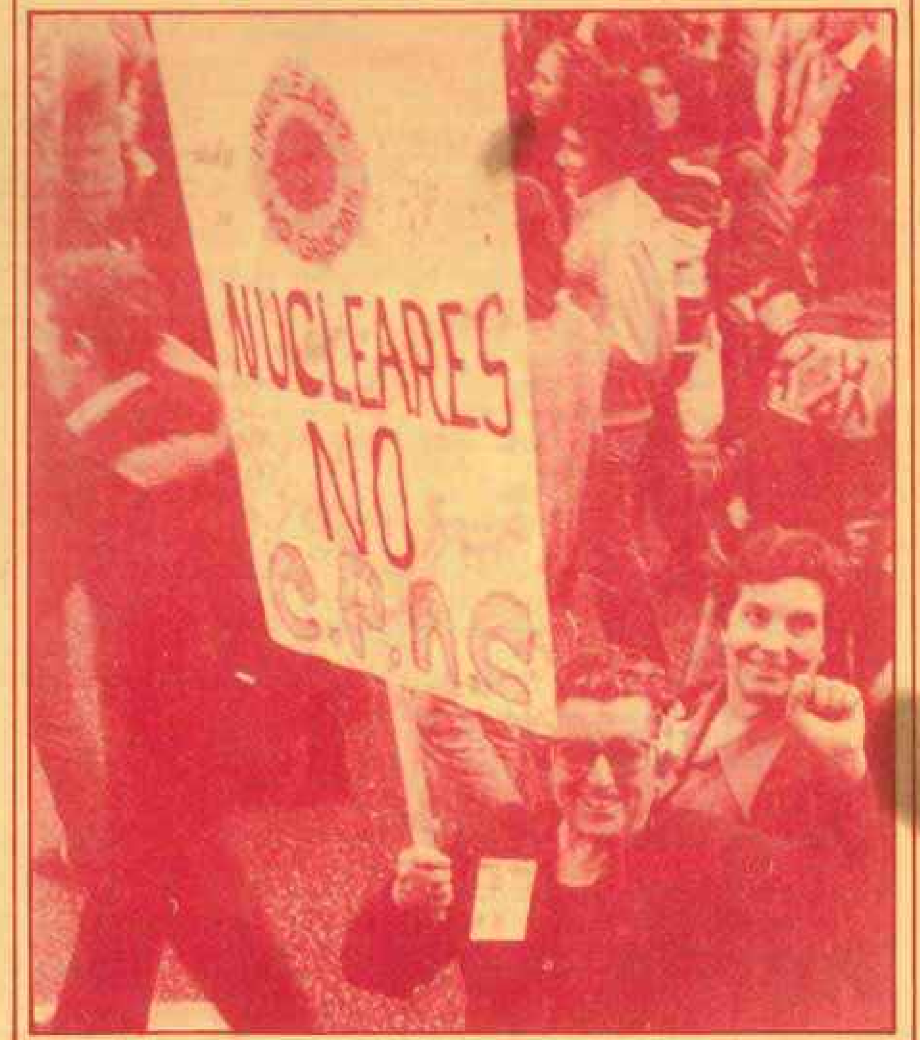
(Resolución del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional)





La lucha por el aborto en Europa

no más HARRISBURG



Sumario

Edita:
Liga Comunista Revolucionaria (IV Internacional)
Apartado de Correos 50.370 (Cibeles) Madrid / España

Imprime:
Ratlles
Mallorca 206. Barcelona

Deposito legal:
B - 40.029/79

En este número

El accidente de la central nuclear de Three Mile Island, en E dos Unidos, que a punto estuvo de convertirse en catástrofe, generado un fuerte movimiento internacional contra las centr nucleares, y ha dado lugar a un amplio debate en torno energía nuclear y sus peligros para el medio ambiente y la humana.

La IV Internacional ha sido siempre parte integrante del m miento antinuclear, estando presente en las movilizaciones e pulsando la lucha. En este número de INPRECOR publica varios artículos sobre el tema, tanto para denunciar los pelig de la energía nuclear, tal como se han concretado en el caso d central de Three Mile Island, como la actitud de la Administra Carter —y la de la burguesía imperialista en general— en el terre de la energía nuclear.

En relación con las elecciones al Parlamento Europeo, qu celebrarán pocos días depués de que este número salga a la c publicamos un artículo sobre la cuestión del aborto en Europ las tareas que debe asumir el movimiento obrero.

Reproducimos íntegra la Resolución del Secretariado Unif do de la Cuarta Internacional sobre la revolución iraní, analiza todo el proceso que culminó con el derrocamiento re lucionario de la monarquía y el período abierto con la insta ción de la "República Islámica". El movimiento obrero inte cional, al tiempo que ha de sacar lecciones muy valiosas de experiencia, no debe ahorrar esfuerzos en desplegar las amplia solidaridad con la revolución iraní, atacada ahora por enemigos de fuera y de dentro, que tratan por todos los med de salvar el sistema capitalista en Irán.

Finalmente, publicamos la 2ª parte del debate sobre el Sude asiático, iniciado en las páginas de INPRECOR en el número 4



Tras HARRISBURG

"EL accidente es imposible", afirmaban sin cesar los abogados de la energía nuclear. Y sin embargo, ha ocurrido: en la central nuclear de Three Mile Island, en Pennsylvania, EE.UU. Si la catástrofe no costó la vida y la salud a miles, incluso decenas de miles de personas, no fue gracias a las medidas de seguridad, sino por obra del azar. La advertencia es clara: ¡energía nuclear, peligro inmediato!.

No obstante, los gobiernos occidentales no renunciarán, en su mayor parte, a sus proyectos de desarrollo nuclear a menos que tengan que enfrentarse a amplias movilizaciones de masas: los intereses capitalistas implicados son demasiado importantes para ceder a las necesidades sociales y a la seguridad de la comunidad.

Harrisburg debe ser ocasión, para todos los militantes antinucleares, de relanzar una campaña masiva con vistas a imponer el abandono de la energía nuclear, en el actual estado de los conocimientos tecnológicos, como fuente energética; el abandono inmediato de las obras y proyectos de centrales nucleares e instalaciones de producción del combustible; el cierre inmediato de las plantas de recuperación del combustible nuclear consumido; la elaboración y la puesta en marcha, bajo control de los trabajadores, de un programa de cierre de las centrales nucleares ya conectadas con la red eléctrica; el desmantelamiento de las instalaciones cerradas y la gestión de los desechos radiactivos existentes por servicios o empresas públicas, bajo el control de los trabajadores y sus organizaciones.

Las movilizaciones antinucleares de las últimas semanas en todo el mundo –de los Estados Unidos a Japón y Australia, de Alemania al Estado español– son ya un primer paso importante de cara a construir un gran movimiento internacional capaz de lograr estos objetivos.



Three Mile Island

Al borde de la catástrofe

Fred MURPHY



El escape radiactivo de la central nuclear de Three Mile Island en Middletown, Pennsylvania, en los Estados Unidos, ha confirmado hasta la saciedad las advertencias de quienes se oponen a la energía nuclear: esta fuente de energía constituye un peligro omnipresente, una amenaza de accidente catastrófico.

EL accidente fue un rotundo mentís a las afirmaciones de todos esos científicos mercenarios de la industria nuclear, tales como el Dr. Norman Rassmussen, cuyo **"Estudio sobre la Seguridad de los Reactores"**, patrocinado por el Gobierno (y rechazado hace dos meses por la Comisión Reguladora Nuclear, CRN), señalaba que las probabilidades de una fusión catastrófica eran del orden de una vez cada millón de años.

Al exponer los verdaderos peligros de la energía nuclear ante todo el mundo, el accidente de Three Mile Island ha asestado un duro golpe a la credibilidad de la industria nuclear. No obstante, la Administración Carter sigue decidida a mantener en funcionamiento las centrales existentes y a fomentar la construcción de nuevas plantas.

Los hechos

El accidente de Three Mile Island se inició alrededor de las 3 de la madrugada del 28 de marzo. Falló una bomba de agua, pero el reactor no se paró inmediatamente. La presión aumentó. Una válvula de alivio se abrió, pero no volvió a cerrarse. Cierta cantidad de agua altamente radiactiva penetró en el edificio de hormigón y acero que contiene el reactor.

El agua de refrigeración en el reactor descendió a un nivel peligrosamente bajo, dejando al descubierto hasta 12 pulgadas (unos 30 cm.) de los elementos altamente radiactivos y muy calientes de uranio. Algunos de estos elementos estaban muy dañados, e irradiaron aún más radiactividad al contenedor.

Si el flujo de agua no se hubiera restablecido rápidamente, todo el combustible (uranio) podría haberse fundido, convirtiéndose en una masa ardiente en la base del reactor que podría abrirse camino hacia el entorno. Una amplia zona de Pennsylvania oriental se habría convertido entonces en un desierto radiactivo. Miles de personas habrían muerto casi al instante, y decenas de miles más habrían contraído el cánder o sufrido lesiones genéticas.

Se pensó que el peligro de esta fusión estaba eliminado pocas horas después de aparecer los primeros problemas. Pero la radiación dentro del contenedor aumentó, alcanzando niveles de mil veces la dosis fatal. A través de las paredes del contenedor salieron rayos gama; vapor radiactivo llegó a los alrededores; y centenares de miles de litros de agua contaminada fueron vertidos en el río Susquehanna.

Los niveles de radiación alcanzaron, en tres millas a la redonda, los 25 milirems por hora, el primer día. Compárese esta cifra con la dosis máxima "segura" establecida por el Gobierno para una persona normal, de 170 milirems al año (cifra que ponen cada vez más en duda los biólogos).

Según el Dr. Ernest Sternglass –experto en lesiones por radiaciones de bajo nivel–, la radiación emitida desde Three Mile Island tan sólo durante el primer día **"equivale a una muestra importante de lluvia radiactiva proveniente de un ensayo atómico"**.

"El Gobierno nos está ofreciendo las mismas fricciones que con motivo de los ensayos con bombas atómicas, declaró Sternglass, diciendo que es insignificante. Pero en pocas horas la gente... recibe casi la dosis anual de la radiación natural normal".

Fastidiosa burbuja

Durante dos días, representantes de la Metropolitan Edison Company, propietaria de la central, intentaron minimizar el peligro. **"No hubo nada catastrófico o que no estuviera previsto"**, dijo el vicepresidente de la MEC, John Herbein, en un típico comentario, el 29 de marzo.

Pero el 30 de marzo se d... dió la noticia de que dentro d... nave del reactor se había for... una burbuja, posiblemente ex... siva, de hidrógeno y otros ga... Existía pues el peligro de que... agua refrigerante no pudiera ll... hasta el combustible, que... estaba muy caliente. De nu... apareció el peligro de una fu... Representantes del Estado y... Gobierno federal empezaron a... blar abiertamente de la posible... cesidad de evacuar el área. El... bernador de Pennsylvania, Ric... Thornburgh, dispuso que los... ños y las mujeres embaraza... fueran evacuadas de un área... cinco millas a la redonda.

Pero el Gobierno quería ev... a toda costa una evacuación to... No porque no fuera necesaria... realidad, el peligro era tan gra... que desde el principio debía... berse organizado una evacua... preventiva–, sino más bien por... la Administración Carter temía... consecuencias en cuanto a la... tud de la población ante la ene... nuclear. La evacuación hab... concretado la amenaza atóm... para todos aquellos que viven... ca de una central nuclear abier... planeada; o sea, para una p... sustancial de toda la població... tadounidense.

Por suerte, finalmente se lo... hacerse con el control de la... buja de gas. El 2 de abril, port... ces oficiales anunciaron que... peligro de una fusión era "re... to". Pero la situación de los... tro días anteriores se había a... cado peligrosamente a la de... devastación radiactiva progre... de centenares de millas cuadr... de una de las tierras cultiv... más ricas del litoral oriental;... intoxicación de los suministro... agua de Baltimore, Washing... Filadelfia, Nueva York e innu... rables ciudades y poblaciones... nores; y la contaminación... bajo Susquehanna y de la b... Chesapeake, con efectos mort...

El papel del Gobierno de... EE.UU. en el accidente de T... Mile Island ha consistido en... questar una operación de enc... miento –que se inició m... antes de que se declarara la "e... gencia general" en la central... clear, el pasado 28 de marzo.

A comienzos de año, un... pector de la CRN presentó u... forme que señalaba algunos... blemas en el sistema de refr... ción de Three Mile Island... recomendación de que rea... una investigación más extens... rechazada por sus superiores.

Los reactores de Three Mi... land fueron construidos p... Compañía Babcock & Wilcox... 1977, un reactor de la B&W... la central nuclear de Davis-Be... cerca de Toledo, Ohio, sufrió... accidente misteriosamente si... al de Three Mile Island. Una... vula no se cerró, dejando... 11.000 galones (cerca de 42... litros) de agua radiactiva. La... fue dominada antes de que la... pudiera pasar a mayores.



Problemas similares han ocurrido también en otros reactores B&W. "Si alguien hubiera prestado atención, no habría sucedido lo de **Three Mile Island**", declaró el ex-miembro de la CRN, Robert Pollard.

Pese a estas advertencias, la CRN decidió el 6 de abril no ordenar el cierre preventivo de los otros ocho reactores B&W que hay en los EE.UU. Estos **"pueden seguir funcionando sin peligro para la salud y la seguridad públicas"**, dijo el presidente de la CRN, Joseph Hendrie, en una carta al gobernador de California, Edmund Brown.

Asimismo resulta que los "errores humanos" que contribuyeron pretendidamente al accidente de Three Mile Island, pueden deberse a un exceso de trabajo exigido a la plantilla de la central. Se ha informado que los equipos de mantenimiento trabajaban en turnos de diez horas **durante casi seis semanas, sin** ningún día libre durante todo el periodo anterior al accidente. La CRN lo sabía, pero no hizo nada.

Una vez descartado aparentemente el peligro de una catástrofe (aunque el reactor permaneció a alta temperatura y presión hasta el 6 de abril), el Gobierno emprendió el esfuerzo de tranquilizar a la población. El secretario para la Salud, la Educación y el Bienestar, Joseph Califano, declaró el 4 de abril que las personas que vivían cerca de la central no corrían ningún riesgo adicional de cáncer. Esto se contradice abiertamente con un informe publicado en febrero por el propio departamento de Califano, que concluía que **"los conocimientos actuales son insuficientes para dar una respuesta inequívoca a la cuestión de la baja radiación"**.

De hecho, no hay manera de saber cuánta radiación fue absorbida por los habitantes de los alrededores de Three Mile Island. **"La medición de los niveles de radiación en las zonas residenciales... han sido tan fortuitas que jamás se sabrá la dosis exacta acumulada por los residentes"**, informó Walter Pincus en el **Washington Post del 31 de marzo**. Antes del accidente de Pennsylvania, el presidente Carter tenía previsto utilizar la "crisis de la energía" para presionar a favor de una aceleración del desarrollo nuclear y de "agilizar" las normas para conceder licencias. Pero tachó toda referencia a estos planes en su discurso sobre la energía, pronunciado el 2 de abril. En su lugar, dijo simplemente que **"el reciente accidente... ha demostrado dramáticamente que tenemos otros problemas energéticos"**.

Carter prometió asimismo nombrar una comisión "independiente", para **"elaborar recomendaciones sobre cómo podemos mejorar la seguridad de las centrales nucleares"**.

Mientras la comisión de Carter estudia qué otros trucos de "seguridad" pueden añadirse a una tecnología cuyos peligros inherentes están cada vez más claros, las 70 centrales nucleares que funcionan actualmente en los EE.UU. podrán seguir a tope; las cerca de 100 centrales que están construyéndose serán terminadas; y las 500 a 1.000 centrales adicionales que el Departamento de Energía **considera necesarias para** el año 2.000 seguirán proyectándose.

Pero antes de que estos planes temerarios se lleven a cabo, Carter tendrá que hacer frente a una lucha. Three Mile Island ha demostrado a millones de trabajadores norteamericanos la urgente necesidad de cerrar toda la industria nuclear.

Los militantes antinucleares tienen ahora tanto la ocasión como la responsabilidad de desarrollar la campaña hacia los trabajadores norteamericanos y sus organizaciones de masas, los sindicatos.

Un poderoso movimiento antinuclear de la clase obrera colocará a Carter y su Gobierno ante la responsabilidad de:

- cerrar todas las centrales nucleares;
- suministrar una información exacta sobre todos los peligros de la radiación;
- asegurar la plena compensación a todas las víctimas del accidente de Three Mile Island;
- proporcionar empleos, con garantía de salario, y formar si es necesario, a todos los trabajadores que se queden sin trabajo por el cierre de la industria nuclear.

Los trabajadores de los Estados Unidos –y de otros países amenazados por el desastre nuclear– están ahora más dispuestos que nunca a unirse a esta campaña. ■

Las maniobras de encubrimiento al descubierto

Fred MURPHY

La creciente desconfianza del pueblo norteamericano en cuanto a la seguridad de la energía nuclear, alimentada por el accidente de Three Mile Island, cerca de Harrisburg, se ha visto confirmada cuando la Comisión Reguladora de la Energía Nuclear (NRC) se vio forzada, por un comité del Congreso, el pasado 12 de abril, a entregar las actas de sus reuniones a puerta cerrada durante la crisis de Three Mile Island.

Los breves extractos reproducidos hasta ahora en la prensa capitalista, de las más de 800 páginas de transcripciones taquigráficas, demuestran que los miembros de la NRC no tenían ni idea, o apenas la tenían, sobre cómo restablecer las condiciones de seguridad del reactor dañado, que rechazaron los reiterados llamamientos a organizar la evacuación del área alrededor de la central, y trataron de impedir que se publicara una información exacta sobre la situación.

El 30 de marzo, el día en que se hizo público que había la posibilidad de un accidente catastrófico, el director de regulación de la NRC, Harold Denton, discutió la situación con el presidente de la NCR, Joseph Hendrie:

DENTON: *"...Pienso que lo importante es que la evacuación se adelante al penacho (de gas radiactivo), empezar de una vez en lugar de estar aquí sentados esperando la muerte. Aunque no podamos minimizar la dosis individual, todavía existe la posibilidad de limitar la dosis de la población"*.

HENDRIE: *"Parece que tengo que llamar al Gobernador"*.

FOUCHARD (director de asuntos públicos de la NRC): *"Yo también. Pienso que tiene Vd. que hablar con él inmediatamente"*.

HENDRIE: *"Inmediatamente. Estamos actuando casi totalmente a oscuras. Su información es ambigua, la mía no-existe y –no sé, como unos ciegos que se tambalean tomando decisiones"*.

Hendrie no recomendó la evacuación al Gobernador de Pennsylvania, Richard Thornburgh, ni siquiera después de escuchar otro informe sobre los peligros existentes, por parte de Roger Mattson, el director de seguridad de la NRC:

MATTSON: *"... Mi opinión más optimista es que el núcleo quedó al descubierto, permaneció al descubierto durante un largo espacio de tiempo. Hemos visto fallos cuyas consecuencias jamás han sido analizadas...*

El último escape (de radiación) no afectó a mucha gente. No sé exactamente por qué no traslada Vd. a la población (es decir evacuándola)".

GILINSKY (comisario de la NRC): *"¿Cuál es su principal preocupación en este preciso momento?"*.

MATTSON: *"Bueno, mi principal preocupación es que nos ha ocurrido un accidente con el que jamás pensabamos tener algo que ver, y se está deteriorando lentamente, en el mejor de los casos, y siendo pesimistas podemos decir que está en el umbral de ponerse feo. Y no encuentro ninguna razón para no trasladar a la población. No sé qué está Vd. protegiendo al no trasladar a la población"*.

La respuesta a la pregunta bastante insistente de Mattson aparece en el comentario sobre las actas de la CRN que escribió el abogado Ralph Nader:

"Por razones políticas, la evacuación masiva que tenía que haberse realizado no se llevó a cabo, pues habría mostrado a 150 millones de personas, en sus televisores, el cuadro de medio millón de personas huyendo de un desastre potencial. Este cuadro había terminado allí mismo con la industria nuclear." (*Washington Post*, 14 de abril).

Pero incluso si la NRC hubiera decidido que era necesario correr este riesgo para su industria favorita, ordenando una evacuación, por lo visto no estaba en absoluto preparada para organizarla. En el Washington Post del 13 de abril apareció el siguiente resumen de una parte de la transcripción:

"¿Tenemos alguna idea de lo que puede suceder hoy exactamente?, preguntó el comisario Victor Gilinsky. ¿Hay sitios a dónde encaminar a la gente?

El experto en evacuación, Don Collings, no tenía respuesta. "Imagino que los hay", dijo, pero Vd. ya sabe, esto son cosas que decide la gente cuando lo hace".

Collings volvió media hora más tarde, diciendo que la evacuación total podía realizarse al cabo de una hora.

"Permítame que le pregunte" dijo Gilinsky, '¿incluye Vd. también a Harrisburg?'. La transcripción dice después:

Sr. Collins: 'Permítame que vea, Harrisburg, ¿en qué condado está? (*murmurando para sí mismo, evidentemente mirando sobre un mapa*".

En la transcripción aparece claramente que la principal preocupación de la NRC consistió en que la verdad no se hiciera pública. "*¿Cuál es la enmienda que garantiza la libertad de prensa?*", preguntó el presidente de la NRC, Hendrie, en un momento dado. "*Bueno, yo estoy en contra*".

El hombre de las relaciones públicas, Fouchard, y el secretario de prensa del presidente Carter, Jody Powell, estuvieron particularmente alarmados cuando el público se enteró el 30 de marzo que realmente existía un peligro de fusión en Three Mile Island:

FOUCHARD: *"Jody Powell acaba de llamar y ha dicho algo sobre una historia de una fusión"*

HENDRIE: *"Si nos ha llegado un resumen de la UPI sobre un infome dado en la sala de prensa de Bethesda"* (*cuartel general de la CRN*).

FOUCHARD: *"Maldita sea..."*.

A pesar de todos los esfuerzos de Fouchard, Powell y los comisarios de la NRC, el encubrimiento de Three Mile Island por el Gobierno se está descubriendo rápidamente.

Las tradicionales afirmaciones de la industria nuclear de que la energía atómica es "segura, limpia y barata", se han visto trastocadas en Three Mile Island, y la completa complicidad de Washington con la monumental maniobra de encubrimiento de los peligros que encierra está resultando evidente a los ojos de los trabajadores de todos los EE.UU. ■

La política energética de Washington

Dick ROBERTS



EN el mismo momento en que la radio anunciaba que se había producido una nueva fuga de sustancias radiactivas en la central de Three Mile Island, el 30 de marzo, el secretario para la Energía James Schlesinger, exponía en Washington ante una comisión del Congreso, el punto de vista de la Administración Carter sobre la energía nuclear.

La energía nuclear **"sigue siendo un elemento esencial"** de la política de la nación de cara a lograr su independencia energética, declaró Schlesinger. **"Históricamente"**, dijo, el **"expediente"** de la energía nuclear es **"excelente"**, y los riesgos de los reactores de agua ligera, como el de Three Mile Island, son **"relativamente insignificantes"** en comparación con los de las centrales alimentadas con carbón y petróleo.

Es evidente que justo antes del desastre de Three Mile Island, la Administración Carter se preparaba para lanzar una ofensiva importante a favor de la producción de energía nuclear. El pretexto debía ser el temor a una nueva "crisis energética" que Washington había intentado provocar con ocasión de la revolución iraní. Los principales artículos de la prensa financiera subrayaban la necesidad de esta campaña.

"Las luces de la industria nuclear estadounidense se apagan una tras otra", se quejaba la revista **Business Week**, en un informe especial del 25 de diciembre. **"Los pedidos de reactores han disminuido, pasando de 41 en 1973 a 0 en este año."**

La revista Fortune inició una serie de artículos bajo el título, por ejemplo, de **"Es hora de terminar la guerra santa contra la energía nuclear"**. **"Hoy en día,** dice Fortune, **los Estados Unidos extraen el 12,5% de su energía eléctrica de 72 centrales nucleares. Esto ya basta para establecer una diferencia vital para el caso de que se reduzca el suministro de petróleo extranjero o que los mineros lancen una huelga de larga duración.**

El plan Carter

La Administración Carter ha intentado dilapidar desde el principio la creciente oposición a la energía nuclear. El nombramiento de James Schlesinger reveló la posición de la Casa Blanca. Schlesinger había encabezado antes la Comisión de Energía Nuclear, después había sido secretario para la Defensa, y desde siempre es un declarado defensor de la energía nuclear.

En su primer discurso sobre la energía, pronunciado en abril de 1977, Carter dió luz verde, sin ambages, a la producción de energía nuclear: **"Tenemos que... incrementar nuestra capacidad de producción de uranio enriquecido combustible para las centrales nucleares de agua ligera."**



"Tenemos que reformar también los trámites para la implantación de las centrales," prosiguió Carter. Y se lamentó: **"no deberían necesitarse diez años para autorizar la construcción de una central"**. **"Reformar"** significa poner trabas a la posibilidad de indagar sobre la seguridad y los riesgos ecológicos a la hora de tramitar una autorización.

El interés de Washington en la energía nuclear proviene de las necesidades, tanto militares como económicas, del capitalismo norteamericano. Fue la producción del armamento atómico la que dió impulso, al principio, a la energía nuclear. El programa de los **"átomos para la paz"** fue lanzado por la Comisión de Energía Atómica **(Atomic Energy Comission, AEC)** fundada a comienzos de los años 50 para promover el desarrollo nuclear.

El mismo nombre de la campaña revela uno de sus objetivos: la producción de energía nuclear podía ayudar a desviar la atención de la producción ininterrumpida de armas nucleares para el mortífero arsenal del Pentágono.

El secreto

El Gobierno, las empresas que fabrican los reactores nucleares y los servicios públicos conspiraron para ocultar los peligros de la producción nuclear.

Cuando Schlesinger era director de la AEC, por ejemplo, el 1971-73, se realizó un estudio sobre los problemas de seguridad en los reactores nucleares. **"El gran número de incidentes en los reactores, y el hecho de que muchos de ellos no son nada despreciables desde el punto de vista de la seguridad... plantea un problema importante en relación con los examenes e inspecciones practicadas corrientemente por la industria nuclear y la AEC."** La AEC mantuvo en secreto este informe. Se publicó gracias a los esfuerzos de la Unión de Científicos Afectados por los problemas de la energía nuclear, en 1974.

En el corazón de este proc- encontramos a dos de los prin- pales bastiones del capitalismo dustrial norteamericano: **West- house y General Electric**, las em- presas que emprendieron desde comienzo, junto con la AEC, desarrollo de la tecnología nucle-

Desde los años 90 del si- **XIX, General Electric** y **Westin- house** son los sectores clave imperio financiero de **J.P. Morg- & Company**. Este poderoso gru- bancario, concentrado actualme- te en torno al **Morgan Guara- Trust**, controla también las em- presas **AT&T, US Stell** y gran n- mero de compañías ferroviar- Controla asimismo un sinfín compañías eléctricas.

Westinghouse y **General Ele- tric** venden tres cuartas partes los reactores fabricados en el pa- Venden reactores nucleares al tranjero. Y controlan una par- considerable del combustible cesario para la producción energía nuclear.

Las otras dos compañías q- fabrican reactores nucleares son **Babcock & Wilcox Division de Ray McDermott**, y la **Combust- Engineering.**

Los beneficios

Estos monopolios esperan o- tener inmensos beneficios de construcción en serie de central- nucleares. Hoy en día, una unid- de 1.000 megawatios cuesta cer- de 1.500 millones de dólares (!).

Según la Business Week, e- industria "más prometedora", las previsiones del Gobierno cuanto al crecimiento de la ind- tria nuclear en el transcurso próximo decenio giran en torno las 180 centrales nuevas. ¡Lo qu- representa un valor de 270.0- millones de dólares!

Son estas enormes inversion- y beneficios potenciales los q- mantienen la presión a favor d- desarrollo de la energía nucl- –y no el pretendido agotamien- de los combustibles fósiles en EE.UU. En realidad, el territo- continental de los EE.UU. es m- rico en fuentes energéticas, so- todo en carbón y gas natural.

El mito de la penuria ener- tica se lanzó a bombo y plat- para ayudar a Washington a lev- tar el control sobre los precios d- petróleo doméstico y el gas na- ral. Las compañías petrol- redujeron deliberadamente la p- ducción de petróleo en los EE.U- acumulando reservas para el en que puedan venderlas en mercado mundial a precios no glamentados.

Al tiempo que agitan la ban- ra de la **"independencia energét- de los Estados Unidos"**, los gi- tes petroleros norteameric- obtienen inmensos beneficios la importación de petróleo de países de la OPEP (Organiza- de los Países Exportadores de P- tróleo). Estas sociedades nor- mericanas –asociadas con

puñado de consorcios petroleros europeos– controlan la distribución y la venta del petróleo de la OPEP.

Mediante la manipulación de la distribución mundial del petróleo durante las huelgas de los trabajadores de los campos petrolíferos de Irán, en el último trimestre de 1978 –suscitando el miedo a la "penuria" de petróleo, penuria que evidentemente jamás existió– las cinco principales compañías petroleras de EE.UU. incrementaron sus beneficios en las siguientes proporciones: Exxon hasta el 48%, Gulf: 45%, Standard Oil of California: 33%, Texaco: 72%.

Las compañías petroleras tienen aún otro motivo para efectuar importaciones masivas en estos momentos: quieren sustraer este petróleo a Oriente Medio antes de que se produzcan nuevas conmociones revolucionarias como la de Irán, que amenacen con arrebatárselo a su control.

En cuanto a las reservas en los EE.UU., el "Proyecto para una política energética", de la Fundación Ford, calculó en 1974 que todavía había de 200 a 400 mil millones de barriles no descubiertos, pero recuperables, de petróleo ordinario y submarino, además de lo que ya se conoce. Esta cifra supera todas las reservas conocidas de Oriente Medio.

En cuanto al gas natural, las cifras de la Fundación Ford eran mucho más altas: de 1.000 a 2.000 trillones de pies cúbicos (unos 25 a 50 trillones de metros cúbicos). La producción actual de gas natural en los EE.UU. es inferior al 1% de las cifras mencionadas.

Además, existen inmensas reservas de carbón. De hecho, las compañías petroleras mismas compraron algunas de las compañías mineras más imortantes, así como determinadas compañías productoras de uranio, con el fin de ampliar su control sobre las fuentes energéticas. Hoy en día, las compañías petroleras extraen el 17% del carbón y el 25 % del uranio en los Estados Unidos. Las compañías ferroviarias poseen asimismo grandes cantidades de carbón.

Las reservas de carbón son enormes. Pero la clase dominante norteamericana se niega a invertir en los equipos anti-polución necesarios para transformar rápidamente el carbón en energía, y en la mejora de la red ferroviaria necesaria para el transporte del carbón.

La penuria organizada, las facturas de combustible que aumentan vertiginosamente, la inseguridad para los trabajadores de la industria y para la población en general, y ahora la última amenaza de un desastre nuclear –esto es lo que nos depara el control capitalista de la energía.

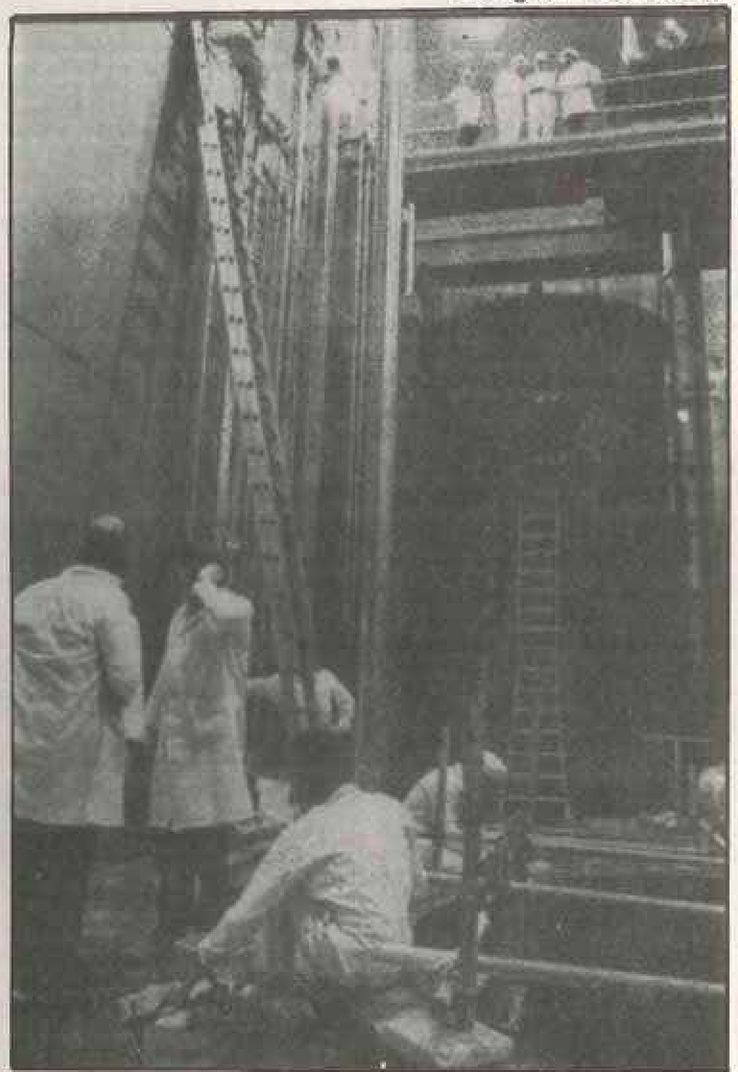
Es hora de que la producción energética se reorganice de pies a cabeza –bajo el control de los trabajadores, y no en función del aumento de los beneficios privados ■

Energía nuclear

Peligros hoy por hoy inevitables

* Este artículo fue escrito antes del accidente de Three Mile Island.

Georges THOMPSON



Un reactor atómico puede sufrir accidentes más o menos graves: desde la fuga imprevista de productos de la fisión a través del fluido termoportador, sin que aumente la radiactividad dentro del edificio de contención del reactor, hasta el escape de una pequeña cantidad de sustancias radiactivas e incluso la liberación de una parte importante de productos de la fisión a causa de una ruptura del recinto de contención (edificio) del reactor. Un reactor nuclear no puede explotar como una bomba atómica, dejando a parte, en cierta medida, los sobregeneradores.

Todo el problema de la construcción de una bomba atómica no consiste tanto en reunir la cantidad necesaria de materia fisible para generar una reacción en cadena explosiva (existe ya en un sobregenerador, no en los demás tipos de reactores), sino en concentrar la explosión en un breve instante para que sea verdaderamente potente.



La industria nuclear tiene previstas, desde sus comienzos, algunas posibilidades de accidentes extremamente graves, a fin de determinar el diseño de los reactores y sus sistemas de seguridad. La casua posible de la mayoría de accidentes concebibles, particularmente de los más graves, radica en un fallo de la circulación del fluido termoportador, lo que comportaría una refrigeración insuficiente del núcleo en fisión y provocaría una fusión más o menos fuerte del mismo. Los medios concebidos para garantizar la seguridad consisten en unos sistemas de refrigeración auxiliares y en una sucesión de barreras destinadas a aislar los productos de la fisión del entorno: vainas del combustible, vasija del reactor, recinto de contención (edificio de hormigón).

Los accidentes debidos al fallo de los sistemas de refrigeración, que comporta la ebullición de las soluciones de productos de la fisión y su dispersión, son asimismo los accidentes típicos previstos en las plantas de recuperación del combustible consumido, en sus piscinas de recuperación o en los recipientes en que se guardan los desechos altamente radiactivos.

El estudio crítico de los riesgos de accidente y el debate afectan ante todo a los reactores de agua ligera, predominantes en los programas nucleares. El accidente máximo considerado por los constructores como accidente de referencia, prevé una ruptura de una tubería de fluido termoportador que provoca un calentamiento del combustible (LOCA: Loss of Coolant Accident –Accidente por pérdida de refrigerante). Si el sistema de refrigeración auxiliar no entra en funcionamiento o si no alcanza a parar el proceso, este accidente puede provocar una fusión del núcleo, lo que puede conllevar un agrietamiento de la vasija y una dispersión de los productos de la fisión en el recinto de contención del reactor, y del mismo eventualmente al entorno. Incluso sería posible que el núcleo fundido, al caer al fondo de la vasija, lo fundiera a su vez, abriéndose camino a través de los cimientos del edificio, y que una parte importante de los productos de la fisión se dispersasen por el suelo y el aire.

La industria nuclear no considera la posibilidad de que la causa original del accidente sea una ruptura de la vasija debida a un proceso de deterioro de su material, pues piensa que es demasiado improbable.

El único estudio detallado del problema, y punto de referencia de todo debate, es el informe titulado **"Una evaluación de los riesgos de accidente en las centrales eléctricas nucleares comerciales en los Estados Unidos"**, de agosto de 1974, realizado por encargo de la AEC por un equipo del Massachussets Institute of Technology



(MIT), bajo la dirección del profesor Rassmussen (informe Rassmussen).

Este informe concluye que un accidente del tipo LOCA tiene una posibilidad sobre 500.000 de producirse, por reactor y por año; que un accidente que originaría 70 muertos inmediatos, 170 personas heridas o enfermas y 2.700 millones de dólares de daños materiales, tiene una posibilidad sobre un millón por reactor y año; que un accidente que causaría 2.300 muertos inmediatos y 5.600 heridos o enfermos, tiene una posiblidad sobre mil millones por reactor y año; y que la probabilidad de que un individuo cualquiera muera en un accidente de estos es menor que la de morir en un ciclón (En el anexo, el informe estima que las consecuencias a largo plazo que se enumeran a continuación tienen la misma probabilidad que 10 muertes inmediatas: 7.000 muertos de cáncer, 4.000 anomalías genéticas, 60.000 tumores del tiroides, 8.000 kilómetros cuadrados de terreno contaminado por encima de las normas máximas admisibles.).

Un informe de la AEC de 1964, mantenido oculto durante muchos años, había concluído que un accidente "creíble" de una central nuclear corriente podría matar inmediatamente a 45.000 personas, herir o dejar enfermas a 500.000, y causar daños materiales por valor de 90.000 millones de dólares (citado por Barry Commoner en "The Poverty of Power" New York, 1976).

La principal crítica del informe Rassmussen es un estudio de la Union of Concerned Scientists (Unión de Científicos Afectados, UCS), realizado a finales de 1974 y comienzos de 1975 bajo la dirección del profesor Kendall, profesor de física del MIT. Este estudio llega a la conclusión de que una accidente susceptible de matar a 50.000 personas tiene una posibilidad de producirse sobre 100.000, por reactor y año. Kendall y sus colaboradores criticaron particularmente la metodología del informe Rassmussen:

"Un ejemplo ilustrativo de la clase de argumentos que demuestran la incapacidad del análisis mediante 'árboles de fallos' para permitir una valoración de las probabilidades fiables, es el caso del motor del cohete del cuarto piso del Apolo. La fiabilidad anunciada para este motor era de 0,9999 (es decir, un fallo cada 10.000 misiones). Esta predicción se había calculado a comienzos de los años 60 de modo prácticamente ané go al de las predicciones cuantitativas del RSS (informe Rassmussen). Sin embargo, la mejor fiabilidad lograda en la realidad por este motor, después de efectuar miles de ensayos, ha sido de aproximadamente 0,96 (es decir, 4 fallos cada 100 misiones).

El programa Apolo demuestra asimismo la incapacidad del método de los 'árboles de fallos' para asegurar la exactitud de un análisis de la seguridad, ya que se elaboró para una función distinta. Muchas de las averías en el programa se debieron a hechos que ni siquiera se habían considerado como 'creíbles' en el análisis por 'árboles de fallos'; estas averías fueron una sorpresa total."

Accidentes en reactores nucleares ya los ha habido, y aunque sólo hayan tenido consecuencias relativamente benignas, podrían haber evolucionado de modo más grave. Accidentes que sorprendieron a los técnicos. Podemos citar algunos ejemplos.

El 5 de octubre de 1966, en el reactor Enrico Fermi en los EE.-UU., el primer reactor sobregenerador comercial que entró en funcionamiento, un trozo de una pieza averiada obstruye un canal de fluido termoportador. Dos elementos de combustible se funden parcialmente. Este reactor está parado desde entonces.

El 29 de enero de 1969, en la central nuclear experimental de Lucens, Suiza, que es subterránea, unas cantidades anormalmente grandes de radiactividad se expanden en la caverna del reactor y se produce un calentamiento anormal, lo que obliga a parar el reactor.

Dada la contaminación radiactiva, habrá que esperar más de un año para taladrar un agujero de inspección del interior de la vasija. El exámen atestiguó que un elemento de combustible se había fundido parcialmente. El reactor quedó fuera de servicio y fue desmantelado.

El contrainforme de la UCS critica al informe Rassmussen a la luz de los accidentes que se han producido en la práctica.

Asimismo, una comisión de siete científicos, encargada por la Comisión Reguladora de la Energía Nuclear (NRC, Nuclear Regulatory Commission que sucedió a la AEC) a instancias de una comisión del Congreso de los Estados Unidos, de examinar el valor del informe Rassmussen así como las críticas que se le han hecho, concluyó que en varios aspectos era insuficiente y erróneo, que estaba basado en métodos dudosos y era demasiado optimista en la evaluación de las consecuencias de un accidente. Condenó además el tono tranquilizante del resumen destinado al gran público (TagesAnzeiger, 25 de setiembre de 1978).

Una tecnología prematura

Si intentamos hacer el balance, optando entre las posiciones controvertidas, las incertidumbres y las dudas considerables, por una apreciación moderadamente pesimista de los peligros de la energía nuclear, entonces podemos cifrar el coste social del uso de la energía nuclear, en las dimensiones de los programas de construcción actualmente en marcha, grosso modo en las tres siguientes consecuencias, para un país de la talla de los Estados Unidos:

1- Algunos millares de muertos más, todos los años, por cáncer y lesiones genéticas (es decir, varios tantos por ciento de aumento), a causa de la polución radiactiva debida al funcionamiento normal de la industria nuclear.

2- La producción de cantidades nada despreciables de desechos altamente radiactivos, susceptibles de originar potencialmente catástrofes muy graves, y que conservan este potencial de riesgo, en algunos casos durante siglos, en otros durante miles de años. La seguridad de la población descansa en la e cacia y la permanencia de su ai miento, de su control y de su g tión. Así, este fardo —así com amenaza que representa y el fuerzo necesario para limitar es legado a las generaciones fut

3- El riesgo de catástrofes m poco probables, pero extre mente graves, provocadas por cidentes en las centrales nuclear en el transporte del combusti consumido o de los desechos al mente radiactivos, en las plant de recuperación o los depósitos desechos radiactivos; catástrof que pueden originar hasta vari decenas o varias centenas de mi de muertos y obligar a conde durante años a una región ente La incertidumbre radica en la es mación de la probabilidad de mejante accidente máximo, ent una vez todos los x miles de año y una vez por siglo, en la medi en que sea posible evaluar es probabilidad.

Estas consecuencias se v agravadas con el incremento de utilización de la energía nucle Pero en cualquier caso sigue siendo considerables aún si el gr do de utilización es bajo. U débil utilización de la energ nuclear, o limitada en su duració plantea de una forma casi aún m acuciante que su empleo a gran e cala, la cuestión de saber si l ventajas obtenidas por la socied en el terreno de la producci energética justifican los riesgos.

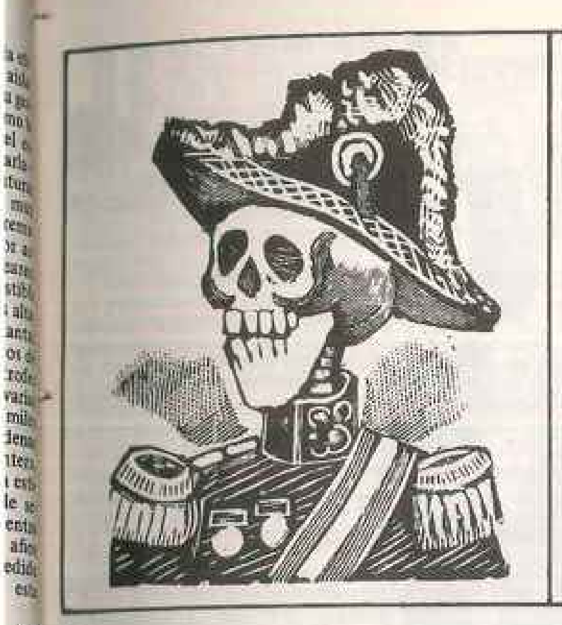
La primera consecuencia no en el fondo específica a la energ nuclear. Hay otras causas indu triales que tienen efectos de misma magnitud, particularmen los productos contaminantes qu micos, los contaminantes de la mósfera, las sustancias cancerí nas, polvos, etc. Se estima, p ejemplo, en alrededor de 22.00 el número de muertes causad todos los años en los Estados Un dos por la polución atmosféri (Revue générale nucléaire, julio 1977).

En cambio, las otras dos co secuencias distinguen cualitativ mente la energía nuclear de tod las demás fuentes industriales d peligro.

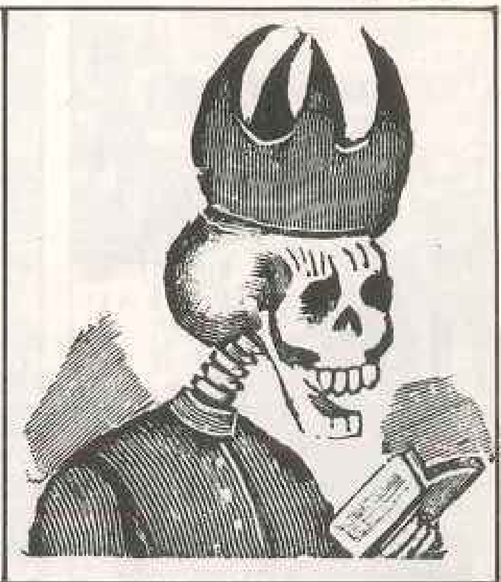
El hundimiento de una gr











presa puede causar un número de muertes comparable, pero a diferencia de un accidente nuclear, no tiene repercusiones para la salud con efecto retardado en varios años, como el cáncer, o que sólo aparecen en la siguiente generación como las lesiones genéticas (repercusiones ante las cuales la medicina es hoy por hoy impotente), ni comporta la condena de las regiones afectadas durante periodos relativamente prolongados.

La industria nuclear afirma que ninguna otra industria ha desarrollado y aplica unos sistemas de seguridad tan sofisticados y rigurosos. Esto es cierto. Todo el problema de la tecnología nuclear, tal como se lo plantea la propia industria nuclear desde sus comienzos, consiste en que se trata de manipular un poder de destrucción y de toxicidad temible: la radiactividad de los productos de la fisión del uranio. La sofisticación de la tecnología nuclear hace que efectivamente la probabilidad de que dichas sustancias alcancen el entorno humano sean minúsculas. Pero el peligro que encierra es enorme. El profesor Jean Rossel escribe:

"Uno se pregunta inmediatamente si es posible hacer una comparación con la radiactividad producida por la explosión en la atmósfera de una bomba atómica como la de Hiroshima, por ejemplo, cuya potencia equivale a 20 mil toneladas de TNT...

Hemos estado en contacto con los servicios del ejército que han efectuado esta comparación. No es fácil hacer una valoración realista, dado que la composición de los isótopos radiactivos del núcleo de un reactor es diferente a la de los que se forman inmediatamente después de la explosión de una bomba. Por tanto, hay que tener en cuenta esta diferencia y los efectos temporales para establecer el equivalente en radiactividad. Podemos resumir este estudio diciendo que el inventario de un reactor de 1.000 megawatios, al cabo de 18 meses por lo menos de funcionamiento y un año después de haber sido parado, corresponde a la radiactividad liberada por 50 bombas A de 20.000 toneladas, un año después de la explosión." (L'enjeu nucléaire, Lausanne, 1977, p. 39).

Los peligros de la tecnología nuclear –la militar aún más que la civil– expresan el hecho de que la ciencia y la técnica humanas han alcanzado un umbral nuevo de potencia, que implica por primera vez la posibilidad de eliminar la vida misma en vastas regiones.

¿No existen los medios técnicos para suprimir los peligros de la industria nuclear? ¿No estamos ante el fenómeno, clásico en relación con los problemas de la polución química, de que las soluciones técnicas que permiten evitar el peligro no se utilizan de modo suficiente a causa de la ley del beneficio que rige en el sistema capitalista?

Las soluciones técnicas para suprimir la polución radiactiva en funcionamiento normal ya existen o están a punto de existir dentro de pocos años si se hace el esfuerzo de desarrollarlas. Se plantea entonces el problema de su coste. Pero el problema de los desechos aumenta en la misma medida.

En el estado actual de la ciencia y la tecnología, es imposible destruir la radiactividad de una sustancia; sólo cabe esperar que aminore por su propia cuenta, y protegerse interponiendo pantallas y distancia. No existe ninguna solución que permita un abandono seguro de los desechos radiactivos sin necesidad de una vigilancia durante siglos. El perfeccionamiento de la seguridad consiste en disminuir la probabilidad de una fuga, pero sin reducir el peligro potencial. No es posible asegurar la duración y la eficacia de la vigilancia durante siglos.

En teoría existe una solución que va en el sentido de la destrucción de la radiactividad de los desechos: la transmutación de los mismos mediante la irradiación con un chorro de neutrones. Tal como puede concebirse actualmente, permitiría en todo caso reducir el periodo durante el cual los desechos deben permanecer absolutamente aislados, pero no podría reducir su radiactividad sino parcialmente. Esta solución exigiría instalaciones tan grandes y complejas como las propias centrales nucleares. El problema de los desechos de larga duración quedaría reducido, lo que no es despreciable, pero el de las instalaciones en funcionamiento más bien aumentaría. Esta solución todavía no está preparada en la práctica.

El desarrollo de los sistemas de protección frente a los accidentes de las instalaciones nucleares a afectado a sistemas que reducen la probabilidad del accidente grave y de la liberación masiva de productos de la fisión. Los progresos previstos y previsibles van en el mismo sentido. Pero no existe ninguna solución, y actualmente ni siquiera es concebible, para reducir intrínsecamente la envergadura del peligro potencial. No es seguro que este tipo de solución sea imposible para siempre.

Un alejamiento radical de la industria nuclear con respecto a las poblaciones, en regiones deshabitadas, islas desiertas, etc., no parece aportar ninguna solución, debido a los fenómenos de contaminación global de la biosfera y a la circulación en la atmósfera y el océano. Además, este tipo de solución parece suprimir a todas luces cualquier ventaja que se espera de la energía nuclear para la producción de energía. Sin embargo, el estudio de este aspecto de la cuestión no ha sido muy profundo.

Junto a la ausencia de soluciones para suprimir el peligro están las incertidumbres y grandes dudas sobre los fenómenos implicados, que se reflejan en las controversias: incertidumbres y dudas sobre los efectos globales de las dosis irradiadas para la salud de las poblaciones; sobre la distribución de contaminantes radiactivos en la atmósfera debida a los fenómenos de concentraciones biológicas; sobre los procesos y secuencias de acontecimientos efectivos en los momentos de graves accidentes; sobre sus probabilidades; sobre la evolución durante siglos y miles de años, de las formaciones rocosas y los contenedores previstos para almacenar los desechos radiactivos etc.

Además, la naturaleza de la tecnología nuclear en su estado actual hace que la seguridad se base en todo caso en una meticulosidad y vigilancia extremas y en su mantenimiento a largo plazo. Por tanto, desarrollar la energía nuclear significa hacer una apuesta sobre su permanencia y sobre la estabilidad social necesaria a largo plazo. Pero la meticulosidad y la vigilancia no pueden sino debilitarse a medida que crece el número y la edad de las instalaciones y la consiguiente trivialización. En cuanto a la apuesta sobre la estabilidad social, la historia del siglo XX, con sus guerras y revoluciones, la convierte en más que una aventura■







Movilizaciones antinucleares en todo el mundo

El golpe asestado en Harrisburg al mito de la seguridad nuclear ha ayudado a multiplicar las filas de quienes se oponen a la energía atómica. Desde que el pasado 28 de marzo se produjo el accidente en Three Mile Island, el grito de "¡NO MAS HARRISBURGS!" ha sonado en los cinco continentes.

Estados Unidos: Entre las numerosas manifestaciones, concentraciones y mitines organizados a lo largo y ancho del país, cabe destacar la concentración de unas 50 mil personas en San Francisco, el 7 de abril, y la manifestación de 125.000 personas en Washington el 6 de mayo.

Australia: 30.000 personas se manifestaron en Sydney, exigiendo el cierre de las minas de uranio y de las centrales nucleares, el 7 de abril.

Japón: el 2 de abril, una concentración de ecologistas y dirigentes sindicales exigió el cierre de las 90 centrales nucleares japonesas.

Alemania: el 30 de marzo, 100 mil personas se manifestaron en Hannover, para protestar contra el proyecto de creación de una planta de recuperación de desechos nucleares en Gorlebern. El 6 de abril se manifestaron 5.000 personas en Hamburgo y 3.000 en Frankfurt.

Francia: Cerca de 1.000 personas respondieron al llamamiento del Comité Antinuclear de Gravelines, el 7 de abril. Por otro lado, la CFDT ha solicitado una moratoria de tres años en la construcción de nuevas centrales nucleares; la CGT en cambio, sigue apoyando la energía nuclear.

España: Entre las manifestaciones habidas destaca la del 26 de abril en Madrid, con unas 50.000 personas.

Suecia: Unas 10.000 personas se manifestaron en Estocolmo exigiendo el cierre de las 6 centrales nucleares que funcionan en Suecia. El 4 de abril, el Partido Socialdemócrata presentó en el parlamento una moción de convocatoria de un referéndum sobre la energía nuclear, para comienzos de 1980.

Dinamarca: 15.000 personas se concentraron ante el Parlamento, en Copenhague, para exigir el cierre de la central sueca de Barsebäck que se encuentra a 24 km. de distancia de la capital danesa.

Holanda: 2.000 personas organizaron una marcha hacia la central nuclear de Boressele, el 6 de abril.

El movimiento antinuclear se ha extendido tanto que hasta la burocracia soviética parece inquieta y se ha apresurado a afirmar que no hay ningún peligro inherente a la energía nuclear. Un portavoz oficial, entrevistado en la revista **Trud**, atribuyó el desastre de Harrisburg a la actitud descuidada de los propietarios particulares de centrales nucleares. Ello coincide que la tradicional afirmación de los burócratas soviéticos, de que sus instalaciones son seguras porque son ellos quienes las hacen funcionar.



Europa

La ofensiva burguesa y el movimiento obrero ante la lucha por el aborto

Jacquline HEINEN



Algunos creían, hace pocos años, que la burguesía estaba dispuesta a ceder en torno a la cuestión del aborto y a conceder a las mujeres un derecho que, a fin de cuentas, no iba a costarle gran cosa.

BAJO la presión de los movimientos feministas y de las movilizaciones de masas que reclamaban la libertad de aborto y contracepción, a finales de los años 60 y comienzos de los 70, varios gobiernos de Europa y América del Norte se habían visto obligados a hacer algunas concesiones en el terreno legislativo.

Pero creer que esto llevaría a los gobiernos más reaccionarios a seguirles la corriente y que las leyes restrictivas en cuestión abrían un camino de flores al derecho de las mujeres a decidir libremente si desean un hijo o no, era olvidar a las corrientes de extrema derecha –grandes defensoras de la vida del feto–, que desde entonces se han reforzado. Y sobre todo era menospreciar las implicaciones sociales y económicas de semejante reforma.

Conceder a las mujeres el derecho a controlar su propio cuerpo –esto abre la puerta a muchas más exigencias. ¿Por qué iba a reivindicar una mujer el derecho a disponer de sí misma si no es para liberarse del estado de dependencia a que está sometida, de ese "destino" que pretendidamente pasa en primer lugar por la cocina y el cuarto de los niños?

¿Y cómo independizarse en el terreno económico sin entablar la batalla por el derecho al trabajo y todo lo que ello implica: servicios sociales que descarguen a las mujeres de las tareas domésticas y de educación de los niños, formación profesional, salario igual, lucha contra el machismo y todas las discriminaciones de que son víctimas las mujeres en su trabajo? No son pocas las luchas que en torno a estos temas ha habido en los últimos 10 años.

Las consecuencias de la política de austeridad

Pero la burguesía internacional se ve ante todo confrontada con problemas económicos que minan cualquier posibilidad de aplicar las leyes sobre la contracepción y el aborto, en los casos en que han sido modificadas. Y en general se apoya en argumentos ideológicos reaccionarios para justificar su política retrógrada. Esto se refleja muy claramente en las declaraciones de determinados representantes de los partidos de la derecha –con Chirac a la cabeza–, con motivo de la campaña electoral para el Parlamento Europeo.

En el marco de la crisis económica y social, en efecto, los parlamentos y gobiernos, lejos de desbloquear los créditos necesarios, no dejan de cercenar los presupuestos asignados a los sectores sociales, particularmente al sector hospitalario (cierre de determinadas unidades –en primer lugar los servicios ginecológicos–, reducción de plantillas, incremento del coste de los servicios médicos, etc.).

En Francia, por ejemplo, esta política de austeridad es aplicada a marchas forzadas por la ministro de Sanidad, la misma señora Veil que propuso un proyecto de liberalización de la ley sobre el aborto hará cosa de cuatro años.

En Italia, la ley promulgada el año pasado es inaplicable, a falta de créditos, de camas disponibles y de personal dispuesto a aplicarla. En el 70% de los casos, los médicos se refugian tras la llamada "cláusula de conciencia" para negarse a hacer abortos, y la mayoría del personal hospitalario hace lo mismo, ya sea por razones ideológicas, ya sea para evitar una sobrecarga de tareas que no se ve compensada ni por una mejora de la infraestructura ni por la contratación de más trabajadores.

En Gran Bretaña, hace años que las mujeres han podido darse cuenta, en su propia carne, que para abortar en un hospital público había que inscribirse muchas veces... con varios meses de antelación. Lo que permite que las clínicas privadas, que exigen precios desorbitados, hagan su agosto.

Los ataques de la iglesia y de la extrema derecha.

A todo ello se añade la campaña cada vez más agresiva de los partidarios del **"dejadles vivir"**. A imagen y semejanza de lo que ocurre en los EE.UU., últimamente han reforzado su propaganda, dotándose incluso de medios para coordinar sistemáticamente su actividad. Desde los congresos internacionales de médicos, que debaten seriamente sobre el problema del **"alma del feto"** y que han tenido lugar en Suiza, en Francia y en Gran Bretaña, hasta los panfletos idénticos que se han distribuido en Londres y Bruselas, pasando por la difusión en varios idiomas del libro **"Bebés para quemar"**, donde se acusa a determinados médicos de hacer abortos con el fin de efectuar **"experimentos"** e incluso para hacer con ellos jabón (¡sic!): todo muestra que las fuerzas reaccionarias han echado manos a la obra para tratar de imponer el silencio a las exigencias de las mujeres y una vuelta atrás en el terreno legal en los casos en que la ley ha sido liberalizada.

Y las homilías del Papa y de todos los obispos de la "Santa Iglesia", después de que aquel lanzara su campaña en torno al **"derecho del niño a nacer"**, no hacen sino reforzar su determinación. Sus declaraciones han aportado un apoyo inesperado a todas las corrientes antiabortistas que se desarrollan a nivel internacional, y paticularmente en Europa:

– a la extrema derecha española, que proclamó en voz alta su total oposición al derecho al aborto durante las recientes campañas electorales;

– al partido demócrata-cristiano suizo, que actualmente lanza una iniciativa por el **„derecho a la vida"**;

– a la corriente que en Francia encuentra que la "ley Veil" es demasiado liberal y que quisiera verla abolida;

– a quienes, en Bélgica, aplauden la política represiva de las autoridades, no sólo con respecto a los médicos, sino también a las mujeres que infringen la ley.

Es el conjunto de esta situación lo que permite explicar tanto la no aplicación de las leyes promulgadas en diversos países como los intentos simultáneos de dar marcha atrás en el terreno legislativo. Es esta situación la que explica que la ley aún no haya sido modificada en una serie de países europeos (Suiza, Bélgica, Holanda), o lo haya sido en un sentido tan restrictivo que de hecho sigue negándose el derecho de las mujeres a abortar (Alemania, Francia , Luxemburgo). Y ello a pesar de los debates parlamentarios que, en la mayoría de los casos, duran desde hace años. Liberalismo obliga, y el ala "progresista" de la burguesía hace de vez en cuando alguna demostración a favor de la liberalización del aborto para retroceder inmediatamente ante los ataques de los defensores del "derecho a la vida", tan pronto como ello amenaza con trastocar los sutiles equilibrios de la vida parlamentaria.

Pero las mujeres han demostrado que no están dipsuestas a esperar pacientemente e indefinidamente a que alguien se digne con-

La ofensiva burguesa y el movimiento obrero ante la lucha por el aborto

cederles algo que muchas de ellas consideran un derecho democrático elemental. La multiplicación de las movilizaciones a nivel local o nacional, en los últimos años, lo demuestra.

En muchos casos, sin embargo, no han logrado hacer retroceder a la burguesía ni poner fin a los ataques de la extrema derecha, pues la pasividad de las organizaciones obreras y la negativa de las direcciones a comprometerse en la batalla han contribuido a aislar sus luchas y a desanimar a numerosas feministas. La resistencia del movimiento obrero a asumir las reivindicaciones específicas de las mujeres, entre ellas el derecho al aborto, no es un factor despreciable en la aparición de las dificultades que conocen diversos movimientos de mujeres europeos para coordinar su actividad y para responder frontalmente a los ataques de la burguesía.

El movimiento obrero bajo la presión de masas

Sin embargo, en varios países ha quedado demostrado que era posible implicar a las organizaciones obreras y que su apoyo –y a veces su participación activa– a la lucha "por el derecho a escoger" tenía un efecto multiplicador en la toma de conciencia y el compromiso militante en torno a esta cuestión, entre las mujeres de las capas más explotadas y entre los trabajadores en general.

El paciente trabajo realizado en Gran Bretaña, tanto por la NAC (Campaña Nacional sobre el Aborto) como por el LARC (agrupamiento por el derecho al aborto en el seno del Partido Laborista) ha tenido sus frutos y se tradujo en noviembre pasado en una conferencia que reunió a unos/as 400 delegados/as de los principales sindicatos ingleses. Votaron su apoyo a la campaña lanzada por la NAC a favor de la proliferación de los ambulatorios para abortar, así como a la Jornada internacional de acción del 31 de marzo de 1979.

Pero sobre todo, la conferencia mandató a los delegados a que impulsen la organización de una manifestación del movimiento obrero en caso de que el Parlamento dé la menor señal de querer limitar la ley sobre el aborto.

Por supuesto, queda por lograr que esta orientación de los sindicatos se traduzca en los hechos. No obstante, las iniciativas desplegadas por las feministas de la NAC desde que en 1975 algunos diputados empezarán a poner la ley en tela de juicio, ya obligaron al Partido Laborista, tras una larga batalla, a apoyar una resolución favorable al derecho al aborto en su Congreso de 1977. Desde luego, la dirección del partido jamás ha hecho nada a este respecto y los ministros laboristas desarrollaron incluso, el año pasado, una ofensiva ideológica centrada en torno a la crisis de la familia, reforzando así la idea de un estatuto de la mujer como mano de obra complementaria. Pero la toma de posición del Congreso contribuyó sin duda a suscitar el debate en las secciones sindicales en torno a las iniciativas a tomar.

El resultado de la batalla por la ampliación de la ley de 1967 –que es restrictiva en diversos terrenos y no otorga el derecho de decidir a la propia mujer– dependerá ahora de la capacidad de la NAC, del LARC y de los y las militantes sindicales más combativos para impulsar iniciativas que fuercen a los sindicatos y al Partido Laborista a aplicar su orientación y a participar activamente en las acciones emprendidas por los comités locales.

Asímismo, la amplitud de la movilización desarrollada desde hace más de tres años por los Comités por la Despenalización del Aborto en Bélgica y las manifestaciones nacionales que han organizado en dos ocasiones, el 8 de marzo de 1978, han tenido repercusiones evidentes sobre la amplitud adoptada por los partidos reformistas. En primer lugar a nivel parlamentario, con la presentación, por parte de tres diputados socialistas, de un proyecto de ley que hace del aborto un simple acto médico, proyecto al que acompaña –intereses de capilla obligan– otro proyecto del PC que va más o menos en el mismo sentido. Pero es sobre todo al nivel de la movilización misma donde se denota un cambio importante desde hace un poco más de un año.

Gracias al carácter masivo y a la continuidad de las iniciativas del movimiento por la despenalización del aborto, gracias también a las militantes feministas y a los militantes de la izquierda sindical, que se han obstinado en plantear esta cuestión en sus organizaciones, el Partido Socialista ha inscrito por primera vez la reivindicación de la despenalización y del derecho de la mujera a decidir, en su propio programa electoral. Seguido por la FGTB (la central sindical más importante del país, que está bajo su control) y las Femmes Prévoyance Socialista (organización feminista estrechamente vinculada al partido socialista), el PS ha decidido aportar su apoyo a la Jornada de acción organizada el 31 de marzo en Bruselas. La presencia de dirigentes del partido en esta manifestación, si bien no es en absoluto una garantía de la política que aplicará en concreto el PS con posterioridad, demuestra de todas maneras que la labor de topo de los comités ha dado sus frutos y no dejará de provocar toda clase de contradicciones en las filas reformistas, vista la política de colaboración de clases que sigue llevando la dirección.

No cabe duda que la cuestión del aborto contribuirá a desprender del PS a los y las militantes más combativos del partido, si el movimiento por el derecho de las mujeres a decidir continúa extendiéndose y ampliando su audiencia en el seno de las filas obreras.



Conceder a las mujeres el derecho a controlar su propio cuerpo – esto abre la puerta a muchas más exigencias...

Una radicalización que agudiza las contradicciones

En efecto, las posiciones q han adoptado una serie de pa dos reformistas bajo la presión las movilizaciones de masas y la radicalización que se expresa sus propias filas, están en prof da contradicción con su orien ción general y su inserción má menos fuerte en el aparato Estado.

Esto salta a la vista, para mar sólo un ejemplo, en el ca del Partido Comunista Itali (PCI), que se vió obligado a d un giro de 180 grados tras las m nifestaciones de decenas de mi res de mujeres que salieron a calle a finales de 1975 y comie zos de 1976. Su declarada hosti dad al aborto se transformó pronto en una posición más menos liberal, utilizada como m neda de cambio en los deba parlamentarios con la Democra Cristiana.

De ahí el carácter contradic rio de la ley que ayudó a prom gar y la liberalización muy parc que conlleva. Si el PCI cambió posición, era porque apenas ten más remedio, dada la amplitud las movilizaciones y la particip ción "salvaje" de muchas de militantes en las primeras manif taciones convocadas por el MLM pesar de las consignas emanad de la dirección. Además de que mantener el control sobre su ba esperaba demostrar a las masas validez de su estrategia de "co promiso histórico", suministrand la prueba de que era posible refo mar el Estado burgués mediante introducción de una ley que iba mejorar la vida de millones de m jeres.

Pero el arma era de dos filo La aceptación del papel de gest de los intereses capitalistas y aplicación de la política de aus ridad impuesta por la clase dom nante deja poco espacio para la satisfacción a las mujeres que ex gen que se aplique ya un derech que en principio acaban de co quistar. En las grandes ciudad en que los ayuntamientos est en manos del PCI, los ojos de la mujeres empiezan a abrirse. E cierto que las estadísticas demu tran, menos de un año después la promulgación de la ley, que ellas es mucho más fácil abor que en las regiones dominadas p la DC. Pero aún así se forman las a las puertas de los hospital incapaces de responder a la manda, mostrando a muchas m jeres que habían creído en la v toria, que esta ley no es mas q una quimera para la gran mayor de ellas.

Además, la resistencia del PC al igual que la de la mayoría los partidos comunistas europe a reconocer el aborto como derecho también tiene implica

La ofensiva burguesa y el movimiento obrero ante la lucha por el aborto



nes explosivas ante la creciente radicalización de las mujeres influenciadas por estos partidos.

Esto se pone de manifiesto en la respuesta de la dirección de la UDI (Unión de Mujeres Italianas, controlada por el PCI) al llamamiento de la CIDA a que apoye la jornada del 31 de marzo. Las responsables de esta organización dijeron que no podían asociarse oficialmente a la campaña, pues una de las reivindicaciones centrales de la misma era el derecho de las mujeres a abortar. Según ellas, la liberalización de la ley se imponía en Italia en virtud del "derecho a la salud" de las mujeres, pero se niegan a considerar el aborto como un "derecho civil", en la medida en que siguen considerándolo como una violencia para la mujer.

Ello no impidió que las militantes del grupo de la UDI de Turín se unieran a la iniciativa tomada en esta ciudad por nuestros camaradas del GCR (sección italiana de la IV Internacional), convocando conjuntamente una concentración en el marco de dicha jornada de lucha internacional.

Este no es ni el primer ni el último ejemplo de las reacciones de las militantes de base que ponen directamente en tela de juicio la orientación de su dirección en torno a la cuestión del aborto. Y ello no se circunscribe al PCI. También en el PC Francés algunos y algunas militantes de la región de París, agrupados en torno al boletín **"Luttes et Débats"**, se negaron hace poco a secundar la política sectaria de su partido.

En una carta abierta publicada en **Le Monde** –después de haber sido rechazada por **L'Humanité**, diario oficial del PCF–, resaltaban la incoherencia de la dirección del PCF, que suelta grandes parrafadas sobre la necesidad de desarrollar una campaña en torno al aborto, al mismo tiempo que se niega a participar en cualquier actividad unitaria en los comités locales que se organizan.

No obstante, a pesar de que en la CGT se observe una actitud análoga, podemos constatar cómo cada vez más militantes de este partido y de este sindicato participan en las movilizaciones a escala local, ya sea a título individual, ya sea a través de la participación de las comisiones femeninas sindicales.

Lo mismo sucede en España: afirmarse como **"el partido de la liberación de la mujer"**, como hace el PCE, y limitarse a los meros discursos en los mítines durante los periodos electorales, no deja de suscitar recelos en la base del partido. Y Carrillo, al igual que Marchais, podrá comprobarlo por sí mismo si la campaña por el aborto libre adquiere fuerza en el Estado español, como parece indicar el mítin del 31 de marzo en Sevilla.

Lo que es cierto para la dirección de los PC, lo es también para la de los PS y del movimiento sindical en general. Porque el problema, para los burócratas reformistas, reside en que la satisfacción de las necesidades expresadas por las mujeres, particularmente en lo que se refiere al derecho al aborto y a la contracepción, es profundamente irreconciliable con su política de colaboración de clases.

Cuantas más mujeres y cuantos más hombres se den cuenta de ello, tantas más dificultades tendrán los burócratas para seguir teniendo la sartén por el mango.

Del mismo modo que una serie de reivindicaciones inmediatas, retomadas hoy masivamente por las bases de los sindicatos –las 35 horas, los aumentos uniformes de salarios, el mantenimiento del poder adquisitivo–, el problema del derecho al aborto y a la contracepción es uno de los temas que deben asumir sistemáticamente los y las militantes revolucionarias en su intervención en el seno del movimiento obrero.

La batalla en torno a esta cuestión permitirá hacer avanzar la conciencia anticapitalista de las trabajadoras y los trabajadores, al constatar hasta qué punto las exigencias planteadas son incompatibles con el mantenimiento del sistema capitalista. Y permitirá también dar un paso adelante en la lucha por la asunción, por parte de las organizaciones obreras, de los intereses específicos de las mujeres, y contra todas las manifestaciones de machismo que siguen dándose en su interior.

Iniciativas como la conferencia sindical inglesa, de la que hemos hablado más arriba, son un ejemplo del tipo de objetivo que debemos proponernos. Es cierto que las diferentes situaciones del movimiento obrero y el grado de control ejercido por los burócratas harán que la cosa resulte más o menos difícil según cada país. Sin embargo, es evidente que ya el compromiso activo de importantes sectores de las organizaciones obreras por sí solo, junto a los movimientos feministas que desde hace años luchan en torno al problema del aborto, ayudarán a estos últimos a salir del aislamiento relativo en que se encontraban y a aportar todo el peso necesario para que la movilización pueda dar frutos frente a los ataques de la clase dominante.

Es esta una tarea primordial. Porque si la idea, avanzada por algunos, de una ley uniforme que lograría promulgar la burguesía en el marco del Parlamento Europeo, es más mito que realidad (visto el carácter de esta institución), no deja de ser cierto que los gobiernos burgueses sabrán explotar muy bien la situación en caso de producirse un revés político importante en alguno de los países en que la ley ha sido liberalizada. Se apoyarán en cualquier reflujo de las movilizaciones actuales, con el fin de asestar nuevos golpes al derecho de las mujeres a disponer de sí mismas.

De ahí que la campaña internacional por el derecho al aborto revista una importancia tan crucial para mantener y reforzar la batalla que libran centenares de miles de mujeres en el mundo entero. Y las reivindicaciones que avanza esta campaña deben ser, en particular, un eje de la propaganda de los revolucionarios en el marco de la campaña de elecciones al Parlamento Europeo. ■



El 31 de Marzo:

Balance de las movilizaciones

31 de marzo de 1979: Jornada de acción internacional por el derecho al aborto y a la contracepción, y contra la esterilización forzosa. Por ser un primer paso en la construcción de un movimiento que englobe a mujeres y hombres del mundo entero, fue un éxito.

En la veintena de países que ya se han asociado formalmente a la movilización impulsada hace ocho meses por la CIDA (Campaña Internacional por el Derecho al Aborto), varias decenas de miles de personas expresaron el mismo día su voluntad común de luchar por el derecho de las mujeres a escoger, mediante manifestaciones, concentraciones, mítines o piquetes delante de las embajadas de los países en que la represión que se abate sobre las mujeres que abortan es particularmente brutal.

No disponemos de una información completa sobre las movilizaciones habidas el 31 de marzo, pero con los informes que nos han llegado podemos trazar un primer cuadro general de esta jornada.

En **Venezuela** asistieron mil personas a un primer mitin sobre el aborto; en **Costa Rica** se realizó una gran concentración en el parque central de la capital, en presencia de la prensa y la televisión, para lanzar la campaña en este país. En **México, Colombia y Perú** se han realizado actos de diverso tipo.

En los **Estados Unidos**, los esfuerzos realizados para una mejor coordinación se vieron coronados por el éxito, pues hubo manifestaciones en 25 ciudades; a la de Nueva York asistieron 5.000 personas. No tenemos datos concretos sobre las acciones que estaban previstas en las principales ciudades de **Canadá** y de **Quebec**.

En **Dinamarca** tuvo lugar una manifestación en Copenhague, delante del Parlamento, para exigir información sobre los efectos de la píldora y la nacionalización de la industria farmacéutica.

En **Holanda**, cerca de 7.000 personas participaron en las manifestaciones organizadas en tres ciudades del país por el movimiento "Nosotras, las mujeres, queremos". En La Haya, las manifestantes fueron a la embajada de Irlanda para expresar su solidaridad con todas aquellas que se ven amenazadas con fuertes multas, incluso la cárcel, por utilizar anticonceptivos.

En **Gran Bretaña**, en la manifestación de 5.000 personas que tuvo lugar en Londres, participaron cortejos de mujeres latinoamericanas y de otros países europeos. En **Bélgica** desfiló por las calles de Bruselas una manifestación de unas 7.000 personas, con la participación del PS, de las Juventudes Socialistas, de las Juventudes Comunistas, la LRT (sección de la IV Internacional) y numerosas organizaciones feministas de todo el país.

En **Suiza** se concentraron varios centenares de personas en Berna. En **Italia** asistieron a los mítines celebrados en Roma y Milán varios cientos de personas. En **Francia**, al igual que en Italia, la movilización fue limitada. Se organizaron actos de diverso tipo en París, Lyon, Rouen, Montpellier, Le Havre y otras ciudades.

En **España** se celebraron mítines en Madrid, Barcelona y Sevilla, donde se denunció la increíble represión que reina en este país, donde las mujeres que abortan pueden ser condenadas hasta a 12 años de prisión.

En **Luxemburgo**, el MLF organizó un piquete delante de la embajada de España para protestar contra esta brutal represión. El embajador –avisado– se preocupó de entregar a una de las mujeres presentes un telegrama venido directamente de Madrid, que afirmaba que **"de acuerdo con las cifras comunicadas por el Ministerio de Justicia"**, "sólo" había 16 mujeres encarceladas por haber abortado...

Sabemos que hubo una serie de movilizaciones en varias ciudades de **Australia**, en **Nueva Zelanda**, en la capital de **Israel**, Tel-Aviv, en la **Martinica**.

La campaña internacional por el derecho al aborto ha emprendido el vuelo. El comienzo es prometedor. ■

E L tratado entre Egipto e Israel, con la participación directa de los Estados Unidos se firmó en medio de un montaje digno de las películas de Hollywood de antaño. Sin embargo, el contraste entre este montaje artificial y las reacciones que ha provocado el acontecimiento en todo el mundo, y particularmente en los países más directamente afectados, ha sido total. La firma no ha suscitado ni en Egipto, ni en Israel, manifestaciones análogas a las que habían acompañado al famoso viaje de Sadat: todo el mundo se da cuenta, en efecto, que el tratado no garantiza en modo alguno el restablecimiento de la paz en la región, y que los resultados obtenidos apenas pueden ser más precarios.

Por lo demás, es significativo que los fieles aliados de los Estados Unidos, los nueve países de la Comunidad europea, tampoco hayan echado las campanas al vuelo. Su declaración común subraya, más allá de algunas fórmulas estereotipadas, que el acuerdo entre Egipto e Israel no representa un arreglo global, ni siquiera en los términos de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU. Dado que los firmantes de la declaración jamás han dado muestras de excesiva solicitud para con los derechos del pueblo palestino, sus reticencias expresan el miedo a que la operación desarrollada por Carter termine en fracaso, sin desactivar en modo alguno el potencial explosivo de la situación en Oriente Medio.

La valoración de los Nueve se ha apoyado en la reacción, no sólo de los Estados árabes del llamado frente de firmeza, sino también de los Estados árabes más conservadores. En efecto, ni Arabia Saudita ni Jordania aceptaron la invitación a participar en la operación Begin-Sadat-Carter.

En cuanto a los palestinos, no cabe duda que sus filas se han hecho más compactas. No es sólo el hecho de que las reacciones hayan sido mucho más homogéneas que después del viaje de Sadat a Israel, sino que Yasser Arafat ha tenido que afanárselas para proponer, entre otras cosas en la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de Bagdad, una serie de medidas muy severas contra Egipto y los

Oriente medio

Después del tratado de Washington

Livio MAITAN



El tratado de paz firmado en Washington entre Egipto e Israel, si bien pone fin al estado de guerra entre ambos países, no da ni el menor paso hacia la solución de los problemas más generales de la región, que estuvieron en la raíz del prolongado conflicto entre los dos signatarios.

Estados Unidos (por ejemplo, la ruptura de relaciones diplomáticas con El Cairo, la suspensión de toda ayuda a Egipto, el cierre de las embajadas árabes en Washington, la retirada de los bancos norteamericanos de todos los depósitos en petrodólares, el cierre de los espacios aéreos árabes para las líneas aéreas norteamericanas, la nacionalización de todos los bienes norteamericanos en el mundo árabe,etc)

Finalmente –lo que todavía es más importante–, la población de los territorios ocupados han dado una respuesta absolutamente clara: se ha movilizado masivamente, expresando su rechazo total de la operación que se le quiere imponer. Por lo tanto, será muy difícil que incluso los dignatarios eventualmente dispuestos al compromiso y a la integración vayan por este camino.

Todas estas actitudes se explican perfectamente si consideramos los términos y el alcance real del tratado que se ha firmado. No podemos analizarlos en detalle aquí. Pero está claro para todo el mundo que, si bien el acuerdo pone fin al estado de guerra entre Egipto e Israel, no da ni el menor paso hacia la solución –o la preparación de la solución– de los problemas más generales de la región que estuvieron en la raíz del prolongado conflicto entre ambos signatarios.

En este terreno, el fracaso de Sadat es casi completo. Begin se ha negado con toda claridad a hacer la menor concesión, y con su triple rechazo, expresado en su discurso ante el Knesset (no al retorno a las fronteras de 1967, no a la devolución de la parte oriental de Jerusalén, no a un Estado palestino), volvió a anunciar el color de su conducta futura. Si a esto añadimos que precisamente después de la visita de Sadat, Israel instaló una serie de nuevas colonias en los territorios ocupados, y que invertirá más de 3.000 millones de dólares para crear nuevos núcleos de población, para un total de 70.000 personas, el cuadro quedará completo. En cuanto a la autonomía de la Cisjordania y de Gaza, el gobierno israelí tampoco ha ocultado sus intenciones: se tratará de una autonomía estrictamente administrativa, desprovista de todo contenido político, y las fuerzas armadas israelíes seguirán asegurando el orden también en estas zonas.

Cabe preguntarse por qué a pesar de todo el tratado ha sido firmado. El caso es que las partes interesadas tendrían que haber esperado consecuencias todavía peores si la firma no hubiera tenido lugar.

Carter no sólo tendría que haber renunciado a una operación de prestigio que espera explotar sobre todo para reforzar su posición en el interior, sino que habría demostrado también, en un momento muy delicado, que los Estados Unidos no son capaces de actuar con eficacia y de obtener resultados concretos en una región muy importante para ellos y para el imperialismo en general.

Para Sadat, la opción era desgarradora: o bien firmar y tragar quina, o bien cuestionar todo de nuevo y sancionar el fracaso de toda su operación. Probablemente haya considerado que había volado todos los puentes detrás suyo y que ya no le quedaba más remedio que apostar a un acuerdo a largo plazo con los Estados Unidos, que en Oriente Medio no pueden contentarse, como es evidente, con la alianza con Israel o algunos acuerdos con Arabia Saudita. Semejante acuerdo –piensa– podría ayudarle sobre todo a hacer frente a una situación económica que no cesa de deteriorarse y que es susceptible de provocar explosiones sociales de importancia.

Begin, a su vez, era el que tenía menos razones para dudar: la firma del tratado puede ayudarle a mejorar su imagen ante amplios sectores de masas que están cansados del estado de guerra permanente, mientras que sus declaraciones





ante el Knesset (Parlamento) y las garantías obtenidas de Washington le cubre frente a los ultras del sionismo.

Por eso han firmado los tres. Al mismo tiempo, cada uno prevé una dinámica de la situación favorable a su proyecto. Begin espera que el Estado sionista se encontrará en una situación estratégica mejor; Carter, que los Estados árabes conservadores se integrarán, a fin de cuentas, en la operación; y Sadat, que la autonomía de los territorios ocupados tendrá contenidos más reales, tendencialmente en dirección a la independencia y a la futura creación de un mini-estado palestino que colocaría a la OLP entre la espada y la pared.

En realidad, todas las fuerzas de la región sólo disponen de unos márgenes de maniobra muy estrechos: lo sucedido desde el viaje de Sadat e incluso después de Camp David lo confirma todavía más. El régimen egipcio, si bien no puede arriesgarse a aislarse de todos los demás países árabes durante un periodo prolongado, tampoco puede correr el riesgo de una ruptura con Israel, susceptible de conducir a un nuevo enfrentamiento militar con consecuencias imprevisibles (por ejemplo, un nuevo cierre del Canal de Suez tendría repercusiones económicas catastróficas).

Los Estados árabes conservadores desean en el fondo una *pax americana* a costa de los palestinos, pero temen que una traición abierta a la causa palestina los desacredite aún más a los ojos de las masas. Quisieran explotar la nueva coyuntura petrolera, pero saben que un nuevo recrudecimiento de las dificultades económicas para las potencias imperialistas no dejaría de tener consecuencias para ellos mismos. Detestan ser tratados por Washington como aliados de segunda o tercera clase, pero independientemente de toda maniobra o chantaje económcio eventuales, no quieren que Moscú vuelva a entrar con fuerza en el juego político de la región.

Los países del frente de firmeza también tienen sus problemas, pese a una mayor estabilidad aparente. El régimen sirio, particularmente, no cardce de dificultades internas y en el Líbano podría conocer de nuevo problemas dramáticos: de todas maneras la tarea que ha asumido de garantizar el orden en este país le impone enormes responsabilidades (todo ello, dicho sea de paso, explica por qué ha iniciado un acercamiento a Iraq).

En cuanto a los Estados Unidos, su problema radica, en última instancia, en el hecho de que en aras a su estrategia global deberían establecer relaciones de alianza estables con fuerzas cuyos intereses son profundamente conflictivos.

Hay que añadir que todas estas dificultades y contradiccioens se han visto multiplicadas por la movilización revolucionaria de las masas iraníes, que han barrido la autocracia de Reza Palhavi y han hecho saltar por los aires el principal bastión del imperialismo en la región. La revolución iraní ha comportado un cambio espectacular en la realción de fuerzas en toda una parte del mundo, alterando profundamente el cuadro existente en el momento del viaje de Sadat o incluso en el del acuerdo de Camp David. El imperialismo trata desesperadamente de sustituir el Irán del sha por otro bastión, y debe evitar a toda costa nuevas explosiones en Oriente Medio. También Israel ha perdido un aliado decisivo.

Los palestinos han visto abrirse ante ellos una perspectiva inesperada hace un año; su aislamiento se ha roto. En todo el mundo árabe —y no solamente en el Mashrek—, las masas han recibido con entusiasmo los acontecimientos iraníes y extraerán sin duda lecciones preciosas. Todo ello explica asimismo la atmósfera desabrida en que se firmó el tratado de Washington.

El edificio donde se encontraba la embajada israelí en Teherán está ocupada por los representantes de la OLP. Una mudanza que es todo un símbolo y que pesará mucho en todo el porvenir de la región■

Documento

La tercera revolución iraní ha comenzado

Resolución del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional



EL derrocamiento del "sha de los shas, luz de los arios" y de su odiado régimen dictatorial, por una de las movilizaciones de masas más potentes y persistentes de la Historia, contiene muchas enseñanzas para los trabajadores del mundo entero.

El régimen del sha parecía invencible. Washington había contribuido a hacer de su ejército la quinta potencia militar del mundo. La CIA participó en la organización de la SAVAK, poderosa policía secreta y auténtica máquina de tortura, cuyos tentáculos penetraban en todas las fábricas, oficinas, universidades, barrios. Ejercía una represión particular contra las nacionalidades oprimidas.

Hasta el último momento, todas las potencias imperialistas del mundo siguieron apoyando al régimen del sha contra el pueblo iraní. Moscú y Pekín también le prestaron su apoyo, ambos con el fin de preservar la "coexistencia pacífica" con el imperialismo.

Moscú reconoció a Jomeini tan sólo cuando ya era evidente que las horas del sha estaban contadas. Al fin y al cabo, el sha disponía de miles de millones de petrodólares y prometía rápidos progresos en el terreno económico y social.

Las masas iraníes han superado todos esos obstáculos gracias a la fuerza extraordinaria de las movilizaciones unitarias que arrastraron a millones de personas. Las masas trabajadoras del mundo entero pueden identificarse con estos métodos proletarios de lucha –manifestaciones masivas, creación de amplios comités de lucha, huelga general, llamamientos a los soldados a que se unan a la lucha, insurrección popular–, métodos que han sido ampliamente divulgados en todo el mundo por los grandes medios de información. Fue la potencia de las masas la que provocó la desintegración del poder aparentemente invencible del sha. Si ello fuera posible en Irán, puede serlo también en todas partes.

La experiencia de la dictadura hizo que sectores cada vez más amplios de la población comprendieran que el régimen no podía ser reformado y que había que acabar con él.

En última instancia, la dictadura del sha no descansaba en su aparato represivo, sino en el sentimiento difuso de las masas de que no tenían más remedio que doblegarse ante el régimen. Una vez la inmensa mayoría de la sociedad, tras meses y meses de lucha encarnizada y de enormes sacrificios, hubo superado esta impresión, la represión militar no podía contener ya el ascenso impetuoso del movimiento de masas.

Los tanques y los fusiles, por muy sofisticados que sean, sólo son seguros para el poder en la medida en que las manos que los manejan y conducen le obedezcan. Pero estas manos son las de los trabajadores y campesinos en uniforme. Cuando los soldados del contingente se pasaron del lado de la revolución, las unidades de élite quedaron neutralizadas; a partir de entonces, el destino del sha estaba sellado.

Durante todo el año de movilizaciones que acabó con el levantamiento del 9-12 de febrero, la clase obrera fue la columna vertebral del combate de amplias capas populares. Ello refleja la tendencia, que se manifiesta a escala internacional, al refuerzo de la influencia del proletariado en las luchas políticas de las masas, incluso en los países semicoloniales como Irán. Los trabajadores empezaron organizándose en comités para dirigir la lucha, es decir, creando formas proletarias de organización que pueden conducir a la construcción de consejos (soviets).

El derrocamiento del régimen del sha ha desencadenado un proceso de revolución permanente en Irán: ha abierto la vía a la tercera revolución iraní.

Esta revolución ha demostrado, una vez más, el papel clave desempeñado por las reivindicaciones democráticas y antiimperialistas en los países semicoloniales. Independientemente de las contradicciones que existan entre el imperialismo y la clase capitalista iraní, esta sigue siendo dependiente de aquel. No puede haber en Irán una "etapa" de desarrollo capitalista independiente del imperialismo. Asimismo, la burguesía iraní no puede llevar a cabo las tareas democráticas, como la distribución de la tierra a los campesinos –dándoles al mismo tiempo los medios para trabajarla–, la libertad para las minorías oprimidas y la igualdad para las mujeres.

Por razones históricas específicas, las movilizaciones que han derribado a la monarquía se han desarrollado bajo la hegemonía política de un movimiento nacionalista pequeño-burgués con dirección burguesa, la de la jerarquía chiita encabezada por Jomeini.

El prestigio de esta dirección constituye la carta más fuerte que puede jugar la clase dominante iraní para alcanzar su objetivo: restaurar un aparato estatal burgués estable y establecer una dirección política burguesa para frenar, y después quebrar, el proceso revolucionario, y para relanzar un desarrollo capitalista "racionalizado" en Irán. Este es el camino que ha emprendido la clase dominante con el apoyo del imperialismo.

La dinámica de la revolución iraní conserva un carácter explosivo porque la amplitud de las movilizaciones de masas y la victoria de la insurrección popular han suscitado enormes esperanzas entre los trabajadores, las capas urbanas depauperadas, los campesinos pobres, las minoría oprimidas y las mujeres. Ni la dirección Jomeini-Bazargan, ni cualquier otro tipo de régimen burgués puede responder a estas aspiraciones ni aplastar rápidamente al movimiento de masas.

Para obtener la satisfacción de sus reivindicaciones y para emprender la vía de un desarrollo económico libre de las distorsiones impuestas por el dominio capitalista, la clase obrera y las masas trabajadoras deberán avanzar hacia la

instauración de un Estado obrero, derribar el poder del imperialismo y de los capitalistas iraníes, expropiar a la burguesía y abrir la perspectiva de la construcción del socialismo.

Así, a largo plazo, no existen más que dos salidas posibles: o bien el establecimiento de la dictadura del proletariado, en alianza con los pobres de las ciudades y los campos, única manera de garantizar el triunfo de la revolución, o bien la victoria de la contrarrevolución. En este último caso, la burguesía volverá a imponer de nuevo "la ley y el orden" capitalistas y permitirá que el imperialismo restablezca su dominación como hizo al aplastar la revolución constitucional de 1906-1911 o cuando la CIA fomentó el golpe de Estado de 1953, que acabó con la segunda revolución.

La materialización de una u otra de estas perspectivas depende del desarrollo del enfrentamiento entre las clases en los próximos años; en el transcurso de estas luchas, las masas trabajadoras pueden erigir un vasto sistema de consejos (soviets), y la maduración política del proletariado puede permitirle estrechar lazos con todos sus aliados. Los trabajadores y sus aliados pueden ganar este combate histórico si se construye a tiempo un partido marxista revolucionario de masas al calor de la propia lucha.

La revolución iraní se produce en un contexto caracterizado por un cambio en la relación de fuerzas entre las clases a escala mundial, cambio que va en detrimento del imperialismo y a favor de la clase obrera, como consecuencia de la derrota del imperialismo en Indochina y de la primera recesión generalizada de la economía capitalista internacional desde la Segunda Guerra Mundial.

Pese a haber intentado por todos los medios mantener al sha en el poder, Washington no pudo enviar tropas contra el pueblo iraní, gracias al sentimiento anti-guerra generalizado que existe entre los trabajadores de **América del Norte.** Ninguna otra potencia imperialista pudo sustituir a los Estados Unidos. Además existía la posibilidad de una respuesta de la URSS. Dada la extensión de su frontera común con Irán, se habría visto directamente amenazada, en efecto, por una invasión imperialista. El hecho de que el imperialismo no haya sido capaz de intervenir directamente para salvar al sha sólo puede estimular a las masas trabajadoras del mundo entero.

Al mismo tiempo, la revolución iraní ha asestado un nuevo golpe al imperialismo. Ha comportado una nueva modificación de la relación de fuerzas entre las clases a nivel internacional. El régimen del sha y su ejército constituían la punta de lanza del imperialismo contra la revolución árabe, el garante de sus intereses en esta región rica en petróleo, y el bastión del capitalismo en toda la región de Turquía, Afganistán y Pakistán, que linda con la frontera meridional de la Unión Soviética. Las masas iraníes han roto esta punta de lanza y han destruido este bastión. La revolución iraní es un ejemplo para las masas de toda la región. La burguesía, desde Marruecos a Pakistán, pasando por Egipto, Arabia Saudita y Turquía, tiembla ante la idea de que este ejemplo pudiera cundir.

Finalmente, el derrocamiento de la dictadura del sha ha permitido un renacimiento de las luchas de las nacionalidades oprimidas en Irán, que representan al 60% dela población; las más significativas son las minorías kurda, aserbaichana, baluchí, turcomana y árabe. Muchos de estos grupos étnicos están dispersos a lo largo de las fronteras. El renacimiento de sus luchas ejercerá por tanto una influencia directa en Iraq, Turquía, Pakistán y Afganistán. Lo mismo cabe decir de la URSS, donde las luchas de las nacionalidades oprimidas forman parte de la revolución política contra la burocracia estalinista. La lucha del pueblo palestino ha recibido un enorme estímulo. El fuerte y fiel aliado de Israel, y su principal proveedor de petróleo, que era Irán, se ha convertido en enemigo de esa cabeza de puente del imperialismo en Oriente Medio. Incluso le ha cortado del grifo de petróleo.

La revolución iraní ya ha tenido un impacto político en Africa del Sur, al suspender los suministros de petróleo al régimen racista del **apartheid.**

El imperialismo ha respondido apoyando firmemente a los regímenes de la región que le son próximos, incrementando su presencia militar y buscando algunos puntos de apoyo en Irán, con el fin de frenar la dinámica antiimperialista de la revolución. Las principales potencias imperialistas se han unido para lanzar un vasto plan de ayuda a Turquía, donde se registra un resurgir de las luchas. En el momento culminante de la insurrección popular en Irán, Brown, el secretario de Estado para la Defensa de los Estados Unidos, hizo una gira por los países árabes y visitó Israel con la promesa de incrementar la ayuda militar.

Sin embargo, como ha subrayado Begin, los acontecimientos iraníes han probado que ningún país semicolonial –ni siquiera Egipto o Arabia Saudita– puede desempeñar duraderamente el papel de base imperialista en la región, como puede hacerlo Israel. De ahí que Washington tenga que contar más que nunca con Tel-Aviv. Carter multiplicó las presiones sobre Sadat para hacerle aceptar un acuerdo con Israel en términos que aseguraran el refuerzo de la potencia sionista en la nueva situación creada por la revolución iraní. Washinton envía asimismo a sus consejeros militares al Yemen del Norte e incrementa su presencia naval en el Océano Indico. Al mismo tiempo, las potencias imperialistas han acudido a prestar su apoyo al régimen capitalista de Mehdi Bazargan, esperando que pueda contener la ola revolucionaria. Esperan también restablecer los lazos económicos con Irán y recuperar su control.

El fracaso de la revolución blanca

El trasfondo de la crisis de la monarquía iraní se resume en el fracaso de la llamada **"revolución blanca"** que el sha había lanzado en 1962-1963. La "reforma agraria", los proyectos de industrialización impulsados con ayuda de las rentas provenientes del aumento del precio del petróleo en los años 70, la entrada masiva de petrodólares, todo esto no resolvió ninguno de los problemas fundamentales del subdesarrollo, fruto de largos años de explotación imperialista.

Al contrario, todos estos factores no hicieron sino exacerbar las dificultades. La industrialización parcial no eliminó la dependencia con respecto al imperialismo; simplemente varió sus formas. Las líneas maestras del desarrollo industrial obedecían a las necesidades de las multinacionales imperialistas, y no a las exigencias de un desarrollo armónico de la economía iraní. Los bienes de producción tenían que ser importados de los países imperialistas. Y en la mayoría de los ramos industriales, la inversión tendía a concentrarse en fábricas de montaje integradas en el proceso de producción de las empresas imperialistas. Un poderoso cártel de grandes compañías petroleras controlaba la distribución del petróleo iraní, ese maná que caía sobre la economía iraní. El fracaso de la industrialización parcial se vió acentuado por los efectos de la explotación imperialista.

La "reforma agraria" destruyó la agricultura tradicional, en detrimento de los intereses de los campesinos y en beneficio del capital nacional e internacional. Las grandes empresas agrarias tomaron el relevo, produciendo para la exportación y para un mercado mundial dominado por el imperialismo. Ello comportó una destrucción masiva de las fuerzas productivas, debido a la desaparición de los métodos de cultivo e irrigación tradicional (los qanats). Antaño, Irán había sido exportador de productos agrícolas; hoy en día tiene que importar el 60% de los víveres consumidos en el mercado interior.

La "reforma agraria" arrancó a millones de campesinos de sus tierras. El éxodo masivo del campo a las ciudades no vino acompañado de la creación de un número suficiente de puestos de trabajo en el sector industrial. La consecuencia: un crecimiento monstruoso del chabolismo en las zonas urbanas, la formación de un inmenso ejército de reserva industrial, utilizado por el imperialismo y el capitalismo nacional para imponerle a la clase obrera una brutal explotación. En este país de 34 millones de habitantes, el 63% de la población es analfabeta.

Hay tres millones y medio de parados, para una población activa de once millones de personas; el 54% de las familias viven más acá del "umbral de pobreza", según pautas iraníes. Este es el balance de 15 años de aplicación del programa de "modernización" del sha. La recesión capitalista internacional y sus consecuencias han venido a agravar la crisis de la economía iraní. La inflación ha alcanzado el 30% anual. El precio de los bienes de producción importados de las metrópolis imperialistas ha aumentado más rápidamente que el precio del petróleo, quese ha visto cada vez mas afectado por la depreciación del dólar. Irán empezó a endeudarse con las potencias imperialistas.

El jaleo armado por la monarquía en torno a la "liberación" de las mujeres fue abyecto. Pese a que hiciera algunas concesiones en el terreno legislativo, suprimiendo algunas leyes bárbaras que codificaban la opresión de la mujer, esta opresión ha permanecido fundamentalmente idéntica.

Las minorías nacionales eran salvajemente reprimidas por el sha, que les negaba absolutamente cualquier derecho cultural y lingüístico, y las mantenía bajo un estatuto de ciudadanos de segunda clase, frente a los persas que hablan el farsi. Puesto que gran parte del campesinado pertenece a las nacionalidades oprimidas, la opresión nacional se combina con la explotación de los campesinos pobres y de gran número de trabajadores, así como de las masas depauperadas de las ciudades, arrancadas de sus tierras de origen.

Todos estos hechos desmienten las teorías de la transformación de Irán en un "subimperialismo" gracias a las rentas del petróleo. Al contrario, las rentas del petróleo acentuaron las contradicciones de una economía mantenida bajo la férula del imperialismo.

De los primeros brotes a la insurrección general

La sólida fachada de la monarquía dictatorial empezó a agrietarse en 1976: los escándalos que estallaron vinieron a revelar la corrupción de altas personalidades del régimen, como de algunas de las 50 familias que se beneficiaron de la revolución blanca; por primera vez aparecieron divergencias, entre los hombres en el poder, sobre la política que había que adoptar frente a la crisis económica.

El apoyo del sha al desarrollo de determinados sectores industriales chocaba con los intereses de una parte de los artesanos. Durante la re-

cesión económica y después, el régimen incrementó los impuestos sobre los comerciantes del "**bazar**", los tipos de interés y los derechos de aduana: estas medidas favorecieron a los imperialistas y a las 50 familias que detentaban el poder económico. La monarquía atacó asimismo a la clase obrera, imponiendo un bloqueo de salarios y una cartilla de trabajo. Todas estas medidas incrementaron el aislamiento social de la monarquía: lo que se refleja en el fracaso del proyecto de creación de un partido monárquico a partir de la "revolución blanca".

El año 1977 fue un hito en la crisis del régimen. Estimulada por las campañas internacionales de defensa de los derechos humanos en Irán, una parte de la **intelligentsia** y de la oposión burguesa liberal del antiguo Frente Nacional, empezó a movilizarse. Reclamó públicamente el respeto de la Constitución de 1906, aún en vigor formalmente, y la aplicación de las garantías que establece, en particular, la libertad de prensa, la independencia de la justicia, etc. Ante el éxito de las primeras manifestaciones de masas, las "veladas poéticas" que se transformaban rápidamente en manifestaciones contra el régimen, y tras las revueltas estudiantiles, el sha y su Gobierno, con la aquiescencia de Washington, decidieron reprimir brutalmente a todas las corrientes de oposición que habían aparecido.

En la situación de aislamiento en que se encontraba la monarquía, la ofensiva represiva del régimen redundó en una extensión del movimiento a favor de los derechos democráticos. Se desencadenó una dinámica que presidiría al conjunto del movimiento: a la represión respondían movilizaciones cada vez más amplias, revelando la profundidad del odio que generaba esta salvaje represión; la explotación y la opresión inherentes al régimen del sha. El creciente deseo de luchar hasta el final contra él se afirmaba cada vez más.

El 9 de enero de 1978, una manifestación de masas invadió las calles de la ciudad religiosa de Qom, para protestar contra los ataques de un periódico gubernamental contra el **ayatolla** Jomeini, en el exilio. La policía hizo fuego. Hubo numerosos muertos. De acuerdo con un esquema característico de este movimiento, cuarenta días después se desencadenó una nueva ola de manifestaciones; en efecto, la tradición musulmana fija las jornadas de duelo en el tercer día, después en el séptimo y finalmente, cuarenta días después de la muerte.

Incluso se produjo un levantamiento de prácticamente toda la población aserbaichana de Tabriz. Trabajadores, pequeños comerciantes y campesinos desterrados participaron en el movimiento. En el levantamiento de Tabriz aparecen ya los elementos específicos de la evolución posterior de la revolución. Por primera vez se coreó masivamente la consigna de **"muerte al sha"**. La guarnición de Tabriz se desintegró y el ejército fue incapaz de aplastar a las masas. Durante toda la jornada, la población controló la ciudad. El régimen del sha sufrió una derrota política. Se vio forzado a evacuar a algunos de sus representantes en Aserbaichán. Para recuperar la ciudad tuvo que enviar tropas de otras guarniciones.

El levantamiento de Tabriz subrayó asimismo la importancia de la cuestión nacional para la revolución iraní. También hubo manifestaciones en Shiraz y el centro petrolero de Ajwas. La represión que se abatió sobre ellas provocó a su vez una nueva ola de manifestaciones.

Los manifestantes se agrupaban casi siempre alrededor de las mezquitas, únicos centros de actividad social que no estaban enteramente controlados por el régimen y su policía. Este hecho explica también el papel de la jerarquía chiita.

El chiismo, en Irán, tiene una larga tradición de iniciativas políticas y de enfrentamiento con el Estado central: la participación de los **mollas** en las primeras manifestaciones contra la penetración imperialista a finales del siglo XIX; su papel en la revolución constitucional de 1906; el apoyo que una parte de ellos había prestado al Gobierno de Mossadegh.

La independencia financiera del chiismo con respecto al Estado contrasta con la situación de la jerarquía sunita de los demás países islámicos. Sus lazos con la pequeña burguesía urbana y el **bazar** eran también una razón de su oposición al régimen. Sin embargo, independientemente de las luchas desarrolladas contra el sha, esta jerarquía religiosa representa una fuerza social burguesa.

El régimen del sha contribuyó a la politización de la jerarquía chiita al exilar a Jomeini en 1963, atacando sin cesar a la jerarquía, esperando reducir así su influencia, y tratando de hacerse con su control. Al disponer de una estructura organizativa importante (180.00 **mollas**, 80.000 mezquitas y 60.000 estudiantes en las escuelas y universidades religiosas), la jerarquía pudo aprovechar la debilidad de la antigua oposición burguesa, particularmente la del Frente Nacional.

Como ya sucediera en otros países durante el ascenso de la revolución colonial y del nacionalismo de los oprimidos después de la Segunda Guerra Mundial, el Islam aparece ante amplios sectores de la población como un medio para afirmar sus valores culturales nacionales y su propia identidad frente al yugo imperialista.

La influencia de la jerarquía en las movilizaciones de masas se explica también por la debilidad del movimiento obrero organizado, debida particularmente a las traiciones de los estalinistas. La política del partido **Tudeh** durante la segunda revolución iraní, el apoyo prestado al sha por Pekín y Moscú, la represión de las minorías políticas y religiosas en los Estados obreros burocratizados, constituyen factores que hicieron que muchos jóvenes combativos y abnegados, trabajadores e intelectuales, se adhirieran a unas formas de socialismo utópico o reformista con los colores del Islam, avanzadas por el teólogo Chariati o las organizaciones guerrilleras de los **muyahedines**.

El éxodo a las zonas urbanas de amplias masas provenientes del campo, donde la influencia religiosa era tradicionalmente más fuerte, confirió a la jerarquía chiita una amplia base popular en las ciudades.

Pero no cabe ninguna duda que el papel desempeñado por Jomeini suministra la principal explicación del prestigio de la jerarquía chiita ante las masas: la audiencia del dirigente chiita se basa en el hecho de que rechazó todo compromiso con el sha y la monarquía, incluso cuando algunas personalidades del Frente Nacional o ciertos dirigentes religiosos se mostraron dispuestos a tales compromisos.

El ciclo de movilizaciones no sólo se caracterizó por su ampliación numérica, sino también por su extensión geográfica y social. Llegaron a todos los rincones del país. El campesinado vino a sumarse a las manifestaciones de las ciudades vecinas. Las masas urbanas depauperadas, vinculadas socialmente a los trabajadores, los comerciantes del **bazar**, los estudiantes y escolares, las mujeres, que se movilizaron de una manera jamás vista, y las minorías nacionales oprimidas, todos se pusieron en movimiento de forma creciente.

Cuando en agosto de 1978 la amplitud de las manifestaciones se incrementó, el sha proclamó la ley marcial en Isfahán. Tras una nueva ola de movilizaciones contra el sha, después del incendio de un cine en Abadán por provocadores policiales, el sha tuvo que prometer algunas reformas y reestructurar el gabinete. Pero estas medidas y algunas otras concesiones no hicieron

1977

Octubre: La Asociación de Escritores organiza 10 veladas de poesía dirigidas contra la censura. Más de 10.000 personas asisten a cada una de estas veladas.

Noviembre-Diciembre: Huelga de estudiantes y profesores exigiendo la retirada de las tropas de la Universidad y el fin de la represión.

1978

9 de enero: Ola de manifestaciones tras la aparición de artículos oficiales insultando al ayatolla Jomeini, entonces exiliado en Irak. Las tropas abren fuego y matan a varias personas, particularmente en Qom.

18 de febrero: Nuevas manifestaciones, al finalizar el período de duelo de 40 días después de las masacres de enero. Masacres cometidas por el ejército en Tabriz.

2 de abril: Manifestaciones en 55 ciudades, al finalizar el duelo de 40 días tras la masacre de Tabriz.

Mayo: Más jornadas de duelo.

17 de junio: Por primera vez se lanza la consigna de huelga general, seguida por el "bazar" y los almacenes.

5 de agosto: Discurso televisado del sha: promete una democracia a la occidental.

10 de agosto: Ola espontánea de manifestaciones en todo el país.

11 de agosto: Barricadas en Isfahán.

12 de agosto: Proclamación de la ley marcial en Isfahán [illegible]

19 de agosto: Incendio criminal del cine Rex de Abadán: 600 muertos.

26 de agosto: Los funerales por las víctimas de Abadán se transforman en una manifestación contra el régimen al grito de "¡Muerte al Sha!"

27 de agosto: Dimisión del Gobierno Amuzegar y nombramiento de Cherif Emami como primer ministro.

29 de agosto: Hua Guofeng, presidente de la República Popular China, que ha decidido prolongar su visita a Irán en 48 horas más, brinda en honor al sha por su resistencia "a la política de expansionismo y hegemonismo de las grandes potencias".

29-31 de agosto: Importantes manifestaciones en Qom y Mashad.

4 de setiembre: Al finalizar el ayuno del Ramadán, manifestaciones de 3 a 4 millones de personas en las principales ciudades de Irán.

7 de setiembre: En Teherán, 500.000 personas se manifiestan contra la prohibición gubernamental de las reuniones públicas.

8 de setiembre: El Gobierno proclama la ley marcial en Teherán y once ciudades más por un período de seis meses. Las tropas disparan sobre los manifestantes desarmados: 3.800 muertos.

10 de setiembre: Durante la cumbre de Camp David, Carter telefonea al sha para reafirmarle su apoyo.

25 de setiembre: Comienza el movimiento huelguístico en los bancos y administraciones.

5 de octubre: Extensión del movimiento al sector público (siderurgia y después el petróleo).

Finales de octubre: Segunda ola de huelgas, esta vez con reivindicaciones políticas: libertad para los presos políticos, derogación de la ley marcial.

29 de octubre-4 de noviembre: Semana de solidaridad con los presos políticos en la Universidad de Teherán. Varias decenas de miles de personas escuchan los relatos de los presos liberados.

5 de noviembre: Las tropas disparan sobre los estudiantes: más de 40 muertos.

6 de noviembre: El "domingo rojo" de Teherán. Durante varias horas, 100.000 manifestantes ocupan el centro de la capital y destruyen los símbolos de la presencia imperialista y de los edificios administrativos.

7 de noviembre: Nombramiento del Gobierno militar del general Azari.

Noviembre-diciembre: Frente a la ola represiva, el país se instala en la resistencia pasiva. La producción desciende al 50%, debido a las huelgas intermitentes.

10 y 11 de diciembre: De 6 a 7 millones de iraníes se manifiestan en estos dos días contra el régimen, con motivo del final del duelo chiita del Moharram.

Mediados de diciembre: Inicio de la segunda

sino reforzar la determinación de las masas, que empezaron a exigir el derrocamiento completo de la monarquía. A comienzos de setiembre de 1978, las protestas alcanzaron su máxima intensidad. De tres a cuatro millones de personas participaron en las manifestaciones del 4 de setiembre. Medio millón de personas ocuparon las calles de Teherán, el 7 de setiembre, y confraternizaron con los soldados.

El Gobierno respondió decretando la ley marcial y el toque de queda en doce ciudades. El 8 de setiembre, recordado hoy como el "viernes sangriento", miles y miles de personas salieron a la calle.

Hasta esta fecha, los trabajadores habían participado en las manifestaciones como individuos. Pero en las últimas semanas de setiembre, la clase obrera como tal empezó a entrar en liza, con sus propias formas de lucha y de organización. Las primeras huelgas no permitieron ningún respiro al régimen después del "viernes sangriento". De golpe, las huelgas se extendieron a los trabajadores de banca, de teléfonos, de la administración pública, de seguros, a los mineros del cobre, los portuarios, a los trabajadores del textil, del ferrocarril, de correos, de los autocares, de las compañías aéreas, de la radio, la televisión y la prensa. El 31 de octubre, la huelga nacional de los trabajadores del petróleo estremeció al régimen.

El 5 de noviembre se desarrollaron en todo el país manifestaciones de una amplitud sin precedentes. Al día siguiente, el sha puso al país bajo régimen militar y formó el Gobierno del general Azari. Esta ofensiva represiva fue puesta en jaque por la progresiva paralización de las actividades y el cierre del **bazar**. Prosiguieron las manifestaciones. A comienzos de diciembre se reanudaron las huelgas, en primer lugar en la industria petrolera. Estas huelgas se transformaron de hecho en una huelga general revolucionaria contra la monarquía y desencadenaron el asalto final contra la misma.

La ola industrializadora de los años 1960 y 1970 había dado nacimiento a una clase obrera nueva y jóven. Amplios sectores de esta clase obrera provienen directamente del campo y se concentran en ciudades como Teherán, Tabriz, Isafán, Abadán y Ajwas. Estos trabajadores están estrechamente vinculados a las capas urbanas depauperadas, en la medida en que a las ciudades emigraron grupos familiares enteros. Los trabajadores del sector industrial representan actualmente una cuarta parte de la población activa. Trabajan fundamentalmente en los siguientes ramos: el petróleo, la petroquímica, la construcción, la siderurgia y la industria del automóvil, etc. Una parte importante de la clase obrera –tres trabajadores de cada cuatro– trabaja en empresas de menos de diez empleados.

En 1973-75 se produjo un estallido de huelgas en torno a reivindicaciones económicas. Sólo duraron algunas horas, como máximo dos o tres días. No dieron lugar a la configuración de un movimiento obrero organizado en la clandestinidad.

Pese a la ausencia de organizaciones y a la inexistencia de partidos obreros de masa al comienzo de la crisis revolucionaria, pese a la salvaje represión de la SAVAK –que controlaba unos "sindicatos amarillos" en todas las fábricas– una de las características de la ola huelgística fue la rapidez con la que se propagó y se politizó, así como el grado de organización de las masas.

En este movimiento huelguístico, las reivindicaciones salariales se combinaron con reivindicaciones directamente políticas, como la supresión de la ley marcial, la liberación de todos los presos políticos, el retorno de los exiliados sin condiciones ni represalias, la supresión de la censura, el derecho a constituir sindicatos independientes.

En el transcurso de estas luchas se manifestó la tendencia al control obrero. Los trabajadores del sector de la comunicación exigieron la apertura de los libros de cuentas para denunciar la corrupción y los contratos que favorecen a los monopolios imperialistas. Los empleados del Banco Central publicaron una lista de 144 altos funcionarios del régimen que habían transferido sumas importantes al extranjero. Los trabajadores de la industria del petróleo y nuclear, y del sector de la comunicación, reclamaron la retirada de los "expertos extranjeros" y una "auténtica nacionalización" del petróleo, a fin de suprimir la intervención de los trusts imperialistas del petróleo. En todos los sectores se constituyeron comités de huelga para organizar la lucha.

La fuerza de esta huelga general revolucionaria bloqueó todas las tentativas de las personalidades burguesas liberales del Frente Nacional y de algunos dirigentes religiosos, de llegar a un compromiso con la monarquía. La participación unánime de los trabajadores del petróleo, que controlaban el sector clave de la economía, fue decisiva. Fue la amplitud de su movilización la que arrastró a los comerciantes del **bazar** y a las demás capas sociales. Impulsadas por la huelga general, las manifestaciones siguieron creciendo.

Las huelgas obreras desencadenaron una nueva oleada masiva en la ofensiva contra el régimen, que finalmente forzó a la oposición burguesa y al conjunto de la jerarquía religiosa a alinearse detrás de Jomeini, y a aceptar su exigencia: acabar con la monarquía. Esta perspectiva, y el temor a ser desbordado por el movimiento de masas, movieron a Jomeini a rechazar cualquier compromiso con Shapur Bajtiar, el último primer ministro del sha, en torno al mantenimiento de la monarquía bajo una u otra forma. Para las masas, el Gobierno Bajtiar, el ejército, la SAVAK, el parlamento fantoche del sha –todas las instituciones del régimen– debían ser eliminados. Bajtiar no era otra cosa que el último bastión del sha, apoyado por el imperialismo (la socialdemocracia europea también intentó rehabilitar con su apoyo la imagen de Bajtiar).

Antes del retorno de Jomeini –retorno que aceleró la desintegración del Gobierno Bajtiar–, algunas personalidades de la oposición burguesa trataron de llegar a un acuerdo con la alta jerarquía militar, acuerdo en el que habrían anunciado que retiraban su apoyo a la monarquía. Ello hizo que Jomeini y el resto de la oposición burguesa renunciaran a lanzar un llamamiento a la insurrección armada contra el régimen, ni siquiera después de comenzar el levantamiento armado de Teherán. Este intento de preservar las instituciones del Estado burgués anunciaba ya el proyecto fundamental de las fuerzas pro-capitalistas después de la insurrección.

Los intentos de llegar a un compromiso con el núcleo del ejército fracasaron gracias a los siguientes factores:

1) El imperialismo e importantes fracciones de la burguesía nacional continuaban apoyando las instituciones de la monarquía, esperando que el mantenimiento del Gobierno Bajtiar permitiría finalmente desmovilizar a las masas.
2) La permanencia de la movilización de las masas, que se tradujo en gigantescas manifestaciones antes, durante y después del retorno de Jomeini, y en la solidez de la huelga general.
3) El comienzo de desintegración del ejército, como consecuencia de las movilizaciones de masas.

Cuando las grandes manifestaciones del 11 y 12 de diciembre, y la continuación de la huelga confirmaron el fracaso de las medidas represivas tomadas por el cha el 7 de noviembre –con la formación del Gobierno del general Azari–, la crisis empezó a penetrar en el ejército. Las deserciones, los actos de sabotaje y de resistencia individual se multiplicaron, e hicieron aparición las primeras formas de organización de la lucha en determinadas unidades del ejército. Más de una vez se informó de soldados que habían disparado sobre los oficiales que trataban de obligarlos a abrir fuego contra el pueblo.

Este proceso, acelerado por la caída del gabinete Azari, desembocó en una paralización total de la producción de petróleo, después en la salida del sha, de "vacaciones ilimitadas", y finalmente, en la incapacidad del Gobierno Bajtiar para desmovilizar a las masas, pese al apoyo del imperialismo, del núcleo duro del ejército y de una parte de la burguesía.

La resistencia dentro de las fuerzas armadas alcanzó su máximo nivel en el ejército del aire, en particular entre los **homofars**, técnicos cualificados que por su formación y sus condiciones de trabajo se asemejan al proletariado industrial cualificado. En enero de 1979, la lucha de los **homofars** se extendió al conjunto del país, protagonizando huelgas de hambre y participando organizadamente en las manifestaciones callejeras.

Fue la respuesta de los **homofars** a los ataques de la Guardia Imperial, el 9 de febrero de 1979, la que impulsó la movilización y el armamento de las masas pobres de Teherán y dio comienzo a la insurrección popular victoriosa. El segundo día de la batalla, el mando general –incapaz de enviar soldados del contingente para aplastar a las masas y dar un golpe de Estado– empezó a retroceder, buscando al mismo tiempo un compromiso con la oposición liberal y religiosa, para preservar del contagio y de la desintegración el máximo de unidades del ejército y para salvar lo que quedaba de las instituciones. Sin embargo, tuvo que desmovilizar a los soldados y enviarlos a sus casas.

En Teherán, con el apoyo de las masas populares que hacían caso omiso del toque de queda, una parte de las masas pleboyas y de los estudiantes, que se habían procurado armas ocupando los cuarteles, aviadores y algunos soldados, así como grupos pertenecientes a las organizaciones guerrilleras, atacaron los bastiones de la Guardia Imperial y de la SAVAK y los últimos reductos todavía en poder del antiguo régimen. La insurrección se extendió a las demás ciudades, y la monarquía fue derribada.

Después de la insurrección

Después del derrocamiento de la monarquía, el Gobierno de Mehdi Bazargan, nombrado por Jomeini, trató inmediatamente de reconstruir el ejército y de hacer respetar "la ley y el orden" capitalistas. El proyecto de Jomeini –instalar un Gobierno burgués alternativo al del sha empezaba a materializarse.

Con las manos casi desnudas, las masas habían derribado el régimen represivo. En el ejército, ante todo en Teherán, reinaba el mayor desbarajuste. Pese a que algunas unidades de provincias estaban todavía intactas, no era posible utilizar al ejército ni a la policía, por razones políticas. La huelga seguía, incluso en la administración pública, impidiendo el funcionamiento del Estado.

Muchos jóvenes, armados y organizados en el interior de los comités de barrio en Teherán y otras ciudades, utilizaban las barricadas erigidas durante la insurrección para ejercer un estricto control del tráfico urbano durante toda la noche. Algunos criminales del antiguo régimen, responsables de un sinfín de asesinatos, habían sido capturados durante la insurrección; otros, al igual que miles de agentes de la SAVAK, fueron detenidos por estas milicias de barrio.

Los comités de barrio se habían formado en torno a las mezquitas, durante la huelga general

de los trabajadores del petróleo, a finales de diciembre de 1978. Muchas veces se constituyeron por iniciativa de las autoridades religiosas locales. Se encargaron de la distribución del petróleo, del gas y de los alimentos. Asimismo, organizaron las movilizaciones relacionadas con el retorno de Jomeini, dotándolas de un servicio de orden. De ahí que fuera lógico que numerosos jóvenes, gentes pobres de las ciudades, estudiantes y trabajadores, organizados en grupos de defensa, participaran masivamente en la insurrección, a pesar de los llamamientos a la calma lanzados por la jerarquía religiosa, y se armaran para seguir asegurando la función de milicias armadas de la revolución.

Una semana después de la insurrección, a instancias de Jomeini, los trabajadores reanudaron el trabajo. Algunas empresas, particularmente las que pertenecían a grupos imperialistas, no abrieron sus puertas. Donde les fue posible, los trabajadores celebraron asambleas en las fábricas y oficinas para debatir sobre sus reivindicaciones y formar comités permanentes, ya sea manteniendo los comités de huelga, ya sea eligiendo nuevos. Además de sus reivindicaciones económicas, los trabajadores discutieron sobre la construcción de sindicatos, sobre el control de los salarios de los directores. Los funcionarios avanzaron reivindicaciones similares. Ya que habían luchado duramente por los derechos democráticos, los trabajadores reivindicaban la democracia en el puesto de trabajo, la depuración de los agentes de la SAVAK y de todas las personas vinculadas al antiguo régimen. Para denunciar a los directores corrompidos, así como los contratos favorables a los monopolios imperialistas, apareció la consigna de apertura de los libros de cuentas. Esta tendencia al control obrero se vio estimulada por la huida al extranjero de muchas personas que se habían comprometido con la monarquía por el sabotaje capitalista de la economía y por la salida del país de decenas de miles de "expertos extranjeros".

Algunos soldados, licenciados durante la insurrección, participaron en los comités de barrio. Los homofars formaron la vanguardia de la organización de los soldados. En la semana que siguió a la insurrección, organizaron dos manifestaciones para protestar contra el nombramiento por el Gobierno de altos oficiales del ejército real. Bazargan se vio obligado a retroceder y tuvo que deponer a algunos de ellos. Durante esta lucha, los homofars y los soldados que los apoyaban avanzaron reivindicaciones cada vez más radicales: elección de los oficiales, libre ejercicio de los derechos políticos en el ejército, no al encuadramiento del ejército por los "consejeros" norteamericanos y mantenimiento de las milicias populares.

En esta situación de debilitamiento y parálisis del aparato de Estado, y de ascenso del movimiento de masas, existía la posibilidad objetiva de dar un paso decisivo hacia la organización de los obreros y de todos los trabajadores, es decir, hacia la creación de consejos (soviets). Pero lo que faltaba era un partido revolucionario de masas, implantado en la clase obrera y capaz de ofrecerle una dirección.

El régimen capitalista intenta consolidarse

La naturaleza de la movilización contra el sha, que duró todo un año, determinará el contexto en que se desarrollará la lucha de clases en el período siguiente. Las masas derribaron el régimen apoyándose en sus propias fuerzas, lo que les dio gran confianza en sus capacidades de lucha. Esperan ver satisfechas sus principales reivindicaciones en el terreno económico, social y político.

La agravación de la crisis económica, que se añade a los golpes asestados por las movilizaciones del año anterior, delimitan el estrecho margen que tienen los capitalistas para atuar. Las evasiones masivas de capitales han debilitado todavía más el mercado interior. Tanto la burguesía nacional como el imperialismo dudan en invertir en sectores como el del acero, la construcción, los plásticos y otros ramos. Muchos trabajadores volvieron a sus fábricas para encontrarse despedidos o con sus empresas cerradas. Han pasado a engrosas las filas ya numerosas del ejército de parados.

Al tiempo que hacía diminutas concesiones —como la distribución gratuita de medicamentos en algunos lugares—, el Gobierno Bazargan anunció a los trabajadores que no daría satisfacción a sus reivindicaciones. Simultáneamente ofreció créditos con un tipo de interés muy bajo a los capitalistas, esperando así un relanzamiento de las inversiones. ¡Es posible que estos fondos también tomen el camino del exilio! El sha había tenido que admitir que las rentas del petróleo no bastaban para resolver la crisis. En la situación actual, en que la producción y la exportación de petróleo han disminuido mucho, esto es aún más evidente.

En el marco de la crisis del sistema capitalista internacional y de inestabilidad social en Irán, la crisis de la economía iraní va a agravarse, muy probablemente incluso si la política del nuevo régimen consiste en tratar de corregir las distorsiones extremas del desarrollo capitalista iraní, fruto de las opciones político-económicas de la monarquía. Por lo tanto, el régimen no está en condiciones de hacer concesiones sustanciales a las masas, aunque puede verse forzado a hacer algunas. Al contrario, tendrá que intentar lanzar duros ataques contra los trabajadores y el conjunto de las masas, a fin de crear las condiciones para un nuevo despegue de las inversiones a gran escala. Ello le llevará a enfrentarse de modo creciente con las masas, que no solamente no han sufrido ninguna derrota, sino que todavía conservan su confianza en sí mismas, en virtud de su victoria sobre la monarquía.

En este contexto, la propia dinámica de la lucha de clases pone de manifiesto la combinación entre las reivindicaciones inmediatas, democráticas y transitorias. Después de las gigantescas movilizaciones del pasado, los obreros y las masas trabajadoras han tenido que reorientar su dispositivo de combate. De manera fragmentaria, avanzan reivindicaciones relativas a cuestiones como la vivienda, los salarios, las condiciones de trabajo, la legislación laboral. Ponen cada vez más sobre el tapete el problema del paro. En varias ciudades ya ha habido las primeras manifestaciones de parados, exigiendo un empleo. La conciencia de la necesidad de proseguir el combate para conseguir sus reivindicaciones aparece en el seno de una capa de trabajadores avanzados. La profunda inestabilidad social y política, y el potencial de luchas explosivas que ello comporta, siguen siendo los rasgos fundamentales de la situación.

■ El primer choque importante entre la revolución y la contrarrevolución se produjo en el Kurdistán iraní, el 21 de marzo de 1979, fecha del Año Nuevo iraní. En el transcurso de la insurrección, los kurdos se habían armado masivamente, y habían constituido comités kurdos en todo el Kurdistán iraní. Cuando el Gobierno iraní trató de restablecer su autoridad y lanzó al ejército contra el pueblo de Sanaday, los kurdos opusieron una feroz resistencia frente a las ametralladoras, los bazookas, los helicópteros y los aviones **Phantom**. A pesar de la masacre de centenares de ellos, los kurdos hicieron fracasar la tentativa del Gobierno.

Durante la batalla se intensificó la movilización del pueblo kurdo. La credibilidad y la

oleada represiva del Gobierno Azari. El 30 y 31 de diciembre, el ejército mata a más de 700 personas tan sólo en la ciudad de Mashad. Reanudación de la huelga total en la industria petrolera. La producción de petróleo desciende en un 95%.

1979

4 de enero: Shapur Bajtiar es nombrado primer ministro.

11 de enero: Washington abandona al sha y anuncia su salida "de vacaciones".

13 de enero: Mientras se forma el Consejo de Regencia en Teherán, el ayatolla Jomeini nombra un Consejo de la Revolución Islámica.

16 de enero: El sha abandona Teherán. Las manifestaciones de alborozo se multiplican en la capital, donde la población confraterniza con los soldados. Estos reciben la orden de retirarse de las calles. En Francia, el ayatolla Jomeini anuncia que pretende formar un "gobierno provisional" que se presentará ante una "asamblea constituyente" encargada de ratificar la "nueva Constitución islámica". Afirma que volverá a Teherán en el "primer momento oportuno".

17 de enero: El presidente Carter invita al ayatolla Jomeini a "dar una oportunidad" al Gobierno Bajtiar.

18 de enero: Menos de 48 horas después de la partida del sha, el Gobierno Bajtiar tiene que hacer frente a una grave crisis, tras los sangrientos incidentes de Ajwas, donde según la prensa iraní hubo "varios centenares de muertos".

19 de enero: Varios millones de manifestantes desfilan por las calles de Teherán para exigir la instauración de una "república islámica" y la dimisión de Bajtiar y del Consejo de Regencia.

21 de enero: Tehrani, presidente del Consejo de Regencia, anuncia en París que dimite de su puesto. Jomeini anuncia que volverá a Irán el 26 de enero.

22 de enero: El jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Gharabaghi, declara que el ejército apoya al Gobierno Bajtiar y que mantendrá el orden cuando vuelva el ayatolla Jomeini. "Está totalmente excluido que los militares den un golpe de Estado", añade.

24 de enero: Jomeini rechaza la petición del primer ministro de que aplace su retorno a Irán por tres días. El ejército ocupa durante la noche el aeropuerto de Teherán y paraliza el tráfico, aduciendo "razones técnicas".

26 de enero: Los violentos enfrentamientos entre el ejército y los manifestantes que exigen el retorno del ayatolla provocan una veintena de muertos en el barrio universitario.

27 de enero: Más de un millón de manifestantes desfilan en el centro de Teherán al grito de "Jomeini, te esperamos". El ejército parece querer evitar nuevos enfrentamientos sangrientos.

28 de enero: Estallan violentos motines en Teherán: 40 muertos y unos 200 heridos. Se anula el viaje de Bajtiar a París para entrevistarse con Jomeini.

31 de enero: Los últimos obstáculos para el retorno de Jomeini a Irán son levantados, mientras que algunas unidades del ejército se libran a una impresionante manifestación de fuerza en las calles de la capital, para señalar la intención de los militares de apoyar al Gobierno legal de Bajtiar frente al "poder revolucionario".

1 de febrero: Retorno triunfal de Jomeini a Teherán. Este se muestra decidido a emprender la prueba de fuerzas con el Gobierno "ilegal" de Bajtiar, exigiendo su dimisión. Llama de nuevo a los militares a "unirse a las filas del pueblo".

3 de febrero: Jomeini anuncia que se ha formado un Consejo Revolucionario Islámico, y que su composición se dará a conocer "próximamente".

5 de febrero: El ayatolla Jomeini encarga a Mehdi Bazargan, que ha nombrado como "primer ministro", la formación de un "gobierno provisional". Al día siguiente, Bajtiar anuncia que está decidido a seguir en su puesto.

8 de febrero: Tienen lugar en Teherán manifestaciones de apoyo a Bazargan. Por primera vez participan militares en uniforme.

9 de febrero: Bazargan estima que las fuerzas armadas "desean lo mismo que nosotros", pero ataca a los generales que "desean el retorno del sha". Por la noche, unidades de la Guardia Imperial atacan el cuartel de los "homofars" del ejército del aire, en el barrio de Farahabad.

10 de febrero: La insurrección estalla en toda la capital. Apoyados por soldados, los partidarios armados del ayatolla Jomeini se apoderan de los ministerios y los despachos del primer ministro.



autoridad de Jomeini y de la jerarquía chiita quedaron minadas. Es un indicio de lo que sucederá a medida que avance la revolución en otros sectores y regiones.

El éxito de la resistencia kurda inspiró y estimuló la lucha de otras minorías oprimidas en Aserbaichán y Baluchistán. Hubo amplias manifestaciones de solidaridad, organizadas por los residentes kurdos en Aserbaichán y en Zahedan, en Baluchistán.

Las minorías oprimidas han comenzado a hacerse oír, ahora está roto el yugo de la odiada dictadura de los Palhavi. Lo mismo cabe decir de los turcomanos y los árabes, en el lado del Golfo, que sufren todo tipo de discriminaciones. Sin embargo, el Gobierno capitalista tiene que imponer de nuevo su yugo sobre estas minorías si quiere reconstruir un Estado central estable. Por tanto, la cuestión nacional seguirá siendo explosiva y será una de las batallas centrales del próximo período, incluso si el Gobierno intenta desactivar esta bomba proponiendo de forma demagógica una "autonomía" en el marco de un refuerzo del control del Estado central.

El combate de las nacionalidades oprimidas se combina también con la lucha de la clase obrera, del campesinado, del proletariado agrícola. Las movilizaciones de las minorías oprimidas tenderán a adquirir cada vez más un contenido de clase directo. El vínculo entre estas luchas y la cuestión agraria es visible entre los turcomanos. Al comienzo de la insurrección, los campesinos turcomanos y los obreros agrícolas baluchis de Turkmensarah, una de las regiones clave de la agricultura industrial, ocuparon gran parte de las tierras. Tras el éxito de los kurdos, se apoderaron de las comisarías de policía y de las bases militares, lo que provocó enfrentamientos armados con el Gobierno central. Este último envió a sus representantes para tratar de forzar a los campesinos y obreros agrícolas a devolver las tierras a sus antiguos propietarios. Hasta el momento, los "esfuerzos" gubernamentales no han dado resultado alguno.

La emigración a las ciudades produjo importantes concentraciones de minorías oprimidas entre las masas depauperadas y entre los trabajadores de las zonas urbanas. Esta es una de las razones por las cuales el Gobierno no logró explotar el chovinismo **farsi** en las ciudades persas, durante los acontecimientos de Sananday. Al contrario, se manifestó una tendencia opuesta: el chovinismo **farsi** se ha debilitado.

■ En el marco de su intento de imponer su autoridad, el Gobierno capitalista ha lanzado una serie de ataques contra los derechos democráticos. El primer problema contra el que arremetió era el armamento de gran parte de la población urbana. Jomeini declaró que todos los que guardaran armas capturadas durante la insurrección cometían un grave "pecado". El régimen tuvo tan sólo un éxito parcial en la recuperación de las armas, y ello gracias al control ejercido por las mezquitas sobre el armamento de los comités de barrio. Pero gran cantidad de armas siguen aún en manos de la población y de grupos como los **fedayines** y los **muyahedines**, que se han negado a desprenderse de ellas.

La autoridad de Jomeini y de su Consejo de la Revolución Islámica también fue utilizado para poner fin a las manifestaciones de los **homofars** en la semana que siguió a la insurrección. El sentido del ataque contra los **homofars** apareció claramente cuando Jomeini prohibió una manifestación convocada por los **fedayines** y otros grupos. Se había organizado en apoyo a las reivindicaciones de los **homofars** y de los trabajadores que exigían el derecho a elegir a los directores de empresa y de las oficinas. Los **fedayines**, con el apoyo de otros grupos, entre ellos el Hezbe Kargarane Sosialist (HKS, Partido Socialista de los Trabajadores), convocaron una concentración de protesta en Teherán. Asistieron unas 50.000 personas.

Durante la insurrección, el personal de Radio y Televisión ocupó el centro de difusión y empezó a utilizarlas para organizar la lucha y difundir las posiciones de todos los grupos políticos. Inmediatamente, el Gobierno Bazargan reaccionó y nombró a Ghotbsadeh director de Radio y Televisión, a fin de imponer la censura. La prensa diaria fue sometida a la censura y a las amenazas del Gobierno. Este embargo de los medios de comunicación le permitió lanzar una vasta ofensiva propagandística contra las masas trabajadoras, en pro de la propiedad privada y del orden capitalista.

Las iniciativas tomadas por la jerarquía religiosa, a comienzos de marzo, de cara a imponerles a las mujeres el reaccionario código islámico, provocaron una respuesta por parte de éstas en defensa de sus derechos, respuesta de una amplitud sin precedentes en ningún país islámico. Sin embargo, estas manifestaciones sólo agruparon a una minoría de mujeres. La plena participación de éstas en la lucha contra la monarquía les permitió adquirir una primera experiencia en la acción política, y creó las condiciones previas de esta contraofensiva. El Gobierno retrocedió momentáneamente. Renunció a imponer restricciones legales a los derechos de las



mujeres, pero organizó una vasta campaña propagandística contra ellas. No obstante, en el transcurso futuro de la revolución, son posibles más que nunca, nuevas movilizaciones de mujeres.

Los comités de barrio detuvieron a las personas sospechosas de pertenecer a la SAVAK, a los oficiales superiores del ejército del sha, y a otras figuras del antiguo régimen, responsables de innumerables crímenes. Fueron conducidos ante el Consejo de la Revolución Islámica o ante organismo equivalentes —conocidos por el nombre de "comités del imán"— existentes a nivel de las distintas ciudades. En todas partes fueron puestos en libertad numerosos agentes de la SAVAK y servidores del antiguo régimen. Bajo la presión de las masas, algunos de estos personajes fueron ejecutados, después de ser sometidos a juicio secreto ante unos "tribunales islámicos".

Al ordenar que estos juicios se celebraran a puerta cerrada y negándose a publicar los expedientes de la SAVAK, el Gobierno quería impedir que salieran a la luz los vínculos existentes entre esos criminales y el conjunto del aparato de Estado —incluyendo a funcionarios del nuevo régimen—, así como las relaciones que mantenían los capitalistas con ese hampa del antiguo régimen.

Los "tribunales islámicos" juzgaron también a las personas acusadas de inmoralidad; algunas de ellas fueron ejecutadas por haber mantenido relaciones homosexuales, o fueron flageladas por haber cometido adulterio o consumido alcohol. Aunque semejantes actos no sean corrientes, constituyen un intento de intimidar a la población. La oposición que ha surgido frente a este tipo de prácticas tiende a limitarlas.

En el próximo período es probable que el Gobierno tome medidas de represión selectiva contra la izquierda. Sin embargo, al estar dirigidas contra la vanguardia, no bastarán para hacer retroceder de un modo decisivo a las masas trabajadoras. Por tanto, existe la posibilidad de una respuesta eficaz.

■ Uno de los factores determinantes del futuro desenvolvimiento de la revolución reside en el porvenir de los comités que se formaron en el transcurso de la lucha contra la monarquía. La jerarquía religiosa, el Gobierno, y el Consejo de la Revolución Islámica no sólo tratan de reducir su base social, sino también de integrarlos en el aparato de Estado. Sin embargo, en virtud del papel que desempeñaron en el combate contra el antiguo régimen, las masas siguen considerándolos como instrumentos de lucha que aún pueden utilizarse de cara a conseguir sus reivindicaciones. Esta doble tendencia se refleja en las contradicciones internas de los comités.

Por medio de la jerarquía religiosa y las mezquitas, el Consejo de la Revolución Islámica trató inmediatamente de someter a los comités de barrio. Se restringieron las discusiones en las mezquitas, con lo que se estrechó la base social de los comités. Sin embargo, todavía agrupan a gente que participó en la lucha contra el sha, y expresan en cierta medida los conflictos que se desarrollan en la sociedad.

Incluso en los "comités del imán", nombrados por la jerarquía para dirigir los comités de barrio, aparecen las mismas contradicciones, pese a que en su seno figuren elementos conscientes de la derecha, incluso antiguos agentes de la SAVAK. Este último hecho ha provocado más de una lucha para expulsarlos.

Algunas fuerzas burguesas intentaron también hacerse con el control de los comités de trabajadores, introduciéndose en ellos a través de los "comités del imán". Desde el principio, los comités de trabajadores tenían algunos puntos débiles. Por ejemplo, el consejo de los trabajadores del petróleo, en Ajwas, otorga una representación desproporcionada a los oficinistas y sólo atribuye dos o tres delegados a los obreros de la producción, sobre un total de 120 delegados. La propaganda anticomunista del Gobierno y del Consejo de la Revolución Islámica ha dado cierto resultado, limitando la libertad de expresión de las distintas corrientes políticas en los debates dentro de estos consejos y difuminando las reivindicaciones que comporten alguna dimensión de control obrero.

En el seno de estos comités de trabajadores también han reaparecido, con el apoyo del Gobierno y de los "comités del imán", personas vinculadas a los antiguos "sindicatos amarillos". Estos elementos prestan su ayuda, con métodos violentos, al combate del Gobierno contra la constitución de sindicatos. En efecto, según el Gobierno, en una "república islámica" los trabajadores no tienen necesidad de sindicatos. Sin embargo, la voluntad de construir sindicatos está muy extendida entre las masas. La oposición del régimen a que se formen no sólo se deriva de su temor a que se conviertan en punto de partida de un renacimiento de comités de trabajadores con audiencia de masas, sino también de su comprensión de que un relanzamiento capitalista en un país semicolonial no es posible sin una explotación brutal de los trabajadores.

La creación de sindicatos independientes del Estado es una de las cuestiones esenciales para el desarrollo de la lucha de clases en el período

actual.

Gracias a la experiencia de la lucha contra el sha, la idea de que hay que organizarse en comités para luchar se ha popularizado mucho entre las amplias masas y la clase obrera.

Es probable que las futuras movilizaciones vengan acompañadas de un renacimiento de los comités de trabajadores y otras estructuras, como los comités de barrio. Ello se traducirá, o bien en un refuerzo de los comités ya existentes, o bien en la creación de estructuras nuevas.

■ El régimen deberá intentar reconstruir un aparato estatal burgués estable. A este fin protege a los agentes de la SAVAK y trata de ocultar los lazos de ciertas personalidades con la monarquía. Intenta presentar al ejército y a la policía con una imagen nueva. Según él, estas dos instituciones están ahora del lado del pueblo. Trata de otorgar de nuevo a la policía, con sigilo, sus viejas atribuciones.

Al mismo tiempo, uno de los objetivos del nuevo régimen burgués consiste en racionalizar el funcionamiento de un aparato de Estado distorsionado por las necesidades específicas de la monarquía Palhavi.

Como demuestra el ataque lanzado por el ejército contra la población de Sananday, ciertas unidades de élite han permanecido intactas. El régimen quiere reconstruir este ejército de arriba a abajo. Un obstáculo se interpone en el camino: la derrota política de las fuerzas armadas del sha.

Además, muchísimos reclutas –sobre todo en la región de Teherán, donde la descomposición del ejército, como también de las iniciativas de confraternización con el pueblo, fueron las mas avanzadas– no han vueloto a los cuarteles. Para desmovilizar a la juventud, que dispone de armas, el régimen trata de integrarla en una "Guardia Nacional Islámica". Esta podría ser utilizada a la espera de que haya conluido la reconstrucción del ejército. Esta "Guardia Nacional Islámica" no será blanco del odio popular que todavía se profesa contra el ejército.

El régimen trata asimismo de controlar la situación ejerciendo su influencia sobre los comités de barrio y de trabajadores. Sin embargo, dado qu estas estructuras pueden ser utilizadas por las masas en las diversas movilizaciones, no representan una base sólida para el poder burgués. Cuando pueda, intentará disolverlas o absorverlas completamente en su aparato de Estado.

Un elemento fundamental del plan de estabilización del régimen era el referéndum por la "República Islámica". La función de este plebiscito disfrazado de referéndum no solo consistía en limitar la opción entre por o contra la"República Islámica", sino también en impedir la instauración de una Asamblea Constituyente soberana, pues ello suponía la apertura de un amplio debate sobre las formas y la naturaleza del Gobierno y sobre los problemas económicos y sociales importantes a que se enfrentan las masas. Amplios sectores de la población tienen puestas sus esperanzas en la "República Islámica". Las fuerzas burguesas utilizaron y utilizan con abundancia este tema para canalizar el movimiento de masas dentro de un marco compatible con el mantenimiento del capitalismo. Esperaban que un voto masivo a favor de la "República Islámica" afianzaría su autoridad y les permitiría defender el sistema capitalista y sus necesidades frente a las de las masas.

La religión sirve de argumento suplementario en pro de la "República Islámica". Además, las clases dominantes trataban de justificar el referéndum y las demás medidas que adoptaron, alegando la necesidad de eliminar todos los vestigios de la monarquía y de liquidar el dominio del imperialismo. De hecho, trata de interrumpir el proceso de desintegración del antiguo aparato de Estado y allana el camino para una vuelta en masa del imperialismo.

En este contexto, la campaña a favor de la "República Islámica" estuvo dirigida contra la izquierda y el "comunismo". Tras esta fachada, las fuerzas burguesas lanzaron una campaña a favor de la "unidad nacional" contra las movilizaciones independientes de los trabajadores, los campesinos, las nacionalidades oprimidas y el conjunto de las masas trabajadoras.

Los auténticos debates políticos fueron sofocados durante la campaña previa al referéndum. Tras la instauración de la "República Islámica" existe la amenaza de una restricción aún más fuerte de los derechos democráticos. Se han formado bandas armadas para atacar a las manifestaciones de izquierdas, a las movilizaciones de mujeres, y para reducir al silencio a los oponentes en las fábricas. Ningún partido político, apparte del Partido Republicano Islámico, ha sido legalizado. Muchos militantes de izquierda, entre ellos algunos miembros del HKS, han sufrido agresiones. El estallido de las luchas de los kurdos, los turcomanos y otras minorías oprimidas, que originaron incluso choques frontales con las fuerzas armadas, minaron la autoridad del referéndum en todo el país y en ciertas regiones incluso impidieron su realización. Cualquiera que sea el éxito de que se reclame el Gobierno, es evidente que la operación del referéndum no ha logrado estabilizar la situación social como aquel esperaba.

■ La autoridad de Jomeini constituye un factor central que determinará la posibilidad de que la burguesía, extremamente débil, lleve a cabo sus proyectos. Su autoridad descansa en su oposición intransigente a la dinastía Palhavi. Actualmente hace uso de este prestigio para bloquear cualquier auge de la revolución y fortificar las bases del nuevo régimen. Sin esta protección y este apoyo, el Gobierno no podría llevar adelante su política contrarrevolucionaria.

El ascendente de Jomeini ha contribuido también a incrementar la influencia de la jerarquía religiosa y de la religión en general, arma que sirve para desorientar a las masas. Sin embargo, la religión no será capaz de suministrar unas bases ideológicas firmes para un Estado capitalista moderno. Los intentos de imponer las leyes islámicas pueden provocar airadas reaccines. En el próximo periodo, la influencia de Jomeini tendrá que someterse a la prueba de la lucha de clases. Si es utilizada directamente contra las masas, se desgastará.

El Consejo de la Revolución Islámica, situado por encima del Gobierno, es el auténtico detentor del poder. Su composición exacta se mantiene en secreto. Parece que junto a Jomeini y otros jefes religiosos, incluye a políticos conservadores como Ghotbsadeh y Yasdi, e incluso a militares reaccionarios.

La dirección Jomeini quisiera imponer un régimen controlado por la jerarquía religiosa islámica, en que el papel de los partidos políticos sería reducido o inexistente. Sin embargo, este proyecto ya ha sido barrido por la dinámica de las fuerzas sociales.

Aunque todavía débiles, las organizaciones ligadas a la clase obrera se desarrollan. El Frente Nacional Democrático, de Daftery, nieto de Mossadegh, también avanza. En amplios sectores de masas existe una profunda aspiración a la democracia e incluso al socialismo, entendido como la realización de la igualdad y la democracia. Sin embargo, el "comunismo" tiende siempre a ser equiparado al estalinismo. Estas aspiracines no pueden sino llevar a plantear la cuestión de la separación entre Iglesia y Estado.

Bajo la presión de poderosas movilizaciones y el empuje antiimperialista del pueblo, el nuevo régimen ha tomado algunas medidas que van en contra de los intereses imperialistas: desmantelamiento de las bases militares norteamericanas, expulsión de los "expertos extranjeros", ruptura de las relaciones diplomáticas con Africa del Sur e Israel. Todo ello ha elevado su prestigio ante las masas. Pero mientras que estas apoyan y apoyarían todas las iniciativas de este género, los propios intentos del gobierno de relanzar la economía sobre una base capitalista le obligaran a reanudar sus lazos con el imperialismo internacional.

Las dificultades con que choca el nuevo régimen en su intento de canalizar el ascenso del movimiento de masas, le hacen adoptar medidas contradictorias. Entonces aparecen divergencias en el seno del Gobierno y del Consejo de la Revolución Islámica, así como entre ambos organismos.

Las adaptaciones, retrocesos e incertidumbres del Gobierno frente al estallido de las luchas, en el momento actual, sobre todo frente a las de las nacionalidades oprimidas, revelan su fragilidad. La demagogia, a la que recurre mucho, también es un indicio. Su existencia se basa de hecho en las ilusiones de las masas en cuanto a su voluntad y su capacidad de responder a sus necesidades fundamentales. Actualmente, la represión no puede bastar para asegurarle el poder. En el transcurso de las luchas del futuro, las ilusiones de las masas se derrumbarán; entonces se producirán crisis y bruscos virajes en la política del Gobierno y del Consejo de la Revolución Islámica. Esto puede llevar a la instauración de nuevas fórmulas gubernamentales.

El partido Tudeh, los fedayines y los muyahedines

El partido estalinista **Tudeh** ("Partido de las masas") es el partido político mejor organizado del movimiento obrero. Sin embargo, hoy en día tiene mucha menos fuerza que durante el periodo de posguerra. Las razones del declive de su influencia son las siguientes:

1. su responsabilidad en las derrotas de 1945-46 en Aserbaichán y Kurdistán, así como en la de la huelga del petróleo en el sur; y ante todo, su negativa a combatir el golpe de Estado de 1953;
2. su apoyo prestado a la burocracia del Kremlin cuando ésta exigió unas concesiones petroleras excesivas en 1946-47, en un momento en que en Irán estaba desarrollándose el movimiento antiimperialista;
3. las ilusiones que alimentó en torno a las reformas emprendidas por el sha en 1960-63, ilusiones que se desvanecieron ante el refuerzo de la monarquía Palhavi;
4. el apoyo prestado al sha por el Kremlin desde 1953, y que quedó patente entre enero y diciembre de 1978.

En el marco de la teoría estalino-menchevique de la "revolución en dos etapas" y de la política de "coexistencia pacífica" impulsada por el Kremlin, el partido Tudeh defendió durante un largo periodo una línea de "democratización" de la monarquía.

Tan sólo en agosto-setiembre de 1978 cambió de postura. A partir de entonces ha practicado el seguidismo con respecto a Jomeini. No intervino de ninguna forma en la insurrección. Inmediatamente después declaró que apoyaba al Gobierno Bazargan, al Consejo de la Revolución Islámica y a Jomeini. Y se proclamó partidario de la "República Islámica".

Este servilismo ante un Gobierno capitalista –que quiere ser el campeon de la "reconstrucción de la economía iraní" y del Estado burgués, así como de la "unidad nacional" en Irán– ha hecho que el partido Tudeh ponga sordina a las reivindicaciones económicas y sociales de las masas, se niegue, de momento, a luchar por la construcción del movimiento sin-

dical y minimice las luchas de las minorías oprimidas.

■ La dirección que fundó el **Fedayin i Kalq** (Combatientes del Pueblo) proviene en parte del Tudeh, y en menor medida del Frente Nacional. Las lecciones que sacaron estos militantes de la ausencia de resistencia al golpe de Estado de 1953 y de las falsas reformas de 1960-63, les hicieron adoptar una estrategia guerrillera. Bajo la influencia de la Resistencia Palestina lanzaron una campaña de guerrillas en los años 1970-71. Estos militantes revolucionarios han pagado muy caro su compromiso político. Fueron salvajemente perseguidos, torturados y asesinados por la SAVAK y el ejército.

En setiembre-octubre de 1978, los **fedayines** empezaron a recuperarse. Hoy en día son ellos, entre todos los grupos que se reclaman del marxismo-leninismo, los que tienen la mayor audiencia. Tras su participación en la insurrección, que no habían organizado ni los dirigentes de la oposición liberal burguesa ni los de la oposición religiosa, la simpatía que despiertan se ha ampliado aún más, incluso entre los trabajadores.

Tras la insurrección, los **fedayines** han adoptado una orientación vacilante: se opusieron, correctamente, al desarme de la población exigido por el Gobierno y por Jomeini. Reclamaron una auténtica purga en el ejército. También se sumaron a la lucha de los kurdos. Han formulado críticas correctas contra el Gobierno y sus maniobras destinadas a organizar el referéndum sobre la "República Islámica". Sin embargo, debido a ciertos elementos estalinistas que han conservado y a su incapacidad para extraer un balance crítico de su estrategia guerrillera, muestran una falta de comprensión de la importancia que reviste la independencia política de la clase obrera y la naturaleza de clase del gobierno. Ello los ha llevado a prestar un apoyo crítico al Gobierno Bazargan y a no denunciar el contenido de clase de la política de la jerarquía religiosa. Por eso no son capaces de desempeñar el papel que podrían jugar, a la vista de su influencia, de cara a la organización y dirección política de la clase obrera y sus aliados.

Bajo la influencia de la revolución actual y de la intervención de los marxistas revolucionarios, en esta organización va a desarrollarse probablemente un proceso de diferenciación política, y muchos de sus militantes podrán ser ganados a una política revolucionaria consecuente.

■ Los **Muyahedin i Kalq** (Guerreros del Pueblo) nacieron en el mismo contexto que los **fedayines**. A finales de los años 60 lanzaron su propia campaña de guerrillas. Su dirección proviene del Movimiento Iraní de Liberación, de la oposición burguesa religiosa, a su vez surgida del viejo Frente Nacional. Sus raíces ideológicas están en la interpretación "tercermundista" y "antiimperialista" del Islam. En 1975, un ala mao-estalinista intentó hacerse con la dirección del movimiento mediante un putsch, lo que provocó una escisión. En 1978, este grupo mao-estalinista ya no podía pretender ser el representante de los muyahedines. Es por ello que es la corriente más ligada al Islam que haya surgido en las movilizaciones del otoño de 1978 y durante la insurrección.

Gracias a su pasado como enemigos activos de la dictadura, gozan de gran prestigio entre las masas. Sus bases ideológicas y su orientación nacionalista-populista los llevó a prestar un apoyo crítico al Gobierno y a seguir a Jomeini, si bien formularon críticas correctas contra los métodos antidemocráticos del Gobierno. Se pronunciaron a favor de la "República Islámica", ocultando la naturaleza capitalista de este régimen, que está al servicio de la burguesía y de los grandes propietarios. Si no rompen con su programa no desempeñarán ningún papel en la lucha por la independencia política de las masas trabajadoras. Sin embargo, siguen siendo una fuerza importante que puede jugar un papel en las movilizaciones antiimperialistas y en ciertas luchas sociales, lo que puede influir en sus militantes, llevándolos a adoptar posiciones marxistas.

Tras varios decenios de dictadura y tras las traiciones de los estalinistas, el movimiento obrero iraní es débil política y organizativamente. Pero al mismo tiempo, esta debilidad organizativa implica que no existe ninguna burocracia petrificada que se interponga en el camino de los trabajadores. Los estallidos semiespontáneos de luchas pueden comportar un brusco salto adelante en la organización de comités de trabajadores y en la aparición de sindicatos combativos.

Los combates del futuro

El próximo período será un período de profundización de la lucha de clases y de graves enfrentamientos, puesto que las fuerzas capitalistas tratan de restablecer su dominación y hacer pagar la crisis a los trabajadores.

La lucha de clases combinará las luchas de la clase obrera, las de las minorías nacionales, los campesinos, las masas plebeyas urbanas y las mujeres, en estrecha ligazón con los movimientos que se desarrollarán en torno a problemas como el paro masivo, la vivienda y la sanidad, o en defensa de los derechos democráticos. El desenlace no se producirá a corto plazo: se darán avances y retrocesos significativos, pero los enfrentamientos decisivos aún no se perfilan.

En esta situación, el factor más importante –cuya ausencia actual impide una victoria de la clase obrera– es la existencia de un partido obrero marxista-revolucionario de masas, capaz de desempeñar plenamente su papel de dirección revolucionaria. La construcción de esta organización es la tarea que se han propuesto la Cuarta Internacional y el Hezbe Karagane Sosialist, su sección iraní. Actualmente, el HKS lucha en torno a los siguientes ejes:

■ Por la defensa de todas las conquistas de la revolución frente a la reacción interior e imperialista, por la supresión de las bases norteamericanas, por la ruptura de las relaciones diplomáticas y la suspensión del suministro de petróleo a Africa del Sur e Israel, por la anulación de los enormes pedidos militares del sha a los gobiernos imperialistas, por la anulación de los acuerdos de distribución del petróleo, concluidos con el cártel de monopolios imperialistas.

Por el retorno de la fortuna que el sha depositó en los bancos imperialistas y de los demás capitales evadidos al extranjero; por la anulación de la deuda con las potencias imperialistas, que han explotado ya durante bastante tiempo a los trabajadores iraníes y las riquezas del país. Por la expropiación de todo lo que pertenece a los imperialistas; por la anulación de todos los contratos con el imperialismo que vayan en detrimento del pueblo iraní. Por la solidaridad con la revolución palestina, con las luchas de las masas trabajadoras de Oriente Medio, en toda la región y en el mundo entero.

■ El referéndum-plebiscito por la "República Islámica" en un intento de instaurar un Gobierno y una Constitución capitalistas, impuestos desde arriba a la población. Por la convocatoria de una Asamblea Constituyente soberana, sin ingerencia del Gobierno ni del Consejo de la Revolución Islámica y en condiciones de total libertad política, que le permita adoptar decisiones sobre todas las cuestiones que afectan al pueblo.

■ El HKS está dispuesto a unirse a todas las fuerzas democráticas que defienden las conquistas de la revolución contra los intentos del Gobierno del Consejo de la Revolución Islámica de imponer la censura y restringir los derechos democráticos. Por el respeto absoluto de los derechos de los partidos políticos, por una total libertad de expresión de la prensa la radio y la televisión, por el derecho de reunión. Separación entre Iglesia y Estado, libertad religiosa y de pensamiento en general.

■ Para contrarrestar los efectos de la inflación y de lparo masivo, reducción de las horas de trabajo sin pérdida de salario, para repartir el trabajo entre todos los brazos; aumento de salarios en concordancia automática con el coste de la vida. Pago retroactivo de todos los salarios debidos a los trabajadores que participaron en la huelga general.

Es necesario, con carácter inmediato, un vasto programa de obras públicas y de desarrollo de las infraestructuras sociales para combatir el paro y suministrar a la población los servicios de primera necesidad: en el terreno de la sanidad, de la distribución de alimentos a los subalimentados; construcción de viviendas, de un sistema de suministro de agua y de alcantarillado; desarrollo de la escolarización y lucha contra el analfabetismo; sistema de irrigación en el campo.

■ Por una sanidad y una seguridad social públicas y gratuitas. Apertura de los libros de cuentas para y por los trabajadores y la población, de manera que luzca la verdad sobre la economía, sobre los lazos con el imperialismo y la corrupción. Expropiación inmediata de todas las propiedades del sha y de la familia imperial, de los capitalistas que se niegan a abrir sus fábricas o que hayan huido.

Alto a la evasión de capitales. Expropiación de los bancos, de la industria petrolera y de los demás sectores clave de la economía. Control por los trabajadores de las empresas expropiadas. Elaboración, por las organizaciones y comités obreros y campesinos, mediante un amplio debate democrático, de un plan de urgencia para superar la crisis económica.

■ Los campesinos necesitan tierras, créditos baratos, maquinaria y abonos en cantidad suficiente, y la venta asegurada de sus productos. Necesitan un sistema de irrigación. La expropiación de los bancos y de las industrias clave puede permitirles el acceso a los medios para satisfacer estas necesidades, y contribuir de este modo a forjar la alianza entre los obreros y los campesinos.

■ La cuestión de la emancipación de las minorías oprimidas, que han estado en vanguardia de la lucha contra el sha, está íntimamente ligada al combate por la satisfacción de las necesidades sociales de los campesinos.

Restauración completa de los derechos lingüísticos y culturales de los kurdos, aserbaichanos, baluchis, turcos, árabes y de los demás pueblos oprimidos de Irán. Derecho de las minorías oprimidas a la autodeterminación, incluida la independencia.

■ Las mujeres desempeñaron un papel clave en el derrocamiento del sha; su participación en las manifestaciones de masas y en las huelgas fue más importante que nunca en la historia de Irán. Alto a los intentos del Gobierno y de la jerarquía religiosa de restringir sus derechos.

A trabajo igual, salario igual. Por unos servicios sociales y sanitarios adecuados para los niños. Igualdad con los hombres en todas las organizaciones de masas y en toda la sociedad.

■ Disolución de los cuerpos represivos especia-

les del antiguo régimen, de la SAVAK, la Guardia Imperial, etc. Publicación de los archivos para arrojar luz sobre sus crímenes contra el pueblo iraní e identificar a los culpables. Lucha contra todo intento de reconstruir estos cuerpos represivos bajo cualquier forma.

■ El Gobierno debe garantizar los derechos elementales de todas las organizaciones de masas, incluidos los partidos políticos. Las organizaciones de masas tienen el derecho a autodefenderse contra las bandas armadas y los agentes de la SAVAK disfrazados de revolucionarios.

■ Respeto absoluto de los derechos políticos de los soldados, incluida la libertad de expresión y de reunión, la libertad de leer todas las publicaciones, la libertad de pertenecer a partidos políticos, etc.

Los reclutas deben poder elegir a todos los oficiales y estrechar lazos con los comités obreros para construir una milicia popular bajo control de los delegados de los consejos de obreros, soldados y campesinos. Esta milicia popular será la mejor garantía contra todo intento de las fuerzas derechistas, apoyadas por el imperialismo, de fomentar un golpe de Estado.

■ Los trabajadores de las fábricas y oficinas necesitan sindicatos democráticos para luchar por sus intereses inmediatos contra los patronos. Los sindicatos deben ser construidos sobre la base de los ramos industriales, federados en una central democrática unitaria e independiente del Estado.

Por la sindicación de los obreros agrícolas, de las mujeres trabajadoras y de los inmigrantes.

■ Por la reanimación y la ampliación de los comités de que se dotaron las masas en la lucha contra el sha. Por la construcción de comités obreros, de barrio, allí donde no existan.

Por la organización de comités de soldados y campesinos. Estos comités son el mejor instrumento para forjar la unidad de las masas en la lucha. Para luchar eficazmente a favor de los intereses de los obreros, de los pobres de las ciudades, de los soldados, de los campesinos y de todos los trabajadores, estos comités deben ser independientes del Estado y de la jerarquía religiosa.

Los agentes de la SAVAK deben ser expulsados de su interior. Deben funcionar de manera totalmente democrática, ser representativos de todos los trabajadores y elegidos por ellos; los delegados deben ser revocables; deben asegurarse el derecho de expresión por igual a todos los partidos políticos.

El objetivo fundamental radica en la formación de consejos (soviets) de delegados de obreros, de soldados y campesinos, con una base de masas, así como de comités de barrio. Dirigirán la lucha global del conjunto de las masas por sus reivindicaciones, sus intereses y sus derechos.

■ Para luchar por toda esta serie de reivindicaciones, los trabajadores deberán combatir por el establecimiento de su propio control sobre el puesto de trabajo, por medio de comités de trabajadores.

■ Ningún gobierno capitalista puede dar satisfacción a las necesidades de las masas trabajadoras. Al contrario, defenderá los intereses de los patronos contra los de la clase obrera. Por una República de obreros (soviets) democráticos de las masas trabajadoras. Este gobierno consolidará los lazos entre los obreros y los campesinos; es decir, un gobierno basado en los amplios consejos (soviets) democráticos de las masas trabajadoras. Este gobierno consolidará a las capas trabajadoras por la expropiación de los principales ramos industriales y de los bancos, por quebrar el poder de los imperialistas y sus aliados indígenas, por instaurar una economía planificada y por establecer la dictadura del proletariado, que abra la vía al socialismo.

La Cuarta Internacional y el Hezbe Karagane Sosialist se declaran dispuestos a realizar la unidad de acción con otras fuerzas en torno a las reivindicaciones de los trabajadores.

Seguir un camino opuesto al que acabamos de trazar sería oponerse a las aspiraciones de los trabajadores, de las nacionalidades oprimidas, de los pobres de las ciudades, de los campesinos, de los soldados, de las mujeres, y llevaría inevitablemente a su desmovilización. Ello abriría entonces las puertas a una reinstauración de la reacción nacional e imperialista, al establecimiento de un nuevo régimen dictatorial bajo la batuta del imperialismo.

Afrontamos las batallas de los meses y años venideros con optimismo, con un optimismo alimentado por el valor demostrado en el combate de los obreros iraníes y las masas de este país.

Del HKS, la Cuarta Internacional y todas las secciones llaman a los trabajadores del mundo entero a asumir como suya la revolución iraní. ¡Defendamos la revolución iraní! ¡Imperialistas, fuera de Irán!

3 de abril de 1979.









Declaración de la LCRJ, sección japonesa de la IV Internacional

Vietnam y la cuestión camboyana

APOYAMOS al Gobierno vietnamita y al nuevo Gobierno camboyano del Frente de Salvación Nacional frente al Gobierno chino y al antiguo régimen de Pol Pot.

Debido a las dificultades interiores e internacionales, particularmente con el Estado chino, el Gobierno y el Estado vietnamita se vieron obligados a recurrir a una intervención militar para librar el pueblo camboyano del régimen de Pol Pot y para poner fin al enfrentamiento militar directo entre Vietnam y Camboya. El ejército vietnamita es la fuerza principal que contribuyó al derrocamiento del régimen de Pol Pot. Logró una rápida victoria gracias al hundimiento acelerado de Pol Pot y de su ejército, que jamás contaron con el apoyo activo de las masas camboyanas.

El nivel de conciencia de las masas camboyanas era entonces muy desigual y generalmente bajo, debido al proceso global desencadenado por los Acuerdos de Ginebra de 1954, que provocó la disolución de las fuerzas armadas de liberación, la constitución del régimen bonapartista colonial de Sihanuk, después su sustitución por el régimen fantoche y contrarrevolucionario de Lon Nol, y finalmente, tras el derrocamiento de éste, el surgimiento de la dictadura militar de Pol Pot, como primera dirección política del Estado obrero camboyano.

En estas condiciones habría sido preferible, a ser posible, que el Frente de Salvación Nacional combatiera durante un periodo bastante prolongado, con el apoyo del Gobierno y del Estado vietnamita, ampliando así progresivamente las zonas liberadas. Ello habría permitido, en efecto, una reorganización política de las masas camboyanas, que entonces podrían haber liberado por sí mismas a Camboya del régimen de Pol Pot.

Sin embargo, el Gobierno y el Estado obrero vietnamita se vieron obligados a optar por el derrocamiento de Pol Pot utilizando la fuerza, sobre todo, del ejército vietnamita, y apoyando al Frente de Salvación Nacional de Caboya, ante las condiciones concretas que prevalecían, como la acentuación de la política reaccionaria de la burocracia china con respecto al Estado obrero vietnamita, y las graves dificultades políticas y militares a que debía hacer frente el combate de las masas camboyanas bajo el régimen de Pol Pot.

EL derrocamiento del régimen de Pol Pot en el Estado obrero camboyano y la constitución del Gobierno del Frente de Salvación, con el apoyo del Estado obrero vietnamita, representan un intento de restablecer la solidaridad y la unidad en la lucha de los tres pueblos de Vietnam, Laos y Camboya, forjadas en el combate común contra el imperialismo norteamericano.

Se trata de una unidad en la lucha para defender y reforzar a los tres países indochinos como fortaleza de la revolución internacional en el Sudeste asiático. Esto representa, por tanto, un golpe para el imperialismo norteamericano y japonés y para los regímenes neocoloniales y anticomunistas de la ASEAN. Es un golpe para la política exterior reaccionaria de la burocracia china, que aplica una abierta política de bloque con las fuerzas imperialistas y neocoloniales contra la Unión Soviética y se opone al Estado obrero vietnamita.

ACTUALMENTE, vistas las condiciones históricas de la lucha de liberación y las estructuras socioeconómicas de los tres países de Indochina, es indispensable un apoyo recíproco y fraternal entre estos tres países, alrededor de Vietnam, tanto en el terreno político como económico, para avanzar en la construcción de cada uno de



estos Estados obreros. Vietnam ocupa un lugar central, desde el punto de vista político y socioeconómico, en las relaciones entre estos tres Estados obreros, gracias a su experiencia más rica en la lucha de clases internacional y nacional, y a su economía relativamente más avanzada. El régimen de Pol Pot, que se caracterizaba por su extremo nacionalismo y sin más base social que su ejército, rechazó todo tipo de coordinación con el Estado obrero vietnamita, adoptó una política social y económica extrema, de "comunidad aldeana", y estableció un régimen político autocrático extremamente represivo, quitando a las masas obreras y campesinas cualquier posibilidad de desarrollar una actividad democrática.

Los intereses de clase del Estado obrero camboyano exigen el establecimiento de una coordinación entre Camboya y Vietnam. Esta coordinación, limitada a los tres Estados obreros indochinos, no podrá eliminar todas las contradicciones, y en estos distintos países existen diversos problemas burocráticos y nacionales. Sin embargo, el establecimiento y los avances de la coordinación entre estos tres países indochinos son fundamentales para los intereses de clase de los tres Estados obreros y para su refuerzo como fortaleza de la revolución en el Sudeste asiático. Desde este punto de vista defendemos el establecimiento y los avances de la coordinación entre los tres Estados indochinos.

LA principal perspectiva que ofrece una solución a las dificultades actuales de estos tres Estados obreros reside en la unidad y la vinculación internacional con el ascenso de la revolución en el país vecino, Tailandia. Sin embargo, las condiciones actuales, subjetivas y objetivas, son extremadamente difíciles para los tres Estados obreros indochinos.

La constitución de una alianza entre los tres países de Indochina, en torno a Vietnam, aumenta la hostilidad de clase del imperialismo y de los regímenes neocoloniales y anticomunistas de la ASEAN contra Vietnam, Laos y Camboya; el aislamiento internacional de estos tres países se acentúa a nivel político y económico; la hostilidad reaccionaria de la burocracia china contra estos tres países aumenta, con todas sus consecuencias políticas y militares. En estas condiciones, regionales e internacionales, y vista la amplitud de las dificultades que existen en el propio Vietnam, así como en Laos y Camboya, el Gobierno vietnamita no puede sino pasar a depender cada vez más del Estado obrero soviético y de la burocracia del Kremlin.

Por supuesto, esto no significa automáticamente que la dirección de los trabajadores vietnamitas perderá su independencia nacional y que se subordinará completamente a la burocracia del Kremlin.

Las relaciones entre los tres Estados obreros indochinos están ahora en su punto de partida, hacia la constitución de una nueva coordinación, libre de las presiones nacionalistas y militares del régimen de Pol Pot. Al mismo tiempo, la situación internacional y nacional descrita más arriba, y las dificultades que de ella se derivan para el Estado obrero vietnamita, ejercen fuertes presiones sobre éste y sobre las masas obreras y campesinas de los tres países. Los factores de burocratización de los tres Estados obreros indochinos hacen todavía más difícil la puesta en práctica de una solución verdaderamente democrática a los distintos problemas nacionales de estos tres países.

En las condiciones internacionales mencionadas más arriba, la orientación internacional que la dirección vietnamita deberá adoptar, en el periodo actual, en el Sudeste asiático, no podrá ser sino defensiva, no podrá ser sino una orientación hacia el mantenimiento del status quo y de la coexistencia pacífica. Ello planteará con toda su gravedad el problema de las relaciones internacionales entre el Estado obrero vietnamita y el régimen neocolonial y anticomunista tailandés. En la situación actual, la burocracia china reprimirá al movimiento revolucionario tailandés y dará su paoyo al régimen de Kriangsak.

Teniendo en cuenta su historia y las actuales condiciones de existencia del Estado obrero vietnamita, la dirección vietnamita no puede adoptar ahora una orientación de apoyo activo al ascenso revolucionario en Tailandia y en los demás países del Sudeste asiático. En semejante contexto, en efecto, las orientaciones por que ha optado la dirección vietnamita se han derivado siempre de la situación concreta. Es decir, que el polo de un ascenso de las luchas revolucionarias en Tailandia, debido a sus consecuencias internacionales y las presiones que ejercería sobre la dirección vietnamita, es decisivo para determinar la evolución de esta orientación. Lo mismo cabe decir de un ascenso de la lucha de clases internacional, en Japón y en los demás países del Sudeste asiático, y de la agravación de la crisis del sistema imperialista y colonial en el Sudeste asiático.

Si esto se produjera, el Estado obrero vietnamita y los demás podrían unirse al movimiento revolucionario internacional en el Sudeste asiático y en toda Asia oriental. En su ausencia, por el momento, la transición al socialismo y la coordinación de los tres Estados obreros tendrá que recorrer un camino tortuoso y difícil, que reclamará numerosos sacrificios. Esto equivale a señalar la importancia de nuestra lucha en toda Asia oriental: esta lucha es decisiva para la defensa de los tres Estados obreros. La tarea del proletariado japonés –a saber, el derrocamiento del imperialismo japonés– es una contribución importante a la construcción socialista del Estado obrero chino y de los tres Estados obreros indochinos■

Camboya

Un caso extremo de estalinismo/2

Ernest MANDEL

II. ¿Cuáles son los criterios para definir un Estado obrero?

Dijimos que Camboya es un caso límite, dado el extremo atraso del país, que se combina con los efectos catastróficos de los bombardeos norteamericanos y la consiguiente desarticulación de la vida económica y social. En sí y por sí misma, una divergencia en torno a la definición exacta del régimen de Pol Pot y de la naturaleza de clase del Estado bajo este régimen no sería tan seria si no se combinara con la cuestión de los criterios que se aplican para determinar el carácter de clase de un Estado. Es el empleo de criterios erróneos lo que hace que la posición defendida por los camaradas Mary Alice Waters, Fred Feldman y Steve Clark (ver INPRECOR nº. 4) sea potencialmente tan peligrosa. Y esto porque tienen evidentes implicaciones en nuestra caracterización de la naturaleza de clase de muchos otros Estados obreros, e incluso en nuestras posiciones básicas en torno a la naturaleza de clase de la Unión Soviética y de la República Popular China.

Resumamos en primer lugar cuál ha sido y sigue siendo la posición de la Cuarta Internacional sobre esta cuestión desde hace por lo menos un cuarto de siglo. Existe un Estado obrero cuando y si el aparato de Estado burgués que existía antes ha sido aplastado, la clase burguesa existente ha perdido su poder político y económico, y cuando la economía basada en nuevas relaciones de propiedad y producción, de carácter no capitalista, se desenvuelve de acuerdo con las leyes características del modo de producción capitalista.

Ello implica:

(a) que no aceptamos la posibilidad de que en la época del imperialismo (es decir, en el mundo en que vivimos en el último cuarto del siglo XX) pueda existir algún Estado que no sea ni burgués ni obrero, o que sea una combinación híbrida entre ambos;

(b) que no aceptamos la posibilidad de que en los países atrasados, la propiedad semifeudal o latifundista de la tierra, la explotación del campesinado por medio del comercio, el crédito, la usura, etc., puedan ser suprimidas –es decir, que pueda realizarse una revolución agraria radical– dentro del contexto de un Estado burgués y con una clase dominante capitalista;

(c) que no aceptamos que pueda existir algún Estado burgués sin la presencia de una clase dominante burguesa, aunque ésta sea muy débil, cuya existencia y cuyo carácter deben probarse empíricamente en los términos de la definiciones dadas por Marx;

(d) que no aceptamos que el capitalismo pueda existir sin propiedad privada, sin la producción generalizada de mercancías y sin una economía gobernada por las leyes de este modo de producción, tal como las desveló Marx.

Las tesis (a) y (b) se derivan directamente de la teoría de la revolución permanente, tal como la formuló el propio Trotsky. Las tesis (c) y (d) se deducen del análisis global del capitalismo efectuado por Marx. Y de las tesis (a), (b), (c) y (d) se deduce que en un país en que se ha producido una revolución agraria radical, en que la burguesía existente ha perdido el poder del Estado y ha dejado de ser una clase dominante, en que la propiedad privada ha sido suprimida en lo esencial, en que la economía lógicamente ya no opera sobre la base de las relaciones de producción y de propiedad capitalistas y ya no funciona de acuerdo con las leyes del capitalismo, ha nacido un Estado obrero, independiente de las circunstancias en que ello ha sucedido.

Si bien es verdad de que históricamente la destrucción del poder estatal de la clase capitalista, la desaparición de la burguesía como clase dominante y la supresión de la propiedad privada y las relaciones de producción capitalista forman una unidad, no necesariamente tiene que haber una sincronización entre estos procesos. La tradición marxista no deja lugar a dudas al respecto. Parte del propio "Manifiesto Comunista":

"El proletariado utilizará su supremacía política para arrebatarle, paso a paso, todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los medios de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante; y para incrementar lo más rápidamente posible el conjunto de las fuerzas productivas". (El subrayado es nuestro).



La idea defendida por los camaradas Waters, Clark y Feldman, de que un Estado obrero sólo nace después de la abolición definitiva de los últimos vestigios de la propiedad privada sobre los medios de producción, es completamente ajena a esta tradición. Esto lo confirma de modo contundente el informe de Trotsky al IV Congreso de la Comintern ("Sobre la nueva política económica soviética y las perspectivas de la Revolución mundial"):

"Es perfectamente evidente que desde el punto de vista económico la expropiación de la burguesía se justifica en la medida en que el Estado sea capaz de organizar la explotación de las empresas sobre nuevas bases. **Las nacionalizaciones generalizadas y globales que realizamos en 1917-1918 no guardaban ninguna armonía con la condición que acabo de subrayar. Las potencialidades organizativas del Estado obrero estaban muy por detrás de la nacionalización total... De hecho, si hubiéramos podido entrar en la arena del desarrollo socialista después de la victoria de la revolución en Europa... podríamos habernos apoderado simplemente de las grandes empresas, dejando que las medianas y pequeñas existieran por un tiempo sobre una base capitalista privada..."**. ("Los cinco primeros años de la Internacional Comunista").

La hipótesis de Waters-Feldman-Clark encierra una contradicción insuperable desde el punto de vista de la teoría marxista del Estado. Si el Estado es un instrumento para asegurar el dominio de una determinada clase social, ¿cómo puede ser utilizado para derrocar a esa misma clase?. Pues la abolición total posterior de la propiedad privada se produce bajo el poder estatal **existente**, y con la **utilización** del aparato estatal **existente**.

En Rusia, para tomar el primer ejemplo, después de la Revolución de Octubre de 1917 no se produjo ningún cambio en la estructura del Estado o en la naturaleza del poder estatal. Si se afirma que este Estado siguió siendo burgués hasta que se abolió completamente la propiedad capitalista en otoño de 1918 –¿y por qué no hasta la abolición de la NEP (Nueva Política Económica) en 1928?–, entonces resulta que fue un Estado burgués el que abolió el poder económico de la burguesía, una afirmación de lo más absurda que cabe imaginar.

Las mismas observaciones pueden aplicarse a China. Los camaradas Feldman y Clark afirman que el Estado chino siguió siendo burgués después de la proclamación de la República Popular China en octubre de 1949. Pero dejando aparte el hecho de que no encontraremos a ningún capitalista chino que crea que estaba en el poder en 1950 ó 1951 en su país, la extensión de la reforma agraria y las nacionalizaciones generalizadas de los años posteriores fueron obra, a todas luces, del poder estatal (el ejército, el gobierno, la administración, el aparato estatal) establecido en octubre de 1949. ¿Cómo pudo utilizarse un Estado burgués para abolir el capitalismo? ¿Bajo la "presión de las masas"? ¿Por fuerza de la presión imperialista? ¿Acaso no son éstas ni más ni menos que las tesis revisionistas de los socialdemócratas, los estalinistas desde 1935, y los eurocomunistas?.

Para no sucumbir a las tentaciones del "trotskismo", el propio Mao –al igual que los camaradas Feldman y Clark– siempre negó que en octubre de 1949 fuera establecida la dictadura del proletariado en China, como lo fue en Rusia en octubre de 1917. A este fin, y para evitar la tesis absurda de la supervivencia de un Estado burgués en China entre 1949 y 1953, tuvo que defender la teoría igualmente revisionista de un Estado de la llamada "nueva democracia", en parte burgués y en parte obrero. ¿Prefieren los camaradas Feldman y Clark la

misma salida en lugar de reconocer lo que es obvio, es decir, que la destrucción del Estado burgués conduce a la instauración de un Estado obrero, incluso si la propiedad privada no es abolida completa e inmediatamente?

Es cierto que la historia nos ha confrontado con breves fases de transición, en las que la cuestión de saber que clase dirige realmente la sociedad no tiene ninguna respuesta clara. Los periodos de doble poder son un ejemplo. Pero en cualquier caso, la naturaleza de clase del aparato estatal que sobrevive no deja lugar a dudas: sigue siendo burgués. Por ello debe ser destruido rápidamente, pues sinó la clase obrera vuelve a perder los elementos de poder de clase que empieza a reunir en sus manos.

"La nacionalización de la propiedad por sí sola no basta para establecer un Estado obrero. Se requiere la intervención de los trabajadores –la única fuerza capaz, en la sociedad moderna, de establecer y mantener un estructura económica progresiva.

"Las nacionalizaciones en Camboya no fueron obra de las movilizaciones de la clase obrera –siquiera limitadas y controladas–, sino que se produjeron después de que el Khmer rojo aplastara alos obreros urbanos. La expropiación de los capitalistas por los obreros, y la transformación de la industria en propiedad pública, crea la posibilidad de una coordinación de los medios de producción en un plan económico nacional (y en última instancia internacional)."(INPRECOR nº 4)

La fórmula **"La nacionalización de la propiedad no basta para establecer un Estado obrero. Se requiere la intervención de los trabajadores"** puede tener un doble sentido. De acuerdo con el materialismo histórico, constituye una hipótesis de trabajo. Es decir: consideramos que sin la intervención de los trabajadores, la nacionalización de la propiedad no basta para destruir el poder de clase burgués, porque esta volverá a crecer una y otra vez como las cabezas de la hidra, por muchos golpes que se les aseste para cortarlas. Esta hipótesis debe confrontarse con el análisis de los hechos. Así sucedió en Europa oriental, sin hablar ya de Camboya. No sobrevivió ninguna clase burguesa, ninguna propiedad privada, pese a que las "movilizaciones obreras" en la mayoría de los casos no se produjeron o fueron extremadamente marginales. Aunque la abolición del capitalismo se realizó con medios fundamentalmente militares y burocráticos, el capitalismo, de hecho, dejó de existir.

Pero si no aplicamos rigurosamente el método del materialismo histórico, esta misma fórmula se convierte en un esquema dogmático: si las nacionalizaciones no se producen por obra de las movilizaciones de la clase obrera, si los capitalistas no son expropiados por los trabajadores, entonces, por definición, el capitalismo sigue dominando, incluso si no existen capitalistas, ni leyes económicas capitalistas, ni capital ni dinero. Un capitalismo sin capitalistas, sin capital y sin dinero: ¡toda la obra de Marx arrojada por la ventana! Podríamos tener entonce dos países con unas relaciones de producción idénticas, con idénticas relaciones de propiedad con sistemas socioeconómicos idénticos e idénticas leyes económicas: el primero sería un Estado obrero y el segundo un Estado burgués simplemente debido a las circunstancias históricas en que se establecieron estos dos sistema idénticos. Y para un marxista, los orígenes d las relaciones de propiedad son sin duda meno importantes que su contenido.

Si aceptamos la idea ultrarrevisionista d que puede existir un Estado capitalista sin capitalistas, sin una clase dominante capitalista, si relaciones de producción y propiedad capitalis tas, entonces se hunde el 99% de la argumenta ción marxista contra las diversas teorías del ca



Camilleros chinos durante la reciente invasión en Vietnam.

Podemos afirmar que en Europa del Este bajo ocupación soviétiva (no nos referimos a Yugoslavia), en los años 1946-47, se produjo una breve fase de transición similar. Pero la real relación de fuerzas se evidenció rápidamente. Sin mayor dificultad, las fuerzas de ocupación eliminaron los vestigios delpoder burgués, fundamentalmente con medios militares y burocráticos.

Los camaradas Feldman, Clark y Waters olvidan completamente este análisis elemental del poder de clase y de la naturaleza de clase del Estado, con objeto de reducir toda la cuestión –al menos en todos los casos en que la revolución proletaria no adoptó la forma clásica de la Comuna de París o de la Revolución de Octubre– a un único criterio:

pitalismo de estado –empezando por las de los mencheviques y los socialdemócratas, pasando por las de los bordiguistas, las de C.L.R. James y Tony Cliff, hasta las de los maoistas y de Bettelheim–. Los miserables vestigios de esta argumentación penden entonces del hilito de los "orígenes" de las nacionalizaciones, y **nada más que de él**. Las mentes, afiladas como una hoja de afeitar, de los defensores de la teoría del capitalismo de estado no tendrán dificultad en cortar este hilo.

Si Pol Pot exprimió una **"acumulación capitalista extrema"** de la **"colectivización forzosa del campesinado camboyano"**(INPRECOR 4), ¿acaso no hizo Stalin lo mismo con la colectivización forzosa de los campesinos rusos, que fue una empresa mucho más amplia y sangrienta? ¿Qué queda entonces de la naturaleza no capitalista del Estado ruso y de la economía rusa tras la "acumulación capitalista extrema" que se produjo en Rusia en 1929-1934? Si para tener un Estado obrero hace falta que la burguesía sea expropiada **por los trabajadores**, ¿cómo entonces podemos tener un Estado obrero en Rumania, Bulgaria, Hungría, Polonia y Corea del Norte, donde ni echándole imaginación cabe afirmar que las expropiaciones fueron obra de los propios obreros (unas cuantas manifestaciones realizadas por trabajadores estrictamente controladas **en apoyo** a estas expropiaciones es menos, evidentemente, que unas expropiaciones realizadas **por los obreros**)?

Para más inri, podríamos romper una lanza a favor de la tesis de que en Camboya se produjeron realmente más movilizaciones de masas contra los capitalistas y terratenientes que en la mayoría de países de Europa oriental. Los propios Feldman y Clark suministran parte del material para probarlo.

En Camboya tuvieron lugar potentes movilizaciones de masas contra el poder burgués en 1974-75 (incluso una huelga general en Phnom Penh en 1974). Asimismo, como admiten los propios Feldman y Clark, las movilizaciones de masas, particularmente de los campesinos pobres, fueron bastante importantes después de la victoria del Khmer rojo en 1975. De hecho, la constitución de muchas de las cooperativas agrícolas fue obra de la movilización de masas. Ya antes de la victoria final, en las zonas liberadas, la dirección del PCC **"se embarcó al parecer directamente hacia niveles más avanzados de colectivización"** (**"El poder del partido comunista en Camboya"**, op. cit., p. 18). La dinámica iba en esta dirección, coincidiendo con el surgimiento de estructuras pre-estatales de naturaleza claramente no capitalista.

Pero después vino la colectivización forzosa y las deportaciones de masas, naturalmente sin la participación y contra la voluntad de la mayoría aplastante de los trabajadores (como sucedió en Rusia y otros Estados obreros).

Peor para los camaradas Feldman-Clark-Waters, esas dos primeras oleadas de movilizaciones no bastan para "probar" la existencia de un Estado obrero. en cambio, la colectivizacción forzosa sí basta para probar lo contrario. ¡Un triste caso de esquematismo dogmático en el que han quedado atrapados estos camaradas ! Porque ¿acaso no es evidente que las dos primeras oleadas de movilizaciones fueron más que suficientes para destruir el Estado burgués, las relaciones de propiedad capitalista y el poder de clase burgués, de modo que Camboya se transformó así en un Estado obrero? ¿Y que la colectivización forzosa y las deportaciones fueron el fruto de una política criminal aplicada por la burocracia en el poder **dentro del contexto de un Estado obrero ya existente**, como lo fueron en Rusia bajo Stalin?

De lo que acabamos de decir se deriva una paradoja extrema. Bajo Pol Pot, argumentan los camaradas Feldman-Clark-Waters, existía un **"gobierno burgués contrarrevolucionario"** comprometido en una **"acumulación capitaista extrema"**. Los libertadores vietnamitas establecieron entonces, presumiblemente, un Estado obrero bajo Hen Samrin. De acuerdo con la **Far Eastern Economic Review** del 2 de marzo de 1979, Samrin concedió una entrevista al profesor Kaarle Nordenstreng, de la Organización Internacional de Periodistas, el 3 de febrero de 1979. Según el semanario de Hong Kong, **"la discusión trató también de la economía desvastada: dijo que la industria pesada sería propiedad del Estado, pero que en lo referente a los artesanos y otras industrias pequeñas, se permitiría operar a empresarios privados, aunque bajo la tutela del Estado"**

Bueno, el que se cambie de una política de colectivización forzosa o de "comunismo de guerra" extremamente terrorista a una política del tipo de la NEP, probablemente tenga sentido en las condiciones actuales de Camboya. Nos inclinamos a aprobar este cambio –pero esto sólo puede entenderse, por supuesto, dentro del contexto de un Estado obrero ya existente. Pero identificar, como hacen algunos, el paso de una propiedad colectiva al 100% a una propiedad colectiva al 75 ó 60%, es decir, una restauración bastante amplia de la propiedad privada, con la transición de un Estado burgués a un Estado obrero... esto no cabe en la cabeza, al menos en la de un marxista.

Phnom Penh, capital de Camboya.



Aquí podemos apreciar ya las posibles –¡y peligrosas!– implicaciones de la sorprendente afirmación de los camaradas Feldman y Clark: **"La clase obrera camboyana no tuvo ningún (!) interés en la nacionalización de la propiedad, realizada, sin su participación, por la pequeña burguesía del Angkar"** (INPRECOR 4). ¿Tienen acaso algún interés en la restauración de la propiedad privada?

Los camaradas Feldman y Clark insisten mucho en los "precedentes". Citan fundamentalmente tres categorías: la conocida carta de Trotsky de 1932, referente al posible choque entre los ejércitos campesinos y el proletariado urbano en China; lo que realmente sucedió en China en 1948-50; y lo que sucedió en países como Egipto, Birmania, Mozambique y Angola.

Ya hemos hablado de China 1948-51. Ningún grado de sofisticación puede camufalr el hecho de que el poder estatal pasó en este periodo de una clase social a otra, que los capitalistas chinos perdieron su poder político y económico (lo que no implica necesariamente que tengan que perder toda su propiedad privada –de hecho no la han perdido hasta el día de hoy), que este poder pasó a manos de la burocracia maoísta, que era (y sigue siendo) una burocracia obrera, y que todo lo demás es política (muchas veces traidora, antiobrera, por supuesto. Pero también lo fue la de Stalin) dentro del Estado obrero burocratizado establecido en octubre de 1949.

La hipótesis formulada en la carta de Trotsky de 1932 se refiere a un caso específico de **conflicto de clase**, que los camaradas Feldman y Clark eliminan de su referencia: el conflicto entre una clase obrera que desea abolir la propiedad capitalista y un campesinado que trata de defenderla (al menos defender su propia propiedad privada). El contexto general de la carta de Trotsky lo deja claro. Escribe sobre la oposición entre la socialización y la parcelación privada de la propiedad, sobre la posible integración de los estratos superiores de los ejércitos campesinos en la burguesía, y sobre los grandes propietarios que pudieran emanar de las guerras campesinas (**"León Trotsky sobre China"**). ¿Cómo podría argumentar de otra manera el autor de la teoría de la revolución permanente, es decir, rechazar de pronto la verdadera premisa clave de esta teoría, a saber: la incapacidad del campesinado para desempeñar un papel históricamente independiente tanto de la clase obrera como de la burguesía?

Pero en el caso de Camboya no hay nada que demuestre que el Khmer rojo defendiera de alguna manera la propiedad privada frente a los deseos de colectivización de los obreros. Incluso la tesis del "ejército campesino" (no en el sentido de su composición social, sino en términos de la función social objetiva de este ejército) resulta totalmente absurda a la luz de la evidencia, confirmada por Feldnan-Clark, que este ejército aplastó a los campesinos del mismo modo que lo hizo con los obreros (y quizá todavía más). Así, el ejército del Khmer rojo no era un "ejército campesino", sino el ejército de la burocracia. Así volvemos al punto de partida: la cuestión del carácter de clase de la burocracia de Pol Pot.

La analogía con Egipto, Birmania, Siria, Mozambique y Angola es aún más reveladora. En ninguno de estos países se suprimió jamás la propiedad privada ni se prohibió constitucionalmente. Lo que se nacionalizó en la mayoría de los casos fueron las compañías industriales, bancarias, de comercio al por mayor y del transporte, a veces incluso dejando intacta la propiedad imperialista. Pero estas representaban desde el principio tan sólo una parte relativamente pequeña de la economía nacional, dado el atraso de estos países. El uso privado de la tierra y el suelo urbano estaba limitado, pero jamás fue abolido. Había sido la base principal de las fortunas capitalistas antes de la "revolución". Siguió

siendo su base principal después de los cambios políticos.

Jamás desapareció la clase capitalista –tan sólo se alteraron sus articulaciones internas (la relación de fuerzas entre sus diversas componentes). Así, los grandes sectores nacionalizados fueron inmensos caldos de cultivo para la acumulación privada de capital.

Reaparecieron y crecieron gigantescas fortunas privadas –en buena medida gracias a que muchos capitalistas recibieron amplia compensación por la nacionalización de sus propiedades. La Bolsa continuó funcionando en Egipto durante todo el periodo de Nasser. Por tanto, sólo era una cuestión de tiempo hasta que el "sector privado" (no un pequeño sector campesino, sino grande y capitalista) se reafirmara poderosamente– entre otras cosas, gracias a los "ánimos" recibidos con la simbiosis con los países y empresas imperialistas. Esto es lo que ocurrió en Egipto bajo Sadat. Esto es lo que ocurrirá mañana en Mozambique y Angola, a menos que una revolución social destruya a la burguesía como clase. Esto es lo que está ocurriendo ahora en Birmania y Siria.

Pero precisamente en Camboya, al igual que en todos los demás Estados obreros, esto no ha ocurrido ni puede ocurrir sin una contrarrevolución social. Este es precisamente uno de los índices clave de la naturaleza de clase del Estado y de la burocracia en el poder. Esta puede robar, pillar, socavar, traicionar, todo lo que se quiera. Pero sus privilegios se limitan al terreno del nivel de vida, de los bienes de consumo, y no se sitúan en el de la acumulación privada de fortunas ni de la apropiación privada de los medios de producción. Lo que "acumula" el Estado son valores de uso en forma de medios de producción –y no valores de cambio encarnados en mercancías y dinero.

Podría argumentarse que el tiempo transcurrido entre el establecimiento del régimen de Pol Pot y su derrocamiento fue demasiado breve para permitir un juicio definitivo sobre esta cuestión. Pero aún así, no cabe ninguna duda sobre la dirección en que se desarrollaban las cosas: no en dirección a una restauración, sino hacia la supresión de la propiedad privada.

Ciertos sectores de la burocracia pueden convertirse en el núcleo de una nueva clase capitalista (como podría suceder igualmente en la Unión Soviética), pero sólo si rompen con la burocracia como casta, si se transforman en una formación social cualitativamente distinta que trata de acumular capital privado, defender las empresas y capitales independientes en competencia con otros. Esto ocurrió en Egipto, Birmania, Siria, y ocurrirá en Mozambique y Angola. Pero no ha ocurrido en Camboya, del mismo modo que tampoco ocurrió en Vietnam, Corea del Norte, Rumania, Hungría o Polonia. Esta es la manera en que podemos observar concretamente la diferencia entre una burocracia burguesa y una burocracia obrera, entre un Estado burgués con un amplio sector nacionalizado y un Estado obrero incluso con un sector privado nada insignificante. En el primer caso, la dinámica socioeconómica va en dirección al renacimiento y refuerzo de la propiedad privada y de la clase burguesa. En el segundo caso, la dinámica socioeconómica tiende a su eliminación y desaparición (o marginación).



Marineros chinos desfilando en Pekín.

III. El contexto concreto y la concatenación de los conflictos interburgueses y el proceso revolucionario en Asia y a escala mundial

El aspecto más peligroso de la argumentación de los camaradas Feldman, Clark y Waters reside en que, en su intento de justificar la invasión de Camboya por el ejército regular vietnamita, en varios aspectos tienden a apartarse de la inicial posición "principista" ("apoyamos al Estado obrero burocratizado contra el Estado burgués") y a un análisis coyuntural de tipo impresionista que tienta peligrosamente a justificar la invasión incluso si se considera a Camboya como un Estado obrero.

Las implicaciones de estos argumentos son siniestras. El día de mañana, podrían llevarle a uno a justificar, en circunstancias coyunturales similares, un ataque de la Unión Soviética a China, o una ocupación por el ejército soviético y sus satélites de Yugoslavia, Rumania, Albania o Corea del Norte. Y no es casualidad que los gobiernos de estos cinco Estados obreros condenaran la acción de Vietnam contra Camboya. Quien crea que adoptaron esta posición porque son hombres de paja del imperialismo debería repensarlo. Lo que en realidad estaban diciendo era que condenaban la acción de Hanoi en Camboya porque no querían padecer el mismo tratamiento: "Decimos Camboya, pero pensamos en nosotros mismos".

Los camaradas Feldnan, Clark y Waters establecen correctamente la diferencia entre las razones que explican, desde el punto de vista del análisis marxista objetivo, la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia en agosto de 1968, y las razones que explican la invasión de Camboya por Vietnam en diciembre de 1978 y enero de 1979. No cabe duda que en Camboya no estaba desarrollándose ninguna revolución política antiburocrática que Hanoi temiera y quisiera aplastar esto en contraste con la situación de Checoslovaquia en 1968, donde se desarrollaba un movimiento antiburocrático que el Kremlin temía y que quería aplastar.

Pero una cosa es registrar esta diferencia objetiva, y otra muy distinta pasar por alto el hecho de que esta comparación la hacen los propios círculos internos de la burocracia. La Far Eastern Economic Review escribe en su número del 23 de febrero de 1979: **"Las fuentes informaron de que inmediatamente después de la ruptura abierta entre Phnom Penh y Hanoi (que se había producido en diciembre de 1977), los dirigentes soviéticos insistieron en realizar una rápida operación del tipo de la de Checoslovaquia, para derribar a Pol Pot del poder."**

A la luz de estas formulaciones es fácil comprender las preocupaciones de las víctimas potenciales arriba mencionadas de la doctrina de la "soberanía limitada". Nos sorprende que los camaradas Feldman, Clark y Waters parezcan completamente insensibles a estos temores.

Sus análisis resultan todavía más preocupantes si leemos formulaciones como las que siguen:

"En realidad, los dirigentes vietnamitas no han actuado ni en función de ambiciones imperialistas ni con el deseo de extender la revolución socialista más allá de sus fronteras. Su objetivo era tan limitado como el de defender las fronteras vietnamitas frente al cerco cada vez más estrecho de enemigos militares. Su gran temor era el surgimiento, en la península indochina, de un régimen antivietnamita en Camboya, estrechamente vinculado a Pekín y que buscaba estrechar sus lazos con el imperialismo, incluyendo los lazos militares (...) la encerrona militar y el bloqueo económico y diplomático de Vietnam por parte del imperialismo, siguen en pie. (...) En estas circunstancias, el establecimiento de plenas relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y China –y la creciente hostilidad de ambos hacia Vietnam– parece haber convencido a Hanoi de la necesidad de entrar en acción de modo decisivo para romper el cerco diplomático y militar que iba estrechándose." (Fre

Feldman en INPRECOR 2).

"Los dirigentes vietnamitas lanzaron importantes fuerzas militares a la lucha contra el régimen de Pol Pot porque sentían el cerco cada vez más estrecho y la posibilidad de eventuales tentaciones militares del imperialismo." (Mary Alice Waters en Intercontinental Press/Inprecor del 26 de febrero de 1979).

"La invasión de Vietnam por tropas de la República Popular China es el fruto amargo de un acuerdo contrarrevolucionario entre el imperialismo norteamericano y la burocracia estalinista de Pekín." (ibid)

"Dadas las dificultades que obstruyen la vía hacia una intervanción militar directa de los EE.UU., Washington ha conseguido la ayuda del régimen estalinista de Pekín, que a cambio del reconocimiento diplomático y la promesa de una ayuda económica importante, ha invadido Vietnam y ha desencadenado una guerra fronteriza a gran escala. (...) El objetivo de Pekín no es el de conquistar Vietnam, sino el de forzar a Vietnam a abandonar Camboya –es decir, cumplir los deseos de Washington." (Gus Horowitz en Intercontinental Press/Inprecor del 5 de marzo de 1979).

Lo grave de este tipo de análisis es que podría repetirse tan fácilmente en otros casos, en otras partes del mundo. Si Pekín no está actuando en su propio interés contra la burocracia vietnamita, sino en apoyo de la actividad contrarrevolucionaria de Washington, ¿no podría explicarse el día de mañana que, al fin y al cabo, en su conflicto con Moscú también empieza a actuar como instrumento de Washington?. Y entonces, ¿no podría interpretarse un golpe preventivo de Moscú contra Pekín como un acto justificado de autodefensa de un Estado obrero contra la principal potencia imperialista que lo amenaza ("lo rodea") con ayuda de labanda de Deng Xiaoping?

Si el establecimiento de un "régimen antivietnamita" en Camboya pudo formar un "cerco cada vez más estrecho de enemigos militares" en torno a las fronteras vietnamitas, ¿no podría formar el establecimiento de un "régimen antisoviético" en Belgrado (por ejemplo, tras la muerte de Tito), "con una creciente voluntad de vincularse con el imperialismo", un "cerco cada vez más estrecho de enemigos militares" en torno a la Unión Soviética, justificando así un golpe militar preventivo de ésta para "proteger sus fronteras"? Efectivamente, ¿acaso no afirmó Moscú que Dubcek amenazaba con establecer también un régimen "antisoviético" en Praga? ¿Acaso esta terrible ocurrencia no justificaría medidas de autodefensa, incluída la invasión, por parte del Kremlin?

¿Y qué decir de China? ¿Acaso la Unión Soviética no realizó –"a cambio de una importante ayuda económica" (que el imperialismo le presta realmente a una escala mucho mayor que la prometida a Pekín)– una gigantesca concentración de tropas en la frontera china, con el fin de facilitar el objetivo de Washington de frenarle los pies a la Revolución china? ¿Acaso no quedan dos bastiones imperialistas –Corea del Sur y Taiwan– como "posibilidad de eventuales tentaciones militares del imperialismo"? ¿Acaso la alianza de Hanoi con Moscú no hizo sentir a Pekín "que la soga diplomática y militar se estrechaba alrededor de su nuca" y convenció de este modo a Pekín de la "necesidad de entrar en acción de modo decisivo para romper" esta soga?

De hecho, si el debate internacional no concluyera sino en la afirmación, por parte de los camaradas Feldman, Clark y Waters, de que no aceptan ni durante un santiamén este tipo de razonamiento –que implicaría "objetivamente" la capitulación ante la burocracia estalinista y una cobertura de sus maniobras diplomáticas y militares destinadas a restablecer su control sobre aquellos Estados obreros que han escapado a sus garras–, ya estaríamos satisfechos.

Para justificar sus esquemas preestablecidos, los camaradas Feldman, Clark y Waters se ven obligados a reescribir la historia en no pocos aspectos, Presentan la cadena de acontecimientos que condujeron a los actuales conflictos militares en el Sudeste asiático de una manera que apenas coincide más que accidentalmente con la historia.

Contrariamente a lo que afirman los camaradas Feldman, Clark y Waters, Vietnam del Sur se transformó en un Estado obrero, sinó tras la captura de Saigón por las fuerzas armadas revolucionarias, al menos, sin duda, en el momento de la reunificación formal del Norte y del Sur en un único Estado. Es sencillamente imposible pretender que la burguesía permaneció en el poder en Vietnam del Sur hasta la expropiación de los comerciantes chinos de Cholon en la primavera de 1978, cuando ambas partes del país llevaban ya más de dos años unificadas. ¿Cómo es posible que haya un único Estado que a la vez es un Estado obrero y un Estado burgués?

Ya en diciembre de 1975, el "Courrier du Vietnam" publicó el discurso de un miembro dirigente del PC vietnamita que afirmaba categóricamente: **"El Sur no debiera esperar hasta que se hayan cumplido todas las tareas de la revolución nacional, democrática, popular, para empezar a realizar las tareas de la revolución socialista y la construcción del socialismo. Al contrario, debería explotar todas las condiciones favorables y las experiencias del Norte para emprender inmediatamente las tareas de la nueva etapa."**

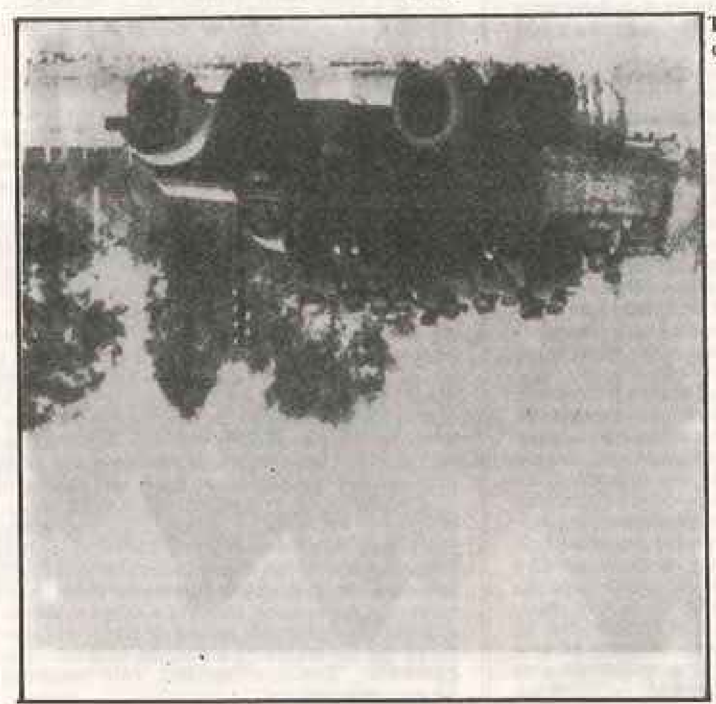
En setiembre de 1976 se lanzó un plan económico quinquenal, central y unificado, para el periodo de 1976-1980, en todas las 35 provincias de Vietnam del Norte y del Sur, abarcando a todos los ramos importantes de la industria (**"Courrier du Vietnam"**, octubre de 1976). ¿No era este plan unificado, que empezó a aplicarse a comienzos de 1977, la prueba de que existía un único Estado obrero en el conjunto de Vienam? ¿Es posible incluir una economía "capitalista" y un "Estado burgués" en una planificación conjunta con un Estado obrero y una industria nacionalizada?

Contrariamente a lo que afirman los camaradas Feldman, Clark y Waters, fue Camboya, y no Vietnam, quien al menos durante tres años fue la principal víctima de una furibunda campaña internacional, campaña que apenas tiene otro precedente desde la guerra civil española, sinó desde la Revolución de Octubre. La campaña contra Vietnam fue mucho más suave, al menos hasta muy entrado el año 1978.

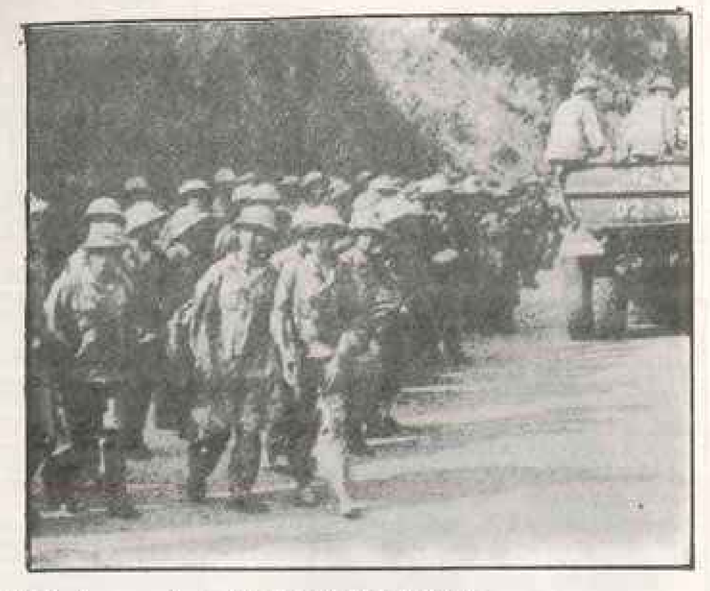
Y contrariamente a lo que afirman los camaradas Feldman, Clark y Waters, no fue Camboya, sino Vietnam, y particularmente su primer ministro, Pham Van Dong, quien se abrió en numerosas ocasiones al imperialismo internacional y norteamericano.Incluso llegó a solicitar el ingreso en el Fondo Monetario Internacional, en el Banco Mundial y en el Banco de Desarrollo de Asia. En la primavera de 1977, Hanoi **"promulgó un código de inversiones extranjeras que era tan liberal como flexible, preveyendo las empresas mixtas, los proyectos extranjeros al 100% en las industrias orientadas a la exportación, exenciones fiscales más generosas y el derecho a repatriar los beneficios."** (Far Eastern Economic Review, 2 de febrero de 1979).

De hecho se decidieron y aplicaron leves medidas de ayuda capitalista internacional en favor de Vietnam –por ejemplo, por parte de Japón, Francia y Suecia–, mientras que nunca las hubo para Camboya. Es cierto que estas medidas eran en general demasiado limitadas y que fueron suspendidas tras la invasión de Vietnam en Camboya (1). Pero no es, sin duda, una prueba de que el imperialismo estuviera cortejando y utilizando sistemáticamente el régimen de Pol Pot contra la Revolución vietnamita.

Contrariamente a lo que afirman los camaradas Feldaman, Clark y Waters, no se produjo ningún nuevo levantamiento revolucionario de las masas sudvietnamitas en 1978, que pudiera ser considerado como una amenaza por el régimen contrarrevolucionario de Pol Pot o siquiera por la burocracia china. En el mejor de los casos, el movimiento de masas sudvietnamita estaba, y sigue estando, en un reflujo y no en un ascenso. No cabe duda que la actividad política de las masas sudvietnamitas es más limitada que la de las masas chinas. Existe un amplio descontento con la escasez de alimentos, la corrupción escadalosa, el llamamiento a filas de la juventud, e incluso con la invasión de Camboya. De acuerdo con muchas fuentes (véase, entre otras, la Far



Tropas chinas, camino de Vietnam.



Tropas vietnamitas, camino de la frontera.

Eastern Economic Review del 19 de enero de 1979), la moral de las tropas sudvietnamitas en Camboya es baja. Incluso ha habido deserciones en el ejército.

Contrariamente a lo que afirman los camaradas Feldman, Clark y Waters, Pekín no actuó por orden o como testaferro de Washington en Vietna, sino fundamentalmente en interés propio –el intento de crear su propia zona de influencia en todos los Estados obreros de Asia y de impedir que el Kremlin forme un bastión en su frontera meridional. Y si bien es cierto que el imperialismo ha tratado de aprovecharse de este conflicto para sus propios fines –como hizo con la ruptura Stalin-Tito, con la ruptura Jrushchof-Mao y con la ruptura Breshnef-Dubcek–, ello no implica que este aprovechamiento constituya la única o siquiera la principal característica de dichos conflictos.

Contrariamente a lo que afirman los camaradas Feldman, Clark y Waters, Hanoi no intervino en Camboya porque se viera "cercado" por las "intrigas" de Pol Pot con el imperialismo, sino porque aspiraba a una Federación Indochina bajo su propia hegemonía burocrática.

Estamos dispuestos a defender la tesis de que las posibilidades de las intrigas capitalistas e imperialistas en Camboya, utilizando la dictadura tailandesa, no son principalmente la causa, sino la consecuencia de la invasión vietnamita de este país –como lo es la posibilidad, ahora incrementada, de una vuelta al poder de Norodom Sihanuk.

Y contrariamente al análisis de los camaradas Feldaman, Clark y Waters, si bien existe cierta connivencia entre la burocracia china, Tokio y Washington en Asia orietnal –que debe considerarse en el contexto de las mismas "contradicciones secundarias" que impulsan a Moscú a cortejar con insistencia a la camarilla contrarrevolucionaria de Taipei– nada ha cambiado en el aspecto **fundamental** de la situación mundial, que reside en la búsqueda resuelta de la coexistencia pacífica y la mutua colaboración entre Moscú y Washington a escala mundial. Basta con observar su estrecha colaboración en el mantenimiento del status quo en Europa y en Oriente Medio, para mencionar tan solo dos zonas clave de la Tierra.

Si miramos a América Latina, el flirteo de Pekín con Pinochet no es cualitativamente distinto, sin duda, al de Moscú con Videla, al odioso apoyo otorgado por el PCUS a la dictadura argentina y por los PC promoscovitas de Argentina y toda América Latina.

Si miramos a la India, resultará difícil encontrar alguna diferencia entre la ayuda y el aliento prestados por Moscú y el PC promoscovita al capitalismo hindú a través de su constante flirteo con el podrido régimen de Indira Gandhi, y la ayuda y el aliento que trata de prestar Pekín a esa misma burguesía mediante sus tímidos acercamientos al régimen del partido Janata. Colaboración de clases contrarrevolucionaria en todos los frentes –y resulta difícil negar que el maestro del juego sigue residiendo en el Kremlin, y que Pekín es relativamente un novato que trata de participar.

Desde un punto de vista global, a escala mundial, hoy día no existe diferencia alguna entre la política contrarrevolucionaria de Moscú y la de Pekín. No hay razón para pensar que el imperialismo es más "indulgente" y "comprensivo" con uno que con otro, o que busca una alianza global con Pekín contra Moscú. Ambas burocracias contrarrevolucionarias constituyen importantes obstáculos en el camino hacia una revolución mundial victoriosa. En modo alguno guardan relaciones sustancialmente diferentes con la revolución mundial y el imperialismo mundial.

Si examinamos las etapas que atravesó el régimen de Pol Pot hasta adoptar sus actitudes extremadamente nacionalistas y aislacionistas, hemos de enumerar todos los golpes traumáticos que recibieron los burócratas comunistas de Camboya por parte de sus supuestos aliados. Fueron ignominiosamente abandonados e ignorados en las conversaciones de Ginebra por parte de Moscú y Pekín. Fueron abandonados una segunda vez por Moscú cuando el Kremlin apoyó a Lon Nol contra ellos en 1960. Fueron defraudados una tercera vez cuando Hanoi, en 1973, durante las conversaciones de París (y probablemente con el apoyo táctico de Pekín, aunque esto no está probado), trató de imponerles un gobierno de coalición con su enemigo mortal, Lon Nol. Es más, Hanoi redujo su ayuda, los abandonó a los bombardeos de los B 52, en castigo por su negativa a ceder a estas presiones (véase Patrice de Beer en "**Le Monde Diplomatique**, febrero de 1979). El Kremlin incluso llegó tan lejos que se abstuvo en las Naciones Unidas en torno a la cuestión de su admisión en esta organización (Ponchaud, op. cit., p. 204).

Todo ello no justifica el curso político nacionalista, incluso racista antivietnamita, que siguieron posteriormente. Pero por lo menos lo explica por razones más creíbles que las de su naturaleza pretendidamente "burguesa" y su intención de ... construir el capitalismo en Camboya. Un "Estado obrero" que trata de imponerles a los "capitalistas" camboyanos un gobierno de coalición con la burguesía, los "capitalistas" que rechazan esto con indignación y disgusto – ¡resulta un poco difícil de tragar!–.

Fue la actitud ferozmente nacionalista y la campaña antivietnamita del régimen de Pol Pot lo que condujo a la ruptura abierta en diciembre de 1977. Pol Pot rompió de pronto las relaciones diplomáticas con Hanoi y lo acusó públicamente de preparar una invasión de Camboya (**"Documents in Communist Affairs"**, publicados pro Bogdan Szikowski, University College Cardiff Press, 1977, p. 165). Fue esta ruptura de todas las relaciones, además de los vínculos más estrechos de Phnom Penh con Pekín, así como todas sus implicaciones militares, lo que hizo que la dirección vietnamita considerara el derrocamiento de Pol Pot y el establecimiento de una nueva dirección camboyana en Phnom Penh, dirección que aceptara la tutela y el control vietnamita sobre una federación indochina **de facto** –del mismo tipo que la que establecieron los vietnamitas en Laos. Y a partir de entonces se desarrolló la lógica que condujo a la invasión de diciembre de 1978 y enero de 1979; los incidentes fronterizos y las intrigas imperialistas no desempeñaron más que un papel secundario en esta lógica infernal.

No cabe duda que había en Camboya un tremendo descontento con el régimen de Pol Pot, y hubo varias intentonas sucesivas de levantamientos incipientes contra él. No cabe duda que el PCV debía apoyar los movimientos populares que expresaban los deseos de la aplastante mayoría de los trabajadores y campesinos camboyanos. Con éste método, podría haber cristalizado una nueva y genuina dirección del PCC que, aunque marcada por sus orígenes estalinistas y fuertemente inclinada hacia una posterior burocratización, al menos podría hacer desempeñado un papel similar al de la dirección Nagy en Hungría o a la de Dubcek en Checoslovaquia, es decir, abrir la vía a auténticas movilizaciones de masas y, de este modo, a una auténtica revolución política.

Pero esto no es, ni mucho menos, lo que sucedió en Camboya. A partir de la primavera de 1978, el ejército regular vietnamita concentró sus fuerzas. (ver el artículo arriba citado de Slavko Stanic, pp. 89-90). El Frente Unido de Salvación Nacional de Kampuchea (FUSNK) no se formó sino en diciembre de 1978, justo en vísperas del **blitzkrieg** que condujo a las divisiones acorazadas de choque del ejército vietnamita en dos semanas a Phnom Penh, Battambang y todas las ciudades del país. Nadie puede ser tan ingenuo como para afirmar que esto no era más que "una ayuda fraternal a un levantamiento popular en curso". Fue una invasión militar a gran escala, apoyada marginalmente por unas cuantas fuerzas locales.

De hecho, las masas camboyanas, ya aturdidas y atomizadas por los golpes sucesivos que les asestaron lo ataques criminales del imperialismo primero, el terror inhumano de Pol Pot después, estaban tan desorientadas ante la invasión extranjera que incluso hoy en día, tres meses después, el régimen recién instalado en Phnom Penh tiene muchas dificultades para establecer una administración normal –y no digamos ya para movilizar a las amplias masas en su apoyo. Y La enemistad histórica entre los "invasores vietnamitas" y los "patriotas camboyanos", con la que ahora puede jugar la fracción de Pol Pot plenamente, suministra la base política sobre la que este último puede organizar sus fuerzas guerrilleras. La lucha contra los nuevos gobernantes de Phnom Penh puede con-

vertirse en un combate prolongado, abriendo así muchas puertas a las intrigas imperialistas y contrarrevolucionarias. Pero, de nuevo, esto es principalmente el resultado de la invasión y no su causa.

Asimismo, la dirección vietnamita se equivocó gravemente (como también los camaradas Feldman, Clark y Waters) en cuanto a la posibilidad, para no decir la probabilidad, de que los chinos tomaran su aventura camboyana como pretexto para lanzar un ataque militar a gran escala contra Vietnam. Incluso en diciembre de 1978, de acuerdo con la **Far Eastern Economic Review** (22 de diciembre de 1978), **"Hanoi ... confía en que China no atacará militarmente a Vietnam por el asunto de Camboya... De acuerdo con fuentes diplomáticas acreditadas en Hanoi, los dirigentes vietnamitas confían plenamente en que el tratado de amistad vietnamita-soviético y la omnipresente concentración de tropas soviéticas junto a la frontera septentrional de China será un sólido factor de disuasión ante cualquier plan de intervención chino."**

Bueno, pues no lo fue. Cabría también expresar serias dudas sobre si la "plena confianza" de Pekín en que Moscú no contestaría en el plano militar a la invasión china en Vietnam está igualmente tan bien fundamentada. Y la conclusión es evidente: estas sucesivas iniciativas aventureras son extremadamente irresponsables desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores y campesinos del Sur de Asia. Son totalmente contrarias a la causa de la extensión de la revolución indochina.

El 23 de enero de 1978, el camarada Bauman afirmaba correctamente en **Intercontinental Press/Inprecor: "... el conflicto armado entre Hanoi y Phnom Penh favorece a los propagandistas del imperialismo."** Los camaradas Feldman, Clark y Waters habrían hecho bien en seguir esta línea de razonamiento.

Si queremos valorar la auténtica dinámica potencial de la revolución indochina victoriosa, hemos de mirar a los países capitalistas vecinos, en primer lugar Tailandia, Malasia, los demás Estados llamados de la ASEAN y Birmania. Entonces se observará que en el periodo subsiguiente a la victoria de la Revolución indochina en 1975, Moscú, Pekín, Hanoi y Phnom Penh hicieron todo lo posible para calmar los temores de que la famosa teoría del dominó se hiciera realidad en el Sudeste asiático.

Todas las burocracias en el poder trataron de congraciarse con la dictadura tailandesa y de "normalizar" sus relaciones con ella. Si juzgamos el objetivo de la invasión vietnamita en Camboya a la luz de este factor, está claro que la situación de las guerrillas tailandesas se ha deteriorado seriamente y no ha mejorado ni un ápice gracias a la súbita aparición de un "nuevo Estado obrero" en Camboya. ¿Quizá este pretendido nuevo Estado obrero no apareció en ese momento, sino que en cambio un Estado obrero ya existente se debilitó bastante como resultado de la guerra de guerrillas prolongada que ha provocado la invasión, y que ahora le permite a la contrarrevolución imperialista y burguesa volver al escenario?

Para rematar la complejidad de la situación real en el Sudeste asiático y en Indochina –situación que no coincide en absoluto con los esquemas preconcebidos de los camaradas Feldman, Clark y Waters–, las guerrillas semifascistas del **Khmer serai**, es decir, los verdaderos contrarrevolucionarios en Camboya, los seguidores del anitguo dictador Lon Nol, acaban de publicar un comunicado en el que expresan un juicio positivo sobre la invasión vietnamita y el régimen del FUSNK que acaba de establecerse (**Le Matin de Paris, 5 de marzo de 1979**). Su máxmo objetivo consiste en eliminar los restos de las fuerzas de Pol Pot y en restablecer un Estado burgués en alianza con Sihanuk. En el campo de batalla las cosas no siempre son lo que les parece a los adictos al método de dar la vuelta mecánicamente a cierta propaganda imperialista.

IV. ¿Son posibles las guerras entre Estados obreros burocratizados y cuál debe ser nuestra actitud ante ellas?

En el número del 19 de febrero de 1979 de **Intercontinental Press / Inprecor**, la camarada Mary Alice Waters negó terminantemente que exista la posibilidad de cualquier guerra entre Estados obreros burocratizados: **"El peligro no está en una invasión china en Vietnam, sino en las maniobras imperialistas que Pekín está ayudando a encubrir... Si los burócratas de Pekín estuvieran buscando una oportunidad para defender a su alidado Pol Pot mediante una ofensiva militar contra Vietnam, ese habría sido el momento –pero no cuatro semanas más tarde... Por supuesto, la concentración de tropas de Pekín a lo largo de la frontera vietnamita crea un peligro de choques esporádicos (!) entre las tropas chinas y vietnamitas. Pero esta no es la fuente de la amenaza de guerra en Indochina... Nuestra mirada debe dirigirse a la frontera entre Tailandia y Camboya, no entre Vietnam y China".**



Las fuerzas de liberación entran en Saigón en 1975.

Apenas se hubo secado la tinta de este número de **Intercontinental Press / Inprecor**, cuando estalló la guerra –no en la frontera entre Tailandia y Camboya, sino justo –y contrariamente a las previsiones de la camarada Waters– en la frontera entre China y Vietnam.

Uno puede recurrir, por supuesto, al truco de decir que no hubo guerra entre los Estados obreros chino y vietnamita –sino simplemente "incidentes fronterizos" (del mismo modo que uno puede encubrir la guerra entre las burocracias camboyana y vietnamita negando que Camboya fuera un Estado obrero). Pero semejante línea de defensa no constituye sino una concesión inaceptable a la crueldad con que las burocracias en el poder desprecian las vidas de decenas de millares de obreros y campesinos, vidas que se perdieron, no en aras a la liberación de la explotación y la opresión, no en aras a la lucha contra el capitalismo y el imperialismo, sino en bien de determinados sectores de las burocracias que intentan impedir el "cerco" (por otros sectores de la burocracia), que quieren "darles una lección", "castigar a los criminales agresores" y otros "objetivos de guerra" nauseabundos –tomados directamente del arsenal de la diplomacia absolutista, semifeudal, colonialista e imperialista. Hemos de decirlo claramente y en voz alta: estas guerras son criminales, irresponsables y contrarrevolucionarias. Sólo ayudan al imperialismo. No hay que sacrificar la vida de ningún soldado, obrero o campesino, en aras a los objetivos particularistas, estrechos y nacionalistas de autoengrandecimiento de cualquier sector de la burocracia, cualquiera que sea.

No hemos citado el artículo de la camarada Waters para marcar un tanto fácil en el debate. Nadie dentro de la Cuarta Internacional previó una guerra entre Estado obreros burocratizados, es decir, entre burocracias en el poder, hace mucho tiempo. Estamos ante uno de los fenómenos más imprevistos de la historia mundial de los últimos decenios. Tenemos la responsabilidad, ante la vanguardia de la clase obrera internacional, y ante el conjunto del movimiento obrero internacional, de explicarlas y de adoptar una posición clara e inequívoca ante ellas.

Dentro de la Cuarta Internacional hay, desde luego, un acuerdo completo en torno a cuatro conceptos básicos, que no se han visto alterados por los trágicos acontecimientos del Sudeste asiático.

Primero: el peligro fundamental de una guerra mundial no proviene de ninguna de las "leyes de desarrollo" económicas o sociales de los Estados obreros burocratizados, sino de la tendencia irrefrenable del capital a extenderse a escala mundial, particularmente en la época imperialista. Mientras sobreviva el capital imperialista en cualquiera de los países industrializados más importantes, no renunciará a su voluntad de dominar el mundo, de reintegrar en su esfera de explotación directa a los países que se le han escapado gracias a una revolución social victoriosa, y de aplastar a los trabajadores de aquellos países que actualmente están empeñados en llevar a cabo una revolución social. Esta es y será la única fuente de una guerra mundial potencial en la época abierta por el final de la segunda Guerra Mundial.

Segundo: el peligro de una tercera guerra mundial no es inminente. Para poder incrementar cualitativamente su potencial de cara a una agresión –un ataque a gran escala contra la URSS, Europa del Este y la República Popular China–, el imperialismo tiene que cambiar primero radicalmente la relación de fuerzas políticas dentro de las metrópolis imperialistas, es decir, primero ha de infligir una aplastante derrota al proletariado mundial. Mientras esto no suceda, será incapaz de imponerles la locura del riesgo de una aniquilación nuclear de la humanidad.

Tercero: no existe ninguna razón económica fundamental para una guerra entre Estados

obreros burocratizados. Es cierto que la burocracia en el poder, siempre ansiosa de incrementar su poder y sus privilegios, puede sacar provecho del pillaje en otros países si logra integrarlos en su esfera de influencia sin poner en peligro la "coexistencia pacífica" con el imperialismo a escala global, es decir, estableciendo un modus vivendi con el imperialismo. Pero esto en modo alguno está estructuralmente ligado a la naturaleza de la economía de los Estados obreros. El pillaje de Alemania Oriental llegó a su fin, en general, tras el levantamiento obrero de junio de 1953. Cuba no es saqueada, sino ayudadada, por la burocracia soviética –como sucede de modo creciente con Checoslovaquia desde la "normalización" de 1968-69. Tenemos muchas dudas si China "saqueó" a Camboya o desea "saquear" a Vietnam. Y mientras los vietnamitas, cuya escasez de arroz es desesperante este año, pueden mirar con envidia la buena cosecha de arroz en Camboya, si sus tropas se apantanan en la lucha contra las guerrillas del Khmer rojo lo más probable es que tengan que ayudar, en vez de poder "saquear", a sus nuevos aliados de Phom Penh. Es ridículo pensar que China necesita "colonias para explotar" cuando le faltan desesperadamente los recursos para explotar el 80% de las riquezas naturales conocidas de su propio subsuelo. Del mismo modo que no está probado que la burocracia soviética desee "colonizar" a China, cuando ni siquiera tiene los medios para explotar los recursos de sus propios territorios de Siberia oriental e invita al capital japonés, alemán, francés y norteamericano a ayudarle en esta vasta empresa.

Cuarto: la incapacidad del imperialismo para lanzar actualmente una guerra de reconquista total contra los Estados obreros no significa que sea incapaz para intentar desestabilizarlos, para tratar de erosionar su fuerza, de cara a lograr su recuperación en todos los países en que el nuevo sistema social es aún relativamente joven y débil. No cabe duda que lo está intentando en Indochina. Y especialmente no significa que sea incapaz para intentar parar la extensión internacional de la revolución social.

Si estamos de acuerdo con estos cuatro puntos fundamentales, ¿cómo podemos explicar entonces el peligro de guerra entre Estados obreros burocratizados, o más correctamente, el peligro de guerra entre las burocracias en el poder en estos países?. ¿Y cuál es la correlación entre este peligro y la lucha entre el imperialismo y las fuerzas antiimperialistas y anticapitalistas a escala mundial?.

Pensamos que ya no es posible negar la existencia de este peligro de guerra, vistos los conflictos inequívocamente militares entre Vietnam y Camboya, entre China y Vietnam, y la real amenaza de enfrentamiento militar entre la burocracia soviética y la burocracia china. Tenemos que intentar explicar estas guerras a partir del análisis tradicional marxista revolucionario de la naturaleza social de las burocracias en el poder en estos países. Creemos que somos perfectamente capaces de hacerlo, sin correr el peligro de socavar la cohesión y solidez internas de la teoría marxista en general y de la de las burocracias de los Estados obreros en particular.

Las raíces de estos conflictos potenciales son **políticas** y no socioeconómicas. O mejor dicho: sus raíces económicas se sitúan en la manera particular en que las castas burocráticas consolidadas que gobiernan en estos países pueden asegurar y mantener los privilegios materiales de que gozan. La garantía y la reproducción de estos privilegios materiales dependen del ejercicio de un **monopolio de poder político y social** por parte de la burocracia. Cualquier desafío serio a este monopolio, cualquier forma de "pluralismo" político público, siquiera de carácter interburocrático, precipita inevitablemente el despertar político de las masas, que, como demuestran claramente los ejemplos de Hungría y Checoslovaquia, podría quebrantar en poco tiempo la misma base de los privilegios de la burocracia.

Stalin encarnizó este principio del monopolio del poder –monolitismo– de la forma más clara, coherente y radical. De ahí que suprimiera toda diferenciación política, no sólo dentro del PCUS, sino también en la Comintern. Cuando el poder de la burocracia soviética rebasó las fronteras de la URSS de antes de la guerra y se estableció en las llamadas "democracias populares", tuvo que hacer extensivo este mismo principio de monolitismo a todos estos Estados obreros nuevos, incluyendo al que no se creó mediante la acción y la manipulación militar-burocrática del Kremlin, sino por obra de una revolución popular genuina, aunque burocráticamente controlada: Yugoslavia. Fue este proceso (y no el temor a las repercusiones sobre la Unión Soviética de un movimiento de masas inexistente en Yugoslavia a comienzos de 1948) el que estuvo en la raíz de la ruptura Stalin-Tito en 1948. Y una necesidad de monolitismo parecida explica el estallido del conflicto chino-soviético en 1959.

Cualquier forma de desarrollo político e ideológico autónomo en **cualquier** Estado obrero, independientemente del nivel inmediato de movilizaciones de masas en él, aparece a los ojos del Kremlin como una amenaza a su poder, incluso a su poder en la Unión Soviética. Del mismo modo, **cualquier** forma de desarrollo político e ideológico autónomo en **cualquier** Estado obrero de Asia aparece a los ojos de Pekín como una amenaza para su poder, en última instancia también en China. Y **cualquier** desarrollo de una autonomía política e ideológica en **cualquier** país indochino o vecino aparece asimismo a los ojos de Hanoi como una amenaza para su poder, incluído su poder sobre Vietnam. Ahí reside, y en ninguna otra parte, la raíz política objetiva de guerras potenciales entre Estados obreros burocratizados.



Evacuación en las proximidades de Lang Son, durante la invasión china.

Cuando la Unión Soviética era el único Estado obrero existente, Stalin pudo imponer una dirección servil y obediente a todos los Partidos Comunistas, casi siempre mediante un **diktat** directo de Moscú, gracias a una combinación de corrupción, selección represiva de cuadros dirigentes, y chantaje y amenaza de denuncia pública, con todas las desastrosas consecuencias políticas y organizativas para todo un periodo. Más tarde se añadieron a ello, en una serie de casos, las amenazas y el empleo abierto del terror físico y del asesinato.

Cuando una serie de Partidos Comunistas de origen estalinista se instalaron en puestos de poder estatal tras las Segunda Guerra Mundial, estos métodos resultaron insuficientes, dado el incremento cualitativo de recursos materiales de que diponía cada burocracia "nacional". El Kremlin tuvo que recurrir entonces a métodos de control más directos: la ocupación militar, control del aparato represivo "nacional", especialmente el ejército, la policía secreta y una red especial de informadores, control de una serie de elementos clave de presión económica, y

la imposición a las burocracias "nacionales" de una política que les arrebatara cualquier base popular sería en su propio país, haciendo de este modo que pasaran a depender mucho de la "protección" militar del "país hermano".

Estos métodos dieron resultado, en grado desigual, en la mayoría de países en que las burocracias gobernantes se instalaron en el poder gracias a la propia fuerza militar del Kremlin (las dos excepciones más notables son Corea del Norte y Rumania). Y fracasaron en general en aquellos países en que la burocracia "nacional" disponía desde el principio de un poder material, político y social autónomo, gracias a que habían conquistado el poder sobre la cresta de una auténtica revolución social popular y masiva, aunque controlada y manipulada burocráticamente: Yugoslavia, China, Vietnam. Repetimos: esta es la raíz de la ruptura entre Tito y Stalin, entre Mao y Jrushchof, del conflicto entre Vietnam y China y, por qué no, del futuro conflicto entre Vietnam y la URSS.

Sabemos que las raíces ideológicas de este proceso de desintegración del monolito estalinista –de la crisis mundial del estalinismo– es la teoría del socialismo en un sólo país y el fenómeno, estrechamente ligado a la misma, del mesianismo nacional-comunista ("nuestro" país, y únicamente "nuestro" país –o en primer lugar– es el auténtico bastión de la revolución mundial).

En este sentido, nuestro movimiento estaba preparado política y teóricamente, a través de decenios de lucha contra estas desviaciones pequeño-burguesas nacionalistas del marxismo, para comprender las profundas razones de los conflictos políticos entre diferentes fracciones de la burocracia, que se transforman en conflictos a nivel de Estado entre las burocracias gobernantes. Las posiciones globalmente correctas que adoptamos al estallar la ruptura Stalin-Tito y el conflicto chino-soviético deberían ayudarnos a comprender la dinámica de estos conflictos entre Estados que incluso desembocan en guerras entre Estados obreros burocratizados. Pero debemos comprender que estas desviaciones nacionalistas del marxismo también tienen raíces materiales y sociales.

Los métodos empleados por Stalin pra fustigar y doblegar la Yugoslavia de Tito fueron los típicos métodos de intimidación de una gran potencia: el bloqueo económico; concentración de fuertes contingentes militares en la frontera yugoslava; una gigantesca cortina de propaganda para incitar a ciertos sectores de la burocracia (particularmente en el ejército y en la policía) a subvertir el aparato de Tito. El objetivo consistía en derrocar al dirección Tito y colocar a la cabeza del PC yugoslavo a una fracción dócil al Kremlin.

La dirección Tito, que a su vez es una burocracia y no una representante genuina del proletariado yugoslavo, reaccionó de un modo típico, por muy audaz que fuera, tratando de ampliar su base popular, aboliendo la colectivización forzosa del campesinado, estableciendo la autogestión obrera en las fábricas, aumentando el nivel de vida y ampliando las libertades civiles (con muchas limitaciones, por supuesto, pues quería conservar su propio monopolio de poder político a toda costa), y maniobrando al mismo tiempo con fuerzas imperialistas y otors sectores burgueses a escala internacional, haciendo no pocas concesiones traicioneras a estos enemigos de clase (por ejemplo, el paoyo a la guerra imperialista en Corea).

Podemos hacer un análisis similar de la transformación de la disputa político-ideológica entre Mao y Jrushchof en un conflicto total a nivel de Estado. El Kremlin organizó el bloqueo económico de China en el preciso momento en que la economía china estaba en un estado desesperado, tras el fracaso de la segunda vuelta del "Gran Salto Adelante" de Mao, y en el momento en que el bloqueo imperialista de China estaba en plena marcha. Denegó todo apoyo militar (particularmente el "paraguas" atómico) a China cuando el Pentágono todavía estaba estudiando con fruición la posibilidad de "nuclear a los chinos". Remató sus pecados contrarrevolucionarios concentrando en la frontera chino-soviética de Asia Central a más de medio millón de soldados –¡más de lo que tiene en Europa Oriental!–, incluyendo tropas armadas con cabezas atómicas dirigidas hacia las bases nucleares de la República Popular China, a sus centros industriales de Manchuria, a la ciudad de Pekín y al área metropolitana de Shanghai.

Los burócratas chinos, cogidos entre las dos amenazas contra su base de poder, reaccionaron de un modo pragmático típicamente burocrático. Primero adoptaron la línea de "apoyarse en las propias fuerzas", es decir, teorizando el desesperado aislamiento en que se encontraban. Simultáneamente mantuvieron la misma distancia frente a ambas "superpotencias" y pasaron a emplear una retórica "superrevolucionaria". Al mismo tiempo empezaron a buscar una vía de salida. Esta no provino del Kremlin ni de sus satélites. Provino primero de los imperialistas europeos y japoneses, en los frentes comercial y económico. Después provino de Washington, mediante prudentes pasos hacia una distensión militar.

Pekín respondió con entusiasmo, dispuesta a sacrificar la revolución vietnamita a cambio de estas salidas. La analogía con las actitudes de Stalin, y de Jrushchof, en circunstancias similares, es demasiado clara como para no concluir que lo que aquí sucede no es una particular desviación de los dirigentes chinos, sino que estamos ante una característica general de la casta burocrática como tal.

A posteriori podemos decir que al menos desde mediados de los años sesenta debimos haber comprendido que este traslado de los conflictos interburocráticos al nivel estatal, así como el empleo de todos los chismes clásicos de la diplomacia de gran potencia en

Tropas victoriosas del Ejército de Liberación Popular chino en 1949. "La destrucción del Estado burgués lleva al establecimiento de un Estado obrero, incluso si la propiedad privada no es abolida completa e inmediatamente".





"No existe ninguna razón económica fundamental para una guerra entre Estados obreros burocratizados".

estos conflictos, llevaba inherente el peligro de una guerra potencial. Pero lo cierto es que la transformación de esta amenaza potencial en una guerra real constituye un nuevo hito en la degeneración de la burocracia.

A posteriori, también, la invasión militar en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968 pueden considerarse como campos de prueba de esta tendencia, pese a que ninguna de ellas se transformaran en guerras totales del tipo de la de Vietnam-Camboya o China-Vietnam. Y si ahora comprendemos mucho mejor este peligro de guerra, es obvio que hemos de subrayar que en el contexto de la actual relación de fuerzas a escala mundial, estas guerras serán guerras limitadas (lo que no necesariamente significa que no puedan tomar la forma de guerras de guerrilla prolongadas) en comparación con las guerras originadas por los conflictos de intereses económicos estructurales a largo plazo, como por ejemplo los conflictos interimperialistas, las guerras de conquista coloniales, las guerras de liberación nacional, o las guerras entre distintos sistemas sociales (el imperialismo contra los Estados obreros).

No existe ningún motivo social fundamental para que la dirección china se "alíe con el imperialismo norteamericano contra la Unión Soviética". Sus necesidades de modernización podrían verse satisfechas, al menos en parte, con ayuda de la Unión Soviética en la misma medida que con la ayuda del imperialismo. Jugando una contra otra –como ya han hecho con diferentes potencias imperialistas–, los burócratas chinos pueden minimizar el coste de los créditos y maximizar sus ganancias. Además, la modernización con la sola cooperación del imperialismo impondrá cargas financieras crecientes al Estado obrero chino, que, como demuestran los ejemplos de Europa del Este y particularmente el de Yugoslavia, tendrán que frenarse al alcanzar un determinado techo, para no quebrantar la economía planificada como tal. Una vez alcanzado este techo, surge una verdadera presión material a favor de "distribuir la carga" entre Moscú, Frankfurt, Tokio y Wall Street. Esto es lo que sucedió en Yugoslavia. Esto es lo que sucedió en Polonia y Hungría. Esto es lo que sucederá en Pekín también... si Moscú lo desea.

De este análisis se deriva una conclusión política decisiva. La Cuarta Internacional se opone a las guerras entre Estados obreros burocratizados. Las considera extremadamente reaccionarias e irresponsables. Sólo ayudan al imperialismo y obstaculizan la causa de la revolución mundial. Van en contra de los intereses de la clase obrera internacional y de la liberación de los pueblos oprimidos, coloniales y semicoloniales. Estamos en contra de la invasión de Camboya por el ejército regular vietnamita. Estamos en contra de la invasión de Vietnam por el ejército chino. Estamos en contra de cualquier ataque a territorio chino por el ejército soviético o sus satélites. Decimos: ¡Luchad en común contra el imperialismo y el capitalismo, no contra los obreros y campesinos de otros Estados obreros!. Y añadimos: cuando los trabajadores y campesinos pobres de estos países tengan en sus manos el poder político real para decidir sobre la guerra y la paz, **estas guerras no volverán a producirse jamás.**

No cabe duda que la defensa de la Revolución vietnamita es actualmente una de las tareas fundamentales de la Cuarta Internacional. La pregunta es: ¿cómo, y con qué medios?. Estamos convencidos de que la invasión de Camboya no ayudó a esta defensa, sino que más bien la minó.

No es "humanismo liberal" y no hay ni un átomo de "pacifismo pequeño-burgués" detrás de esta posición de principios (aunque, repetimos, pensamos que es moralmente repulsivo y contrario a las necesidades elementales de la elevación de la conciencia de la clase obrera, identificar la legítima preocupación por las vidas de los obreros y campesinos camboyanos, vietnamitas, chinos o soviéticos, la repugnancia de ver cómo estas vidas se sacrifican en aras a las sórdidas disputas internas de la burocracia, con un "humanismo liberal"). No nos oponemos ni a la insurrección armada de masas, ni a las guerras de liberación nacional, ni a la ayuda fraternal –incluída la ayuda militar– de una revolución victoriosa a los obreros y campesinos que luchan en otros países. Nuestra oposición a las guerras entre Estados obreros burocratizados se basa en una comprensión correcta de la verdadera naturaleza de las castas burocráticas cristalizadas que emprenden estas guerras, de sus relaciones con la revolución mundial y con el proletariado mundial.

Rechazamos de plano la idea de que cualquier fracción de la burocracia, de la manera que sea, tenga la misión "histórica" o la "función objetiva" de "centralizar" los interes del llamado "campo socialista", es decir, de los Estados obreros burocratizados en su totalidad, frente a las fuerzas imperialistas y capitalistas a nivel regional o global. Toda la experiencia histórica, en la que se basa nuestro análisis de la burocracia, demuestra precisamente lo contrario. Cada una de estas fracciones de la burocracia –tanto la del Kremlin como la de Pekín, y también, ¡ay!, la de Hanoi– sacrifican sistemáticamente los intereses del proletariado mundial y los pueblos oprimidos, los intereses generales de la revolución mundial, a los propios intereses particularistas, estrechos y conservadores, en defensa de su propio poder y sus propios privilegios, al margen de lo que suceda en otras partes.

De hecho, tanto la burocracia soviética como la china, tanto la dirección vietnamita como la de Pol Pot, están dirigiendo ideológicamente el conflicto en los términos más estrechos: atizando el odio chovinista –si no racista– contra "los mongoles", "los viets", "los han" y así sucesivamente. Con este nacionalismo despreciable se combina la cruel celebración del exterminio de "decenas de miles de chinos o viets" en la guerra, sin considerar ni por un momento el hecho de que los obreros están matando a obreros, los campesinos están matando a campesinos, y que nadie mata a imperialistas, capitalistas o terratenientes. Ver tan sólo un arte de gobernar inteligente, o diabólicas maniobras del imperialismo, detrás de este espectáculo escandaloso, equivale a encubrir el estalinismo. Lo que está detrás son los últimos frutos del veneno perqueño-burgués nacionalista del "socialismo en un solo país".

Asimismo rechazamos de plano cualquier enfoque coyuntural de la cuestión, consistente en establecer que "en una situación determinada" una determinada burocracia es "objetivamente" más (o menos) contrarrevolucionaria que otra. Estas consideraciones impresionistas no sólo están condenadas a ser desmentidas por los acontecimientos de un día para otro (recordemos a los teóricos que sacaron toda clase de conclusiones de la alianza temporal entre Stalin e Hitler). Pecan profundamente de subordinar las analogías estructurales entre todos los Estados obreros a las consideraciones basadas en factores coyunturales. Cualquier golpe contra un Estado obrero, es decir, un golpe a favor de la restauración del capitalismo en China, y no un golpe contra "un aliado del imperialismo". Lo mismo cabe decir de cualquier golpe serio contra cualquier Estado obrero, sin excepción.

No es nada conveniente rechazar el análisis de la situación mundial en torno a la ridícula afirmación de que el principal objetivo actual de Washington consiste en "hacer retroceder" la Revolución indochina fuera de Camboya. Más bien parece obvio que los objetivos estratégicos de mantener el control sobre el petróleo de Oriente Medio, de prevenir una revolución socialista en Europa Occidental y de mantener a América Latina bajo su dominio, le son mucho más caros. Pero para avanzar hacia esos objeti-

vos necesita la estrecha colaboración del Kremlin, mucho más que la de Pekín –que no puede ofrecerle nada en estas zonas. ¿Por qué iba a arriesgar Washington deliberadamente sus propios intereses vitales conspirando con Pekín contra Moscú, con el mero objetivo de reconquistar el mercado camboyano?.

En cuanto al Kremlin, su aparato de propaganda va por esta línea: vosotros, sucios hegemonistas chinos, estáis socavando la distensión, estáis intentando colaborar con Washington para impedir que nosotros podamos colaborar mejor con Washington. Y vosotros, los gobiernos occidentales, vuestros suministros de armas a China son estúpidos porque a largo plazo serán utilizadas contra vosotros (sobre este último punto, ver **Isvestia** del 12 de diciembre de 1978). Todo esto tiene poco que ver con una situación mundial en que predominan pretendidamente los frenéticos intentos del imperialismo norteamericano de emprender la ofensiva, con la ayuda china, contra la Revolución Vietnamita.

De hecho, la mayoría de observadores burgueses insisten en que Washington otorga preferencia al Tratado SALT II con Moscú, por encima de cualquier beneficio que pueda obtener del conflicto interburocrático en el Sudeste asiático y de los lazos más estrechos con Pekín. Y los gobiernos burgueses de los países de la ASEAN, si bien están satisfechos porque el dinamismo de la revolución indochina se ha debilitado con estos conflictos, están igualmente preocupados por la concentración de tropas chinas como por la de tropas vietnamitas (Le **Figaro**, 12 de marzo de 1979). Tienen buenas razones para estarlo –y un buen instinto de clase. Porque independientemente de las alineaciones y realineaciones coyunturales, la naturaleza de clase de los distintos Estados (y ejércitos) será decisiva, a la larga, a la hora de determinar su papel en la política mundial.

Y más en general, el imperialismo puede y tratará de aprovechar los conflictos interburocráticos para sacar ventajas y cambiar la relación de fuerzas. Pero su objetivo histórico fundamental no es el de debilitar a Moscú frente a Pekín, o viceversa, sino que sigue siendo el de restaurar el capitalismo y frenar la extensión de la revolución. En esta perspectiva, la naturaleza de clase de todos los Estados obreros sigue siendo un formidable obstáculo, independientemente de sus maniobras circunstanciales, oportunistas y traicioneras.

Mucho se ha hablado del hecho de que Washington sabía del ataque de Pekín contra Vietnam de antemano, de que o bien le hubiera dado luz verde con entusiasmo, o bien no le hubiera dado luz roja, o estaba tan dividida en sus reacciones que Deng Xiaoping se vió animado a actuar (**Die Zeit**, 2 de marzo de 1979). Pero estas especulaciones sobre lo que realmente sucedió en Washington durante la visita de Deng o en Pekín durante el viaje de Blumenthal, están fuera de lugar. Todo el mundo en la Cuarta Internacional está de acuerdo con estos dos puntos: tras su grave derrota en 1975, el imperialismo norteamericano es incapaz, **por el momento**, de intervenir directamente en Indochina; sólo puede volver al escenario aprovechando los conflictos entre las direcciones soviética, china, vietnamita y camboyana.

Las divergencias giran en torno a los siguientes dos puntos: ¿Facilitó la intervención vietnamita en Camboya y la intervención china en Vietnam estas maniobras imperialistas? Nosotros respondemos "sí" en ambos casos, y tenemos un fundamento muy claro para apoyar este análisis. Los camaradas Feldaman, Clark y Waters responden "no" en el primer caso, y "sí" en el segundo. Pero la evidencia del "no" es muy poco sólida, por no decir más.

Y la divergencia mayor radica en si en el conflicto China-Vietnam, Pekín actúa básicamente para el imperialismo –si Stalin actuó para el imperialismo al atacar a Tito, si Tito actuó para el imperialismo al resistir a Stalin, si puede hacerse el mismo juicio del conflicto Mao-Jrushchof etc. –, o si todos fueron conflictos interburocráticos genuinos, que los imperialistas podían explotar y explotaron, pero que ni generan ni controlan.

Rechazamos particularmente cualquier política de "mal menor" que se aplique a diversas capas y fracciones de las burocracias. En la medida en que estamos ante unos países en que el poder burocrático se ha consolidado e institucionalizado –es decir, en que sólo puede ser derribado mediante una revolución política–, ninguna casta burocrática de otro Estado obrero puede considerarse seriamente como capaz de fomentar, para no decir iniciar, esta revolución política. Esto es política y socialmente inconcebible. Sería lo mismo que esperar que cometiera suicidio. La tarea de derrocar a cada una de estas burocracias privilegiadas es una tarea que deben resolver los obreros y campesinos pobres de cada uno de estos países, y no mediante la invasión de un ejército regular extranjero.

Finalmente, la cuestión de nuestra oposición de principio a cualquier invasión de cualquier Estado obrero burocratizado por el ejército de otro Estado obrero burocratizado está estrechamente vinculada a una comprensión correcta del desigual desarrollo histórico, económico, social, político y cultural, entre los distintos Estados obreros, es decir, de la peligrosa dinámica de la cuestión nacional **después** de la victoria de una revolución socialista, dinámica que los marxistas revolucionarios todavía no han comprendido ni dominan totalmente.

¿Cómo puede olvidarse que China fue durante más de un siglo una semicolonia, saqueada, desmembrada y humillada por las potencias imperialistas, entre las cuales Lenin mencionó explícitamente a Rusia zarista? ¿Cómo puede olvidarse que el imperio chino trató se subyugar durante dos mil años el pequeño país de Vietnam? ¿Cómo puede olvidarse que los emperadores vietnamitas, a su vez, amenazaron la independencia de la aún más pequeña Camboya mediante agresiones y guerras de conquista repetidas, durante siglos? Creer que basta con realizar una revolución socialista –mientras se mantienen enormes diferencias en el nivel de vida y de desarrollo económico entre distintos Estados obreros– para que desaparezcan todas las suspicacias y las consecuencias

"Decimos: ¡Luchad en común contra el imperialismo y el capitalismo!".



ideológicas y políticas de siglos enteros como por arte de magia, de la conciencia de millones de personas poco versadas en el marxismo, es creer en milagros. Es mucho mejor ser un poco más realistas y tener en cuenta estas suspicacias, y abstenerse cuidadosamente de cualquier acto que pudiera estimular nuevas y prolongadas oleadas de nacionalismo. Aunque sólo fuera por esta razón, hemos de condenar de plano ambas invasiones.

Hemos de destacar que Lenin comprendió perfectamente este aspecto de la cuestión. Ya en su informe sobre el nuevo Programa del partido en 1918 afirmó categóricamente que el Estado obrero debía asegurar la autodeterminación (o sea, la independencia) incluso a los países que permanecían bajo dominación burguesa, si de no hacerlo se oscurecieran y mitigaran las diferenciaciones de clase entre la burguesía y los trabajadores como consecuencia del nacionalismo en esos países. Y en el codicilio final de su Testamento, afirmó: **"Hemos de distinguir entre el nacionalismo de la nación opresora y el nacionalismo de la nación oprimida, entre el nacionalismo de una nación grande y el de una nación pequeña. Con respecto a este segundo tipo de nacionalismo, nosotros, súbditos de la nación grande, somos culpables, casi siempre a lo largo de toda la historia, de una violencia infinita, y es más, cometemos una serie de injusticias y exacciones sin ni siquiera notarlo...**

De ahí que el internacionalismo de la nación opresora o de las llamadas naciones grandes... no sólo debería consistir en el respeto de la igualdad formal entre las naciones, sino también en una desigualdad que compense a la nación oprimida, a la nación pequeña, por la desigualdad que se manifiesta en la propia vida. Quien no haya comprendido esto, no ha comprendido realmente cuál es la actitud verdaderamente proletaria ante la cuestión nacional... Los perjuicios que podría originar la ausencia de aparatos nacionales unificados con el aparato ruso, a nuestro Estado, son infinita, inconmensurablemente menos graves que los perjuicios que nos prodrían causar, a toda la Internacional, centenares de millones de gentes de Asia que vendrán detrás nuestro, en el próximo futuro, a ocupar el primer plano de la historia. Sería de un oportunismo imperdonable si en vísperas de esta intervención de Oriente y en el comienzo de su despertar, nosotros mináramos nuestra autoridad ante ellos cometiendo la mínima brutalidad o injusticia con respecto a nuestras propias minorías asiáticas..., provocando así la suspicacia en cuanto a la sinceridad de nuestros principios de la justificación de principio de la lucha contra el imperialismo." (Lenin, Obras completas, t.36)

En interés de la revolución mundial y de la defensa de la solidaridad internacional de los trabajadores, haríamos bien en tomarnos muy a pecho estas advertencias de Lenin.

La **única** excepción de la regla general arriba establecida que podríamos plantearnos actualmente radicaría en una situación de guerra generalizada total del imperialismo contra los Estados obreros. Si en esta situación, en la que la supervivencia de los Estados obreros como tales se vería directamente amenazada, una o dos de las burocracias en el poder se aliaran **militarmente** con el imperialismo, entonces estarían justificadas las operaciones de los ejércitos de los demás Estados obreros en territorio de esos países. Pero incluso en este caso habría que tener en cuenta todas las consideraciones anteriores, particularmente el hecho de que **nosotros** llamaríamos a los trabajadores de esos pocos países a que derribaran ellos mismos a los burócratas traidores que los gobiernan. La victoria de esta revolución política sería mil veces preferible a una invasión y ocupación extranjera —incluso en el contexto de una guerra mundial— que tendría numerosas consecuencias negativas para la supervivencia del Estado obrero como tal.

Debemos añadir que todavía creemos que semejante eventualidad es extremamente improbable —y que rechazamos completamente la identificación de **"iniciativas preventivas** ante un **peligro de guerra potencial"** (que podría existir durante medio siglo o más), con una situación de guerra mundial efectiva.

El imperialismo saca un enorme provecho político e ideológico a partir de los crímenes recientes de las burocracias en el Sudeste asiático. Sacará aún más provecho en el día de mañana. Tratará de confundir y desorientar al extremo a la clase obrera internacional y a los luchadores por la libertad en las semicolonias, gritando al frente de sus numerosas voces —algunas bien pagadas, otras bastante elocuentes, algunas que penetran profundamente en el movimiento obrero organizado— que los acontecimientos han demostrado que Marx se equivocó cuando pensaba que las guerras desaparecerían con el capitalismo; que Lenin se equivocó cuando escribió en la primera Constitución de la Unión Soviética que la guerra está estructuralmente vinculada al capitalismo y, del mismo modo, la paz al socialismo; que el marxismo y el internacionalismo proletario están en bancarrota cuando combaten entre sí ejércitos que marchan bajo la bandera roja con la hoz y el martillo.

Tenemos que hacer frente a esta ofensiva imperialista. Tenemos que denunciar su hipocresía y su función desorientadora. En comparación con las víctimas de las guerras imperialistas del pasado y del presente, las trágicas víctimas de lo que sucede en el Sudeste asiático son y serán una pequeña minoría. En comparación con la amenaza que implica la misma existencia del imperialismo para la supervivencia de la humanidad, los conflictos militares interburocráticos contituyen un aspecto secundario de la evolución mundial.

Pero no podemos responder a la propaganda imperialista de forma adecuada negando o minimizando la gravedad de los crímenes de la burocracia. En este terreno es elocuente la analogía con la ofensiva burguesa en torno a los "derechos humanos". Cualquier línea de defensa frente a esta ofensiva que sea del tipo de "el imperialismo es el verdadero responsable de todo esto", o "exageráis la extensión de los campos de concentración soviéticos bajo Stalin", estaba condenada a hundirse más pronto o más tarde. En realidad ayudó a la maquinaria propagandística imperialista. Hemos de mirar a la realidad a los ojos. Hemos de decir lo que es. Sólo la verdad es revolucionaria.

La verdad es que las guerras desencadenadas por las distintas burocracias en Asia constituyen crímenes inconfesables de la burocracia contra la clase obrera y el socialismo, que deben ser condenados como tales. Debemos explicar que no tienen nada que ver con el socialismo, del mismo modo que los procesos de Moscú no tuvieron nada que ver con el socialismo. No fue Marx, ni Lenin, ni las revoluciones socialistas, los responsablesde estas guerras, sino las burocracias privilegiadas que, en última instancia, son el resultado de la supervivencia del capitalismo a escala internacional y que deben ser derribadas mediante una revolución política.

Lo que vindican estos sangrientos acontecimientos no es la postura hipócrita del imperialismo cubierto de sangre, sino la lucha principiesta de la Oposición de Izquierda, de la Cuarta Internacional, contra la burocracia, contra el "socialismo en un solo país", por el internacionalismo proletario, contra el nacionalismo pequeño-burgués, por la revolución mundial y la democracia socialista, por un frente único de todos los Estados obreros contra el imperialismo. Esta es la única línea principista de defensa. También es, a largo plazo, la única eficaz■

(1) Esta ayuda prosiguió en el caso de Japón (Le Monde, 3 de marzo de 1979), cuyo gobierno imperialista condenó también públicamente la invasión china a Vietnam como "injustificada"

